NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
of *Archangel's Blade*

NALINI SINGH

Includes an all-new story

Four novellas set in a world both "heartbreakingly original…[and] sizzling hot."
—*Errant Dreams Reviews*

EL BAILE DE LOS ÁNGELES

A Guild Hunter Collection

NALINI SINGH

EL BAILE DE LOS ANGELES

Cazadores del Gremio

ARGUMENTO

Una ángel atrapada en la fortaleza de la montada del Refugio se encuentra asediada por un ángel guerrero proveniente de una corte marcial.

Capítulo 1

Hace cuatrocientos años

Ella había visto imperios alzarse y reinos caer, reinas llegar e irse, arcángeles chocar en batallas y ahogar el mundo en ríos de sangre. Había registrado el nacimiento del arcángel Rafael; registrado, también, la desaparición de su madre, Caliane; la ejecución de su padre, Nadiel.

Había visto a sus estudiantes alzar el vuelo siglo tras siglo, salir al mundo con sueños en sus corazones y sonrisas vacilantes en sus rostros. Había leído las cartas que le enviaron desde tierras lejanas con bosques primitivos y lluvias torrenciales, desiertos interminables y vientos implacables. Y había celebrado las raras ocasiones alegres en que ellos mismos se convertían en padres de un pequeño.

Todo eso lo había experimentado desde los picos escarpados y la belleza resplandeciente del Refugio, un ángel terrenal, sus alas nunca habían sido diseñadas para volar. Los primeros mil años después de su nacimiento habían sido duros, los segundos desgarradores. Ahora que más de la mitad del tercero había transcurrido, con el fantasma de una guerra devastadora, una sombra furtiva en el horizonte, sólo sentía una aceptación sombría.

—¡Jessamy! Jessamy!

Girándose desde el borde del acantilado donde estaba, alzó la mirada al cristalino cielo azul que nunca tocaría, cruzó la tierra rocosa con pasos rápidos para encontrarse con la niña que se acercaba a toda velocidad, las alas de la niña se arrastraban por el suelo.

—Cuidado, Saraia. —Se arrodilló y capturó ese cuerpo pequeño y robusto dominado por unas alas del color del chocolate más puro veteadas con filamentos de bronce que brillaban bajo la luz del sol de la montaña.

El bronce hacía juego con los colores de la piel y el cabello de Saraia, sucio y enmarañado alrededor de su cara, la cinta brillante que su madre le había atado sin duda con mucho cuidado esta mañana, caía desordenada por encima del hombro.

Sin inmutarse, la niña le echó los brazos alrededor del cuello con cariñosa exuberancia.

—¡Tienes que venir! —Las mejillas ruborizadas, ojos brillantes, olor a dulces pegajosos y brillante excitación—. ¡Tienes que verlo!

Jessamy había sido profesora de los jóvenes ángeles durante más de dos mil años, sin embargo, la sonrisa de un niño tenía el poder de caer como una cascada de luz, alegría y luminosidad sobre sus sentidos embotados. Sacudiéndose la melancolía que había posado un gran peso sobre ella mientras miraba a los ángeles volar, zambullirse y elevarse a través de la quebrada irregular del desfiladero que recorría el centro del Refugio, besó la regordeta suavidad de las mejillas de Saraia y se levantó, llevando a la niña con ella.

Las alas de Saraia colgaban sobre su brazo, sedosas y cálidas, pero el peso era uno que Jessamy podía soportar con facilidad. Solo era su ala izquierda la que estaba retorcida e inútil, una fealdad extraña en un lugar de poder y peligrosa belleza. El resto de ella era tan fuerte como cualquier ángel.

—¿Qué tengo que ver, cariño?

Saraia la guió hacia la sección del Refugio del arcángel Rafael, al área que contenía la sala de armas y el campo de entrenamiento. Jessamy frunció el ceño.

—Saraia, sabes que no puedes ir allí. —Los riesgos podían ser mortales para un bebé ángel inseguro de sus alas y equilibrio.

—Illium dijo que esta vez podíamos quedarnos. —La explicación salió de forma precipitada—. Se lo pregunté, prometido.

Sabiendo que Illium nunca pondría en peligro a los niños, ella siguió adelante.

Sin embargo, no fueron las distintivas alas del joven ángel, de un color azul sorprendente e interrumpido lo que vio cuando dobló la esquina hacia la sala de madera sin ventanas y al campo de prácticas de tierra batida de delante, sino las alas color gris oscuro de un ángel con un cuerpo mucho más musculoso, su impresionante cabello de un rojo tan puro que parecía una llama, su mano sostenía una espada enorme. El acero resonó cuando esa espada se estrelló contra la que sostenía Dmitri, el segundo de Rafael.

El brazo de Jessamy se apretó instintivamente alrededor del cuerpo de Saraia.

Dmitri podría no ser un ángel, pero el vampiro era *poderoso*, el más confiable de los asesores de Rafael. Y el más letal. Pero este gran ángel con alas que recordaban a algún gran pájaro de presa, con estrías blancas visibles en el gris cuando las abrió de golpe para mantener el equilibrio, estaba enfrentándose al vampiro en una brutal sesión de combate. Con los pies descalzos y el pecho desnudo, su piel brillaba por el sudor.

Dmitri llevaba unos pantalones negros flojos, mientras que el ángel llevaba una prenda que le recordaba a la usada por los hombres del arcángel Titus, el tejido rugoso negro le rodeaba las caderas sujeto por un grueso cinturón de cuero del mismo color y le llegaba hasta tres cuartas partes de los muslos. Fue sólo cuando se movió que se dio cuenta de que la prenda era pesada, como si hubiera láminas de metal detrás de la primera capa de tela... parte de la armadura de un guerrero, notó. Simplemente había elegido no usar la coraza metálica o los protectores de brazos o piernas.

Era imposible no mirar esas piernas, no ver cómo los músculos se flexionaban y tensaban bajo la dorada piel cubierta por un ligero vello que brillaba al sol. Luego él se movió de nuevo y los ojos de ella volaron a la magnífica amplitud de sus hombros, al poder primitivo, algo ferozmente controlado que daba origen a una fascinación salvaje e inesperada en ella.

—¿Quién —le preguntó a Illium, cuando el ángel de ojos dorados se acercó para levantar a Saraia y posar a la niña al lado de sus amigos en la valla delante de él—, es ese y por qué se está enfrentando a Dmitri?

Incluso mientras hablaba, no apartaba los ojos del ángel, que parecía como si fuera a encajar perfectamente en la trastienda de una taberna de rudos vampiros.

El ala de Illium rozó la suya cuando apoyó los brazos en la cerca. Fue un acto muy familiar, pero Jessamy no le reprendió. No había un subtexto en su toque, sino nada más que un afecto arraigado en la infancia, para él, ella siempre sería la maestra que había amenazado con atarle a una silla si no dejaba de moverse y leía sus libros de historia.

—Galen —dijo— es uno de los de Titus.

—Eso no es ninguna sorpresa. —Titus era un arcángel guerrero, no se encontraba en casa más que en medio de la sangre y la furia de la batalla, este Galen, también estaba hecho para el combate, todo músculos ondulantes y fuerza bruta.

Fuerza que fue duramente evidente cuando bloqueó un golpe y al mismo tiempo lanzó una patada que conectó con la rodilla de Dmitri. El vampiro gruñó, juró y apenas evitó un golpe con la parte plana de la hoja de Galen que sin duda habría causado una severa contusión negra. Entonces, en realidad no estaban tratando de matarse mutuamente.

Deslizando un brazo alrededor de Saraia para sostenerla cuando la niña aplaudió, Illium continuó.

—Quiere ser transferido al territorio de Rafael.

Ahora lo entendía. Rafael se había convertido en un arcángel hacía sólo un centenar de años. Su corte, tal como era, era una unidad incipiente, aún en

formación. Lo que significaba que había espacio para recibir e integrar a los fuertes que podrían encontrarse aburridos o infrautilizados en cortes más antiguas.

—¿Rafael no está preocupado porque sea un espía?

Los arcángeles que gobernaban el mundo, los que formaban la Cátedra de los diez, eran implacables en la búsqueda de sus intereses.

—Incluso si Rafael no tuviera sus propios espías para dar fe de Galen —dijo Illium con una sonrisa que era contagiosa, ella había pasado los momentos más imposibles manteniendo un rostro severo, cuando le disciplinaba siendo niño—, no es del tipo que miente. No creo que sepa el significado de la palabra "sutil".

Un golpe con el plano de la hoja contra la mejilla de Dmitri, una patada a la tripa y de repente, Galen tenía la ventaja, la punta de la espada tocó la yugular de Dmitri mientras el pecho del vampiro subía y bajaba donde yacía de espaldas en el suelo.

—Ríndete.

La mirada sin pestañear de Dmitri se clavó en la de Galen, el depredador implacable dentro del sofisticado vampiro muy a la vanguardia. Pero su voz, cuando llegó, fue un lánguido ronroneo perezoso como una tarde de verano.

—Tienes suerte de que los niños estén mirando.

Galen no se inmutó, su concentración era absoluta.

Dmitri curvó los labios.

—Bárbaro sangriento. Me rindo.

Dando un paso atrás, Galen esperó a que Dmitri se pusiera en pie para levantar la espada y hacer una brusca reverencia con la cabeza en señal de respeto entre dos guerreros. La respuesta de Dmitri fue inesperadamente solemne. Jessamy tuvo la sensación de que este nuevo ángel, con cuerpo como un ariete y alas grandes y poderosas, había pasado algún tipo de prueba.

—Creo que me has roto las costillas. —Dmitri se frotó el moretón que se estaba formando sobre su piel del color de la miel oscura.

—Sanarán. —Galen levantó la mirada, escaneó a la audiencia... y clavó los ojos en Jessamy.

Esos ojos de color verde pálido casi transparente, succionaron el aire a su alrededor, la miraron con inquebrantable intensidad. La fuerza de su poder era asombrosa, pero fueron sus labios los que hicieron que apretara las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. El único punto de suavidad en esa cara dura que era todo ángulos, esos labios provocaban pensamientos, impactantes y crudos, que le golpearon la mente. No respiró hasta que Dmitri dijo algo y Galen se dio la vuelta, el rojo sedoso de su cabello enmarañado se levantó con el viento.

*  *

Galen observó a la mujer alta y casi dolorosamente delgada que se alejó sujetando de las manos a dos de los más pequeños de su respetable audiencia, otros niños corrían a su alrededor, las alas rozando la tierra cuando se olvidaban de levantarlas. Nunca había visto a ningún ángel con un aspecto tan frágil. Un solo error con uno de sus grandes puños y la rompería en mil pedazos.

Frunció el ceño ante la idea, se dio la vuelta para verle la espalda, una de sus alas parecía extrañamente distorsionada a esa distancia y caminó con Dmitri por el vacío resonante de la sala, donde limpiaron y guardaron las espadas. Illium entró no mucho tiempo después, sus alas de un azul perfecto, sin manchas, unas alas que Galen no había visto en ningún otro. El ángel era joven, de sólo unos ciento quince años contra los doscientos setenta y cinco de Galen, parecía una hermosa pieza de frivolidad, el tipo de hombre que existía en las cortes solo por su valor decorativo.

—Me debes la daga de oro que trajiste del territorio de Neha. —Las palabras de Illium fueron dirigidas a Dmitri con un brillo en sus ojos.

Bajando las cejas, Dmitri murmuró:

—La tendrás. —Miró a Galen—. Apostó que me derribarías.

Galen se preguntó si el ángel más joven había apostado por un producto desconocido sin ninguna otra razón que porque le gustara derrotar a Dmitri, o si sabía algo que Galen ignoraba. No, pensó casi al instante, Illium no podía ser el jefe de espías de Rafael, aparte del hecho de que era poco probable que hubiera construido la red de contactos necesaria dada su edad, parecía demasiado llamativo para esa tarea.

—Fuiste un buen oponente —dijo a Dmitri, haciendo una nota silenciosa para vigilar a Illium con más cuidado, los hombres como Dmitri no se asociaban con mariposas bonitas e inútiles—. Por lo general puedo intimidar a la mayoría con la fuerza bruta.

Pero Dmitri no sólo no se había dejado intimidar, sino que había luchado con una gracia que hablaba de práctica.

El vampiro inclinó la cabeza, los ojos oscuros parecían perezosos, si no mirabas bajo la superficie.

—Un elogio del maestro de armas que Titus está furioso de perder.

Galen negó con la cabeza.

—Él ya tiene un maestro de armas y Orios se ha ganado su posición.

No habría habido espacio para Galen, excepto como subordinado de Orios. Galen no había sentido malestar por ocupar dicha posición cuando alcanzó la madurez, consciente de que Orios era mejor luchador y líder. Pero las cosas habían cambiado mientras Galen se hacía mayor y obtenía más experiencia, su poder aumentaba a un ritmo que superaba a sus pares.

—Orios estaba feliz cuando le conté mi deseo de abandonar la corte de Titus.

—Los hombres están cada vez más confundidos sobre a quién recurrir en busca de liderazgo —había dicho el maestro de armas, su piel casi negra brillaba a la luz del sol africano—. Me habría costado que nos hubiéramos visto obligados a enfrentarnos en combate para decidir el asunto. —Una gran mano apretó el hombro de Galen—. Espero que nunca nos enfrentemos mutuamente en batalla. De todos mis alumnos, eres el que ha volado más alto.

Galen se había asegurado de que Orios supiera de su respeto hacia el hombre que nunca había ocultado conocimientos a su estudiante, sin importar que Galen amenazara su posición. Se habían separado en buenos términos.

—Titus simplemente está adoptando una postura en un intento de obtener concesiones de Rafael.

—Un juego de tontos —dijo Illium, pasando la mano por el borde de la espada que Dmitri había estado usando—. Rafael no es menos arcángel por ser el miembro más reciente de la Cátedra. —Siseó después de cortarse la palma de la mano y cerró los dedos en un puño—. ¿Por qué no fijas tu mirada en la corte de Charisemnon o en la de Uram? Los dos son mayores y más fuertes, con más hombres bajo su mando.

Galen se echó hacia atrás el cabello húmedo de sudor, pensando que tenía que recordar el cortárselo, no podía permitirse el lujo de tener su vista comprometida.

—Prefiero ser un guardia de segundo nivel en la corte de Titus que trabajar para Uram o Charisemnon.

Titus podría ser una bestia en ocasiones, podría ser rápido en enojarse y aún más rápido en declarar la guerra, pero tenía honor.

Las mujeres no iban a ser tratadas brutalmente cuando sus tropas marchaban a la batalla y los niños no iban a ser heridos. Si un hombre luchaba sólo para proteger su casa, le mostrarían misericordia, porque Titus apreciaba el valor. Cualquier luchador al que se encontrara rompiendo las reglas del arcángel era arrastrado y descuartizado, los trozos de carne que una vez habían sido un cuerpo colgaban de los árboles para que todos los vieran.

Mientras que el estilo de gobernar de Rafael era muy diferente, su ira era una hoja fría que cortaba con precisión en comparación con la a veces rabia indiscriminada de Titus, en el siglo desde que se había convertido en miembro de la Cátedra, Rafael, también había mostrado el tipo de honor que no le permitía someter a los débiles y a los indefensos.

—¿Hay espacio en esta corte para mí? —preguntó contundente, porque eso era lo que era. Había nacido de dos guerreros, había crecido en una corte guerrera. Las gracias civilizadas nunca habían sido parte de su educación, y aunque había visto la efectividad de una lengua de plata, era una habilidad que encajaba con él tan bien como un estoque delicado.

—Rafael no mantiene una corte —dijo Dmitri, sacando una hoja pequeña y brillante de un soporte de pared y lanzándola hacia el alto techo de la sala sin previo aviso.

Illium voló como si hubiera sido arrojado desde un tirachinas, agarró la hoja en el aire con una mano y la lanzó de vuelta hacia Dmitri en el mismo movimiento. El vampiro la agarró por la empuñadura justo antes de que se estrellara contra su rostro. Mostrando sus dientes en una sonrisa salvaje a un Illium sonriente, dijo:

—No veo el punto de que la gente bonita flote por ahí sin hacer nada.

Galen observó aterrizar a Illium con una precisión que no había visto en ningún otro, la belleza de las alas de la juventud no hacían nada por ocultar la fuerza muscular necesaria para llevar a cabo la maniobra, y dándose cuenta de que el otro ángel daba la impresión de ser un adorno guapo y divertido, a propósito. Nadie sospecharía que era peligroso.

La respuesta de Illium a esa valoración sincera fue una reverencia tan elegante y florida que habría dejado orgulloso a uno de los estirados cortesanos de Lijuan, desplegando sus alas en una demostración impresionante.

—¿Quieres un puñal en la garganta para el desayuno de hoy, mi señor? —El tono era aristócrata puro, con un acompañamiento de ojos dorados flirteando.

—¿Le dejas salir solo? —preguntó a Dmitri, ya calculando las ventajas potenciales de las habilidades de Illium.

—Rara vez.

Capítulo 2

No fue sino hasta la mañana siguiente, en ese momento silencioso después del amanecer, que vio de nuevo a la ángel alta y delgada. Caminaba sola por el camino de mármol que conducía a las puertas de la gran biblioteca del Refugio, desapareciendo y apareciendo entre la niebla al pasar al otro lado de las columnas que protegían la estructura.

Llevaba lo que parecía ser un libro pesado en sus brazos, su brillante pelo castaño estaba trenzado en una larga trenza que caía por su espalda, su vestido de algún material delgado del color del cielo que recordaba a la niebla, se arremolinaba y susurraba alrededor de sus tobillos, como un familiar amante. Sin entender por qué lo hizo, cambió de dirección para interceptarla, el viento fresco y frío contra su piel mientras cortaba el aire.

Un grito sin palabras, un jadeo ahogado sobresaltado, al aterrizar frente a ella.

Plegando las alas, él dijo:

—Yo llevaré eso —y tomó el tomo de bordes dorados de sus manos antes de que ella pudiera recuperar el aliento y poner reparos.

Ella parpadeó, pestañas espesas y rizadas bajaron sobre esos ojos de un castaño exuberante, el color contenía una calidez que le recordaba al pigmento finamente mezclado que un artista, que había visitado la corte de Titus, utilizó.

—Gracias. —Su voz era tranquila, aunque su pulso latía con fuerza en la garganta, un golpe contra la delicada piel cremosa acariciada con un toque del sol—. ¿No tienes frío?

Él llevaba solamente un simple par de pantalones hechos de un material duradero, con el que podía luchar con facilidad, junto con fuertes botas. Su espada estaba atada a lo largo de su espina dorsal, las correas de cuero le cruzaban el pecho.

—No —dijo, consciente de que parecía el bárbaro que Dmitri le había llamado, con mayor razón al lado de su belleza etérea—. Te levantas temprano, mi señora.

—Jessamy. —La palabra atrajo la atención a sus labios. Suaves y lo bastante llenos como para tentar, habrían dominado la cara si no fuera por esos irresistibles ojos

oscuros con misterios ocultos—. ¿Cuándo te enseñé, Galen? Parece que no puedo recordarlo.

Curvando los dedos de la mano, luchó contra el impulso de estirarla y frotar la arruga que se había formado entre las cejas. Ella era una criatura demasiado buena para él, su tacto demasiado áspero. Y sin embargo, no se alejó.

—¿Por qué me habrías enseñado algo?

Otro parpadeo, más arrugas.

—Yo enseño a todos nuestros niños, lo he hecho durante milenios. Debes haber sido uno de mis alumnos, eres tan joven.

En sus doscientos setenta y cinco años en esta tierra, había caminado a la batalla y se había bañado en sangre, sentido el beso caliente de un látigo en la espalda, el empuje frío de un cuchillo en el vientre, pero nunca le habían llamado niño hasta ese momento.

—Pasé mi infancia en la corte de Titus. —Era inusual para un niño crecer fuera del Refugio, pero nadie se habría atrevido a hacer daño al hijo de dos guerreros, un niño al que el mismo Titus había puesto bajo su protección—. Tuve un profesor particular —agregó, porque no le gustaba la idea de que ella pensara que era un salvaje ignorante.

—Ahora me acuerdo. —La voz de seda líquida de Jessamy se vertió sobre él como una caricia involuntaria—. Tu tutor era un antiguo alumno al que recomendé para el puesto, me dijo que te enseñó a solas.

—Sí. —Titus no había querido que la suavidad femenina de sus hijas afectara al desarrollo de Galen.

—Una vida solitaria.

Él se encogió de hombros, porque había sobrevivido y había crecido fuerte, había sido un luchador capaz a una edad a la que la mayoría de los ángeles eran considerados todavía niños. Tal vez no hubiera tenido los compañeros de juego habituales, pero era todo lo que sabía y una vida que le había transformado en el hombre que era hoy. Ese hombre quería inclinarse, inhalar el aroma de la curva del cuello elegante de Jessamy.

—Te escoltaré el resto del camino —dijo, en lugar de ceder al primitivo impulso.

Jessamy se puso a caminar al lado del grande, y físicamente abrumador, ángel que levantaba las alas del suelo con facilidad y sin esfuerzo, sabía que no era una elección consciente, sino que era la formación afilada de un guerrero. Nadie podría hacerle tropezar usando sus alas, este hombre había mirado el libro que sostenía, como si fuera algún objeto extraño.

—¿Lees? —preguntó ella sin pensar.

El rojo increíble y exquisito de su pelo brillaba con las gotas de niebla que habían quedado atrapadas en los mechones cuando él sacudió la cabeza y ella se preguntó si el color mancharía su piel del matiz de la puesta sol si entrelazaba los dedos en él.

—Puedo —añadió casi con brusquedad—, pero no es de mucha utilidad en mi mundo. —Un inesperado roce de calor en sus pómulos—. Mis habilidades de lectura están… oxidadas en el mejor de los casos.

Jessamy no entendía cómo alguien podía vivir sin palabras, sin historias... pero había estado enterrada en el Refugio durante miles de años. Si ella también tuviera unas alas tan magníficas como las de Galen, tal vez, a pesar de que parecía una cosa del todo imposible, a ella tampoco le habrían gustado tanto las palabras.

—Yo no puedo volar —se encontró diciendo, porque le había avergonzado y no había querido hacerlo—. Me da mucho tiempo para leer.

Galen no se volvió, no miró el ala retorcida que significaba que nunca había emprendido el vuelo. Keir, su mejor sanador, había tratado de curarla un millar de veces a lo largo de los años, su fuerza crecía con la edad, pero su ala izquierda siempre se formaba con la misma forma retorcida, independientemente de cuántas veces fuera rota y restablecida o extirpada y vuelta a crecer. Hasta que ella había dicho basta. No más. *No más.*

—Tu incapacidad para volar —dijo Galen, incluso mientras luchaba contra el eco doloroso de una decisión que le había roto el corazón—, es evidente.

Ella abrió la boca. Nadie había sido nunca tan cruel sobre su discapacidad. La mayoría de la gente prefería fingir que no existía y ella no les presionaba para que lo reconocieran. ¿Cuál era la razón de causarle tal malestar? En cuanto a los que habían estado bajo su cargo, incluso aquellos como Illium, que una vez había sido uno de sus alumnos, ellos solo la habían conocido como Jessamy, que tenía un ala torcida y con quien tenían que comportarse, porque no podía seguirles por el cielo. Todo lo que ella tenía que hacer era salir del aula y levantar el brazo, e incluso el más travieso de los niños regresaba a la tierra de inmediato.

Éste, sin embargo, pensó, mirando de reojo al gran macho al que no podía imaginar como un chico solitario abriéndose camino en una corte llena del estruendo de espadas y los gritos de combate, habría hecho exactamente lo que hubiera querido.

—¿Naciste así? —preguntó él, contundente como el filo de un hacha embotada.

Jessamy decidió que no estaba siendo grosero, al menos no de manera intencionada. La sutileza, como Illium habría dicho, no parecía estar en el vocabulario de Galen.

—Sí.

—Dicen que Keir es un sanador con talento.

—Él es... hizo todo lo posible. —Y se había culpado cuando no lo consiguió. Ella no culpaba a Keir. Ni culpaba a su madre, a quien le resultaba difícil mirar a la niña que había llevado, aunque no por falta de amor.

—Su culpabilidad es demasiado grande. —Los ojos jóvenes de Keir, su voz cubierta de emociones potentes—. Ella no va a escuchar cuando le digo que no hay necesidad. Nada de lo que hizo o no hizo provocó que tu ala se formara de ese modo.

La madre de Jessamy tampoco escucharía a su hija, no durante mucho tiempo. Incluso ahora, había una especie de dolor que la atormentaba en el rostro de huesos finos de Rhoswen en las raras ocasiones en que Jessamy la atrapaba mirando el ala malformada de su hija. Extraño… y se volvía cada vez más extraño, como el silencio desgarrador entre ellas, creado por todas las cosas no dichas que se había convertido en un muro negro impenetrable.

Las pesadas puertas de madera de la biblioteca surgieron en la niebla en ese instante, igual de impenetrables, con incrustaciones de oro en las exquisitas tallas esperando el beso del sol para brillar. Estirando una mano, Galen abrió una de las puertas, las cuerdas de los músculos en su brazo se flexionaron y tensaron de un modo que le secó la boca, su corazón latió con fuerza contra las costillas.

Sacudida por la profundidad y la rapidez de su respuesta, sin lugar a dudas física y carnal, desvió la mirada y tendió la mano pidiendo el libro.

—¿Comes? —preguntó él, deslizándose en su espacio, una mirada dorada en sus ojos mientras le recorría el cuerpo.

El pulso oscuro de la atracción se transformó en aguda irritación. Como mujer joven, había tratado de hacer todo lo posible en su poder para poner más carne en sus huesos, pero sin éxito. Así era cómo estaba destinada a ser.

—No —dijo, con hielo en su tono—, prefiero morir de hambre —y entró en la biblioteca, segura de que el exasperante hombre había sido criado por los lobos.

*  *

No mucho tiempo después, cuando las llamas del sol habían quemado la niebla para revelar las manchas brillantes de metales preciosos incrustados en los edificios de mármol del Refugio, Galen vio las alas distintivas de Illium barrer sobre el desfiladero. El ángel atravesó nubes y sobrevoló montañas, donde nada ni nadie vivía.

—Una mujer —dijo Dmitri a su lado, el viento le apartó el cabello negro de la cara para revelar "una peligrosa belleza masculina", o eso había oído Galen a más de una

mujer, ángel y vampira. Lo que Galen veía era una despiadada especie de fuerza, fuerza que exigía respeto.

—Mortal —añadió el vampiro.

Galen podría no saber cómo hablar con las mujeres que no eran guerreras, pero nadie jamás le había acusado de ser estúpido.

—Te preocupas por él.

La mirada de Dmitri permaneció en las nubes donde el ángel había desaparecido.

—Los mortales mueren, Galen.

Este se encogió de hombros.

—También nosotros. —Los mortales les llamaban inmortales, pero los ángeles y los vampiros podían morir, solo que conllevaba una gran cantidad de esfuerzo—. ¿Ella le hace feliz?

—Sí. Demasiado.

Galen no le pidió detalles. Había conocido inmortales que habían caído por mortales, visto cómo lloraban cuando las vidas de esas luminosas luciérnagas se apagaron. Él nunca había sentido un amor tan profundo, pero podía comprender el dolor.

—Jessamy —dijo, su mente en una mujer que no era mortal, pero cuya forma esbelta parecía demasiado vulnerable para la paz de su mente—, ¿tiene algún amante?

La sofisticada elegancia de Dmitri se rompió para revelar asombro.

—¿Qué?

—Jessamy —repitió pacientemente—. ¿Tiene un amante?

—Ella es la *Maestra*.

—También es una mujer. —Y si los hombres a su alrededor habían sido demasiado estúpidos como para notarlo, Galen no iba a perder el sueño por ello.

Una pausa de sorpresa, una sacudida de la cabeza de Dmitri que hizo que los reflejos negro azulados destacaran bajo el sol.

—No —respondió el vampiro finalmente—, no tiene amante, por lo que sé.

—Bien.

Dmitri siguió mirándole.

—¿Te das cuenta de que ella tiene más de dos mil quinientos años, habla al menos un centenar de idiomas, y tiene tal profundidad de conocimientos que la Cátedra viene a ella para pedirle consejo e información?

Galen no tenía ninguna duda de que todo eso fuera verdad.

—No es mi intención entrar en un concurso de inteligencia con ella. —No, él la quería de una manera mucho más primitiva.

Dmitri dejó escapar un suspiro.

—Esto debería ser interesante.

Vieron las alas de varios ángeles salir de los nidos que se alineaban en la garganta, la luz hacía que sus alas brillaran y resplandecieran.

—La confianza —dijo Dmitri cuando el último de ellos se alzó al cielo azul cerúleo—, se gana.

—Entendido.

—Por ahora, permanecerás en el Refugio, al cargo de la formación de los jóvenes que se han unido a Rafael.

—Dicen que a Lijuan le gusta —dijo, mencionando a uno de los miembros más antiguos de la Cátedra.

—Lijuan puede no usar cobras como Neha —murmuró Dmitri con una voz despojada de todo rastro de civilización, hasta que solo fue una hoja desnuda—, pero no es menos venenosa.

Galen pensó en lo que sabía de Lijuan y se dio cuenta de que no era mucho.

—Esa información no fue compartida conmigo en la corte de Titus. Si voy a ser un verdadero maestro de armas, debo conocer las políticas que puedan corresponder a las tácticas.

La sonrisa de Dmitri fue lenta.

—En ese caso, debes hablar con Jessamy.

Cruzando los brazos, Galen se encontró con la mirada inocente del vampiro.

—¿Debería?

—Lo que muchos no saben es que aparte de ser la Maestra, Jessamy guarda nuestras historias. Yo diría que no hay nadie mejor si quieres aprender las sutilezas de la política que sostienen y mantienen el equilibrio de la Cátedra.

Galen sabía que Dmitri se estaba divirtiendo al señalarle la dirección de Jessamy, pero ahora tenía una razón para estar en su compañía. Sin embargo, dijo:

—¿Has olvidado que soy capaz de matarte?

—Eso fue un golpe de suerte, bárbaro. —El vampiro se pasó una mano por el pelo y añadió en un tono mucho más serio—: tus habilidades como maestro de armas pueden ser necesarias antes de que te des cuenta. Alexander ha empezado a formar

su ejército, nunca ha creído que Rafael hubiera debido convertirse en miembro de la Cátedra a una edad tan temprana y ahora parece que está dispuesto a usar la fuerza para imponer su voluntad.

Alexander era el Arcángel de Persia, había gobernado durante miles y miles de años.

—Es más fuerte que Rafael. —La edad había afianzado su poder hasta convertirlo en un brillo penetrante.

La expresión de Dmitri era inescrutable.

—Ya veremos.

Galen se preguntó si Dmitri le había hablado de la inminente guerra sólo porque ya se susurraba entre la población. No era ningún secreto. Pero entonces, como el vampiro había dejado claro, la confianza había que ganársela. Galen no había esperado nada menos.

—Tendrá espías en el territorio de Rafael, en el Refugio y fuera.

—Por supuesto. Así que mantén los ojos abiertos.

Los ojos de Galen estaban muy abiertos por la tarde, mientras volaba sobre los relucientes edificios blancos que marcaban el paisaje escarpado de la fortaleza de la montaña, después de haber rastreado a Jessamy hasta una pequeña casa en la cima de un acantilado en el extremo más alejado del territorio del Refugio de Rafael. Para ser una mujer tan querida por los niños y adultos como había aprendido hoy, había elegido vivir en un aislamiento relativo. Su casa estaba separada del resto por una muralla irregular de roca y era accesible solamente desde el aire, o por un único sendero estrecho.

Aterrizó en su patio delantero pavimentado con baldosas de color azul brillante y gris suave, y macetas de barro a los costados llenas de resistentes flores de montaña blancas, amarillas, rojas y azules. Tuvo la sensación de ser una gran bestia torpe mientras plegaba sus alas perfectamente a la espalda. Pero sentirse fuera de lugar no era suficiente para detenerlo en su búsqueda de este ángel con su elegante belleza y esos ojos llenos de secretos.

En cuanto al aspecto físico, no podía mentir. Era un hombre con apetitos salvajes, y Jessamy hablaba de todos y cada uno de ellos. Había sido una necesidad egoísta lo que le había llevado a formular la pregunta que la había molestado tanto. Había querido estar seguro de que no se rompería bajo la fuerza de su toque. Algunos podrían decir que estaba siendo presuntuoso al asumir que ella le permitiría cortejarla, mucho menos acariciar esa piel cremosa con las manos ásperas y endurecidas por el constante trabajo con las armas, pero Galen no creía en ir a la batalla sin la intención de ganar.



Dirigiéndose hacia la puerta abierta, estaba a punto de gritar su nombre cuando oyó algo romperse, seguido por un aterrorizado grito femenino. El hielo enfrió las brasas de su sangre, corrió dentro desenfundando la espada mientras lo hacía. El ruido se había originado en la parte posterior de la casa y cuando sintió el golpe del viento en su cuerpo, supo que la puerta del otro lado estaba abierta a una fuerte caída llena de picos brutales de roca.

No hubiera significado nada si hubiera sido otro ángel... pero Jessamy no podía volar.

Capítulo 3

Al entrar la vio luchar con sombría determinación contra un vampiro que la había hecho retroceder casi hasta el vacío abismal que caía al otro lado de la puerta abierta, hilos de color rojo oscuro le bajaban por un lado de la cara.

Una rabia repentina y fría.

Rugiendo un grito de guerra, se abalanzó y le arrancó a su agresor de encima para tirarlo contra la pared con tanta fuerza que algo se rompió con un chasquido audible. Agarró a Jessamy con su otro brazo en el mismo movimiento y cerró la puerta de una patada.

—Atrás —ordenó, subiéndola sobre una mesa y balanceando la espada cuando sintió el movimiento del aire en la espalda.

Con los colmillos desnudos y uno de sus huesos sobresaliendo del hombro, había perforado su camisa y brillaba blanco en el aire, el vampiro gritó en desafío sangriento y cortó una línea de fuego sobre el pecho de Galen con un pesado cuchillo de caza. Galen hizo caso omiso del arañazo y la cabeza del otro hombre cayó rodando para aterrizar en el suelo con un golpe húmedo al instante siguiente, la sangre salió a borbotones rociando la pared cuando el cuerpo del hombre comenzó a temblar antes de derrumbarse.

Maldita sea.

Probablemente Jessamy le haría limpiar eso, pensó, mirando como el cadáver seguía retorciéndose. Los vampiros eran casi-inmortales, pero, independientemente de los movimientos esporádicos, no podían sobrevivir a la decapitación. Sin embargo, se aseguró de matarle adelantándose y clavando la espada en el corazón del vampiro muerto, cortándolo en pedazos diminutos dentro de su pecho.

Sólo entonces se dio la vuelta hacia la mujer que estaba sentada en la mesa con la cara blanca y los ojos enormes. Después de limpiar su espada en la ropa del vampiro, la deslizó dentro de la vaina a su espalda y cruzó la distancia entre ellos para colocar sus manos a ambos lados del cuerpo ligero de Jessamy.

—Mírame.

Unos nerviosos ojos marrones se encontraron con los suyos.

—Tienes sangre.

Maldiciendo interiormente ante la evidencia de la violencia despiadada, violencia que era una parte integral de su vida, pero sin duda extraña para ella, la apartó para ocuparse de ello, pero ella se quitó una especie de bufanda de seda de alrededor de su cintura y comenzó a limpiarle la cara. Llevaba su olor.

Bloqueando los músculos, se quedó quieto. Sus ojos se posaron en la elegante curva de su cuello y los tiorantes que sostenían el escote de su vestido, el nudo en la nuca, las cintas de tela que caían con gracia por su espalda. Una sola gota de sangre estropeaba el azul, pero su vestido había escapado al daño.

—¿Has acabado? —preguntó cuando ella dejó caer la mano, levantando la suya al mismo tiempo para inclinarle el rostro hacia la luz y poder examinar el corte en la sien. Ya estaba sanando. Bien. Pero le pidió prestado el chal para enjugar las vetas de color rojo que le enfurecían, el olor de su sangre era vívido a pesar de la carnicería.

Aceptando la tela cuando se la devolvió, ella estiró la mano para pasársela por el pecho.

—¿Tienes alguna camisa?

Disfrutando del toque tierno, muy diferente al de los otros guerreros que le habían cosido heridas peligrosas en la batalla para que pudiera continuar la lucha, dijo:

—Sí. Para las ocasiones formales. —Aunque en la corte de Titus, incluso esas ocasiones no habían requerido camisa.

Jessamy se echó a reír... justo antes de que su rostro se arrugara. Abrazándola, le acarició la espalda con la mano mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y lloraba. Él tuvo cuidado de evitar la zona sensible, donde sus alas surgían de la espalda, las plumas eran de un magenta rico y sugerente, que se desvanecía en el rosa y el crema puro del cuerpo de las alas. Robar esa intimidad sería devaluar su valor, esperaría hasta que Jessamy le invitara a tocarla.

Su respiración, entrecortada y caliente, sopló sobre su piel mientras ella trataba de acercarse aún más. Empujando entre sus rodillas, las delicadas faldas de gasa de su vestido le rozaron cuando la acunó con fuerza. Su cuerpo era tan delgado, tan terriblemente frágil. Pero no huesuda, ahora se daba cuenta, a pesar de su apariencia de dolorosa delgadez. Era como si su propia forma fuera tan delgada que la carne sobre ella necesitara ser la más bondadosa de las capas. Había una gracia sensual en ella, exquisita y bella.

—Él ya no puede hacerte daño —dijo en su oído cuando se calmó su llanto, el cabello contra su cara tan suave como la piel bajo su mano.

Ella hipo antes de enderezarse, recuperando la dignidad y envolviéndose en ella como un escudo.

—Gracias. —Al mirar hacia abajo, se ruborizó ante el modo en que sus rodillas se abrían a ambos lados de sus muslos.

Retrocedió para poder cerrar las piernas y reacomodar las faldas. Bárbaro o no, él entendía que al igual que un guerrero necesita su arma, Jessamy necesitaba su orgullo.

—¿Quién era?

—No lo sé —respondió, enjugándose las lágrimas hasta que en su rostro no hubo ninguna evidencia de la tormenta emocional que acababa de atravesar—. Entró en la casa mientras yo estaba en la cocina, pensé que era uno de mis estudiantes. Saben que tienen que llamar, pero los más pequeños a veces lo olvidan.

—¿Te dijo algo?

—Que yo sabía demasiado —dijo Jessamy, forzándose a recordar la pesadilla—. Que ellos no podían correr el riesgo.

El vampiro había caído sobre ella antes de que se hubiera dado cuenta del significado de sus palabras. Impulsada por el instinto, había logrado cortarle con el pequeño cuchillo que tenía en la mano antes de que él le golpeara la cabeza contra el borde de la puerta que había arrancado, aturdiéndola lo suficiente para que casi lograra empujarla a las rocas implacables de abajo.

Jessamy tenía más de dos mil años de antigüedad, y aunque no era la más fuerte de su clase, no tenía nada de débil, la caída no la hubiera matado, pero la habría roto en tantos pedazos que habría tardado años, tal vez una década, en recuperarse. En el ínterin, habría permanecido muda y quieta como la muerte. Un montón de tiempo para que cualquier persona que no deseaba que sus planes se vieran expuestos los llevara a buen término.

—Me has salvado de un terrible dolor.

Mientras hablaba, esperaba que Galen la reprendiera por tener una residencia en el acantilado cuando no podía volar. ¿Cómo podía explicarle que ella tenía la misma hambre desesperada por los cielos que sus hermanos, la misma necesidad de remontar el vuelo? Su casa estaba tan cerca de las nubes como podía. Sin embargo, la recriminación esperada no llegó de este guerrero que la había acariciado con manos increíblemente suaves, su voz baja y profunda contra su oreja. En su lugar, frunció el ceño, su atención concentrada en su agresor. Cuando se alejó de la mesa, ella tuvo que morderse el labio inferior para evitar rogarle que se quedara.

La crudeza de su necesidad la desequilibraba. Había estado sola desde hacía décadas, incluso antes de llegar a los cien años, la marca que constituía la edad

adulta entre los ángeles. Era muy raro que un ángel solicitara la emancipación siendo adolescente, pero la presencia constante de la culpabilidad de su madre había sido una mortaja que amenazaba con asfixiar a Jessamy. Keir había hablado por ella con Caliane, en cuya sección del Refugio había nacido, había convencido al arcángel que Jessamy era lo suficientemente madura como para poder confiar en que podía vivir por su cuenta.

Con los años, su soledad se había convertido en algo que había abrazado, una parte de ella como su ala torcida y los ojos marrones. Pero hoy, no quería nada más que ser abrazada, ser protegida por el gran extraño que se encontraba registrando los bolsillos de su agresor con una eficacia terrible. Ella debería haber bajado de un salto de donde la había colocado, ordenándole que se quedara como si fuera una mascota o un saco de patatas, pero la verdad era que no estaba segura de que sus piernas la sostuvieran.

—¿Qué has encontrado? —preguntó cuando él sacó algo del bolsillo del vampiro.

Galen se levantó y se acercó para entregarle el trozo de papel. Lo abrió y sintió que su ritmo cardíaco se estremecía.

—Es una hora y un lugar. Mi casa, a esta hora del día, a menudo vengo a casa a comer algo antes de ir a la biblioteca para trabajar. —Generalmente enseñaba por las mañanas, a pesar de que a veces cambiaba las lecciones a las tardes, sobre todo cuando los días eran oscuros y fríos. Los niños nunca querían despertase temprano.

—Entonces —dijo Galen, flexionando el hombro mientras ponía una mano sobre la mesa al lado de su cadera, el calor salvaje de él desconocido, pero no indeseado—, alguien te conocía o te ha vigilado el tiempo suficiente para conocer tus patrones.

Los ojos de ella se demoraron en el cuerpo del vampiro muerto.

—¡Qué desperdicio!

—Él hizo su elección. —Con esas palabras despiadadas, Galen volvió a mirar el cuerpo, la pared salpicada de sangre roja que ya se estaba coagulando—. Limpiaré esto, pero primero, tengo que informar a Dmitri. Volaremos donde él.

—No. —Ella le empujó por los hombros cuando él fue a cogerla en brazos.

Galen frunció el ceño y sus ojos verde pálido se volvieron mares tormentosos.

—No voy a dejarte caer.

—No es eso. —Su resistencia a que la llevaran volando tenía su génesis en la agonía de haberse dado cuenta hacía mucho tiempo, que cada sabor del cielo sólo profundizaba el hematoma de la pérdida. Ni siquiera los mejores amigos podían llevarla a volar siempre que lo necesitaba—. No vuelo con nadie.

—No voy a dejarte aquí sola. —La voz profunda y un muro de músculos inflexibles.

—Estaré bien. —Sus ojos se apartaron de la ruina sangrienta del cadáver. La lucha contra la bilis le quemaba la garganta—. Esperaré en el patio delantero.

Galen bufó, le puso las manos alrededor de la cintura y la levantó de modo que los dedos de los pies colgaron por encima del suelo. Agarrándose a sus hombros, el calor de él ardió a través de sus palmas, preguntó:

—¿Qué estás haciendo? —Su voz sin aliento.

Él respondió sacándola de la cocina, con sus gracias silenciosas, al patio empedrado que ella había bordeado con coloridas macetas llenas de cascadas de flores silvestres. Allí la puso por fin de pie y la miró.

—Espera.

—Quieta. Espera —murmuró a su ancha espalda mientras él volvía al interior a zancadas, haciendo todo lo posible por sentirse insultada, pero la verdad era que no sólo la había salvado de una agonía inimaginable, la había hecho sentirse lo bastante segura como para llorar… y luego la había abrazado con una ternura dulce y ruda. La ira no era la emoción dominante que sentía hacia Galen.

Cuando regresó con sus sandalias y se puso de rodillas para ponérselas en los pies, con sus alas de un gris rico y oscuro contra las piedras del pavimento, comenzó a discutir que podía hacerlo ella misma. Pero Galen, como ya había empezado a aprender, era una fuerza irresistible cuando quería algo, ya le había puesto las sandalias unos momentos más tarde, la piel de sus manos callosas, el contacto íntimo hizo que su abdomen se contrajera. Levantándose, la tomó de la mano.

—Vamos.

Ella no rompería la sensación de propiedad, vestigios del terror que había sentido mientras luchaba para no ser arrojada a las fauces dentadas de la garganta, todavía le susurraban de manera fría y empalagosa a través de las venas.

—Mi vecina más cercana, Alia, es por ahí —dijo y señaló el estrecho sendero entre las rocas de delante—. Me quedaré con ella mientras buscas a Dmitri.

Galen entrelazó sus dedos cálidos y fuertes con los suyos, extendió un ala de manera protectora detrás de ella al mismo tiempo, las plumas que formaban estrías blancas brillaban con hilos ocultos de oro blanco.

Hermoso.

Galen habló tras ese sorprendente pensamiento.

—¿Tu padre te llevaba a volar?

El dolor le retorció el corazón mientras empezaba a andar en un vano intento por escapar de la pregunta.

—No me preguntes esas cosas.

—¿Debo simplemente ignorar el hecho de que tu ala está retorcida?

—Titus tiene buenos modales —dijo, enfurecida por la facilidad con que él acertaba en la más antigua y dolorosa de las heridas que le marcaban—. ¿Por qué tú no?

El ala de Galen le rozó la espalda, pesada y caliente, pero sus palabras no tuvieron piedad.

—Creo que la gente de aquí camina de puntillas a tu alrededor sobre el tema del ala y tú se lo permites.

Tratar de sacar la mano de la suya fue como tratar de sacarla de la roca sólida.

—Puedo caminar el resto del camino sola. —La casa de su vecina estaba ahora a la vista—. Vete a informar a Dmitri.

En vez de obedecer, él siguió caminando y ella tuvo que moverse con él o arriesgarse a ser arrastrada.

—Creí que tenías más valor, Jessamy.

Quería golpearlo. Patearlo. Herirle. El impulso le era tan extraño que se obligó a retroceder mentalmente, inhalando una bocanada profunda del aire frío de la montaña.

—Tengo más valor de lo que nunca vas a entender —respondió cuando se detuvieron frente a la casa de Alia, la espalda rígida por el orgullo.

¿Cómo se atreve a decirme eso? ¿Cómo se atreve?

Esta vez, cuando tiró, él le soltó la mano y ella se dirigió a la puerta. La espalda tan rígida que él tuvo una vista perfecta del ala que la había obligado a tener valor cuando la mayoría de los ángeles eran bebés sonrientes, pero no se inmutó, no dudó. Y no miró atrás.

*  *

Dmitri miró el cuerpo, luego la mancha negro rojiza de sangre de la pared.

—¿Cómo está Jessamy?

—Bien. —Tan enojada con él, que sus huesos habían destacado abruptamente contra esa piel espolvoreada de oro que él quería saborear con la boca, un impulso primitivo. Tan primitivo como el deseo que tenía de acariciar con la mano la exuberancia de sus alas, la suavidad de sus plumas era una exquisita tentación, tanto

que recogió una pluma de seda de su casa y la escondió cuidadosamente en su palma.

—Una vez que el impacto del ataque se desvanezca, querrá saber la razón que hay detrás.

—Esa es la cuestión, ¿no? —Dmitri se concentró en el rostro del vampiro muerto—. No es uno de los de Rafael, pero alguien le reconocerá. Haré circular su boceto.

Galen asintió con la cabeza y salió fuera con Dmitri.

—Jessamy querrá volver a su casa. —Desde la cascada de flores a las gruesas alfombras color crema, a los dibujos de los niños enmarcados y colgados con cuidado, este lugar llevaba su huella, una mujer no se alejaría fácilmente de un lugar que había hecho tan suyo—. Le prometí que lo limpiaría.

—Yo me encargaré de eso, pero no va a estar listo hasta mañana. —Los ojos oscuros miraron a Galen—. Necesitará vigilancia.

—Sí. —No había necesidad de pedir voluntarios para la tarea cuando los dos sabían que él no permitiría que ningún otro guerrero se acercara a ella cuando era tan vulnerable—. ¿No tienes miedo de que pudiera ser yo quien está detrás de todo esto? —Él era el elemento desconocido, el forastero.

—No. —Una sola palabra—. No eres el tipo de hombre que asaltaría a una mujer vulnerable. Y —añadió el vampiro—, si hubieras orquestado esto, ella no seguiría respirando, estaría hecha pedazos, desangrándose en la pared de la garganta.

Galen se estremeció por dentro, pero Dmitri estaba en lo cierto en ambos casos.

—Me aseguraré de que nadie la alcance. —Daba igual si ella daba la bienvenida a su protección o no.

Capítulo 4

La puesta de sol susurraba en el horizonte cuando regresó donde Jessamy con una pequeña bolsa con sus cosas en la mano.

—Mi nido —sugirió— sería el lugar más seguro para ti. —Que el lugar que la rodeaba fuera tan abierto hacía que le picara la nuca.

Sacudiendo la cabeza, ella respondió:

—Alia ya me ha ofrecido una habitación.

—Tiene un niño. —Observó los juguetes desparramados por el techo, lugar que un ángel joven y curioso escogería para jugar.

La comprensión cruzó y oscureció el rostro de Jessamy, infiltrándose en el profundo castaño de sus ojos.

—Sí, claro. Jamás pondría a un niño en posible peligro.

—¿Y a los adultos da igual?

Jessamy tragó aire, sosteniendo un puño contra su abdomen.

—¿Crees en serio que habrá otro intento de asesinato? —Fue formulado como pregunta, pero él sabía que era consciente de la respuesta probable. Sus siguientes palabras se lo confirmaron—. Hay una pequeña habitación en la biblioteca equipada con una cama. Me puedo quedar allí.

Él asintió secamente.

—Muy bien.

Jessamy no confió al ver que Galen concordaba inmediatamente, pero él no presionó para hacerla cambiar de opinión mientras la escoltaba de regreso a la biblioteca, siendo una presencia a su lado silenciosa y lista para la batalla. Su mirada captaba cada pequeño elemento de los alrededores hasta que su protectora vigilancia se convirtió en una pulsación contra su piel.

—Como ves —dijo cuando llegaron a la habitación de la biblioteca, con el pecho tenso, como si le hubieran robado el aliento— no hay grandes ventanas y sólo una puerta. —Nadie sería capaz de llegar a ella una vez echara el pestillo desde dentro.

Asintiendo silenciosamente después de comprobar los muros para asegurarse de su grosor y estabilidad, le permitió cerrar la puerta detrás de sí. Temblando, se dejó caer sobre la estrecha cama adecuada para infantes que quisieran echar una pequeña siesta. Tenía que ser por los remanentes del shock por el ataque, pensó. Era demasiado vieja y sensata para reaccionar con aquella extraña mezcla de miedo y exaltación por un hombre. Especialmente por un hombre que la había dejado casi ciega de enfado no hacía mucho.

Aliviada por la explicación, tomó un libro de la mesa junto a la cama, abriéndolo por la primera página. Pero medio segundo más tarde escuchó la bota de Galen cuando cambió de posición afuera y comprendió, con cierto retraso, que tenía la intención de quedarse ante su puerta toda la noche. Porque aquel era el único modo de proteger a cualquiera en aquella habitación: la biblioteca tenía demasiadas entradas y salidas para que pudiera vigilar desde cualquier otra localización.

Jessamy sabía que no sufriría ningún mal. Era un ángel. Uno poderoso, a pesar de su edad. Algunos ángeles nunca aumentaban en poder después de alcanzar la madurez, mientras que otros, como Jessamy, lo iban aumentando gradualmente. Galen, en cambio, era uno de aquellos que aumentaban exponencialmente, parte de la razón que le convertía en tan buen candidato a maestro de armas de un arcángel, así que una noche sin dormir no le costaría nada. Pero la culpa la retorcía por dentro, como una espada afilada. Él le había salvado la vida, había sangrado por ella, pero estaba siendo infantil al no querer compartir sus habitaciones, donde él podría descansar más fácilmente, porque ella no había vivido nunca con un hombre en ninguno de los sentidos.

Más de dos milenios y jamás había permitido que se le acercara ningún macho.

Al principio no había sido una elección. Simplemente había sucedido. Había sido tímida y acomplejada por su ala deformada, se había escondido en la biblioteca. Más tarde, cuando por fin tuvo suficiente seguridad en sus habilidades para caminar erguida, sí se le habían acercado. No habían sido muchos, por supuesto, pero sí los suficientes para tener más de una única opción.

En aquel entonces, joven y todavía insoportablemente susceptible acerca de su ala a pesar de su seguridad exterior, había pensado que los hombres se le acercaban por pena, que querían hacer el papel del agradable pretendiente sólo el tiempo suficiente para mitigar su conciencia. Así que los había rechazado antes de que pudieran rechazarla a ella.

Sabía que había tenido razón sobre las motivaciones de al menos uno de aquellos que había intentado cortejarla. Pero los otros... tal vez había estado equivocada. Una cosa era indudable: pronto se había "sabido" que Jessamy prefería su paz, que era una erudita y una maestra. Todos habían olvidado que también era una mujer, con esperanzas y sueños de un compañero, una familia, un hogar que no fuera siempre

tan silencioso cuando caía la noche con un suave susurro. Había intentado intensamente olvidar la verdad sobre sí misma porque dolía mucho menos.

Creí que tenías más valor, Jessamy.

Se clavó las uñas en las palmas. Odiando su vida en aquel momento, una vida que había construido ladrillo a ladrillo hasta que se había sepultado en ella, se levantó, tomó la pequeña bolsa que Galen había hecho con sus cosas (qué cosa más inesperada y sorprendente por su parte) y tiró de la puerta para abrirla.

—Tu casa —dijo, antes de que el valor la abandonara—, ¿sería más fácil de proteger?

Galen asintió brevemente, el rojo puro de su cabello se le deslizó por la frente antes de que lo apartara con una mano impaciente.

—Está en la pared del desfiladero. Una entrada. Sin escaleras.

Así que tendría que permitir que la llevara volando entre sus brazos.

Galen añadió, todavía observándola:

—No está lejos —el mar salvaje de sus ojos le decía que él veía demasiado—. A uno o dos latidos de corazón volando.

El sudor empezó a caerle por la espalda y tuvo que tragar dos veces antes de poder decir las palabras con un ronco susurro.

—De acuerdo.

Galen no dijo nada hasta que estuvieron al borde del acantilado con vistas al magnífico peligro del desfiladero.

—Sostente —murmuró, agarrándola y sosteniéndola contra sí con un brazo detrás de su espalda y el otro bajo sus muslos— y piensa en todas las palabras feas que sabes que quieres llamarme.

Una sorpresa deliciosa la llenó de risa... justo cuando él dio un paso al acantilado y se inclinó hacia abajo, dirigiéndose a su nido, siendo sus alas una asombrosa creación de luz y sombras por encima de ellos. El viento tironeaba de su vestido, jugaba con su cabello y hacía que el estómago se le pusiera del revés durante la infinitesimal cantidad de tiempo que estuvieron en el aire. Cuando aterrizaron levantó la vista con los labios todavía curvados para encontrarse que Galen la estaba mirando, con una lenta sonrisa dibujada en la cara.

—No tienes miedo.

—¿Qué? —Dejando caer su bolsa en el suelo, esperó a que él la pusiera abajo, aunque casi no controlaba la urgencia que sentía de usar su proximidad para apartar aquel cabello suyo demasiado largo, los mechones le rozaban de nuevo las pestañas—. No, no es por eso que no vuelo.

Galen continuó examinándola con aquellos ojos de hielo y primavera hasta que Jessamy tuvo que responder, confesar un secreto tan terrible y profundo que jamás se lo había contado a nadie, ni siquiera a Keir, que hacía milenios que la conocía.

—Es porque lo deseo demasiado.

A su confesión le siguió inmediatamente un sentimiento de vulnerabilidad, un puñetazo en el estómago que la habría dejado doblada si no hubiera estado en unos brazos de acero caliente y vivo.

—Bájame. —No podía soportar ver que la pena marcara las duras líneas de su rostro.

—Puesto que ya sé tú secreto —dijo Galen, en vez de obedecerla, restregó la barbilla contra su cabello—, ¿quieres ir a volar?

A Jessamy se le paró el corazón.

—Sólo empeoraría el hambre —susurró, levantando una mano para apartar aquel cabello grueso y sedoso del color del brillante calor de una puesta de sol entre las montañas.

—Puedo volar durante horas sin inmutarme. —La colocó incluso más cerca, el salvaje calor de él le quemaba la piel, le aceleraba la sangre—. Y —murmuró, mirándola a los ojos—, estarás mucho más segura en el aire que en cualquier otro lugar.

La aterrorizaba lo que él le ofrecía. No sólo sus alas... sino la emoción líquida que no hacía esfuerzos por disimular. No tenía nada que ver con la lástima.

—Galen.

Inclinando la cabeza, habló tan cerca que fue casi un beso, sus labios a un aliento de los suyos.

—Agárrate fuerte. —Y entonces dio un paso atrás para salir de la cornisa de su nido.

Jessamy gritó mientras él se dejaba caer y fue de medio alivio y medio sorpresa.

—¡No quería decir que "sí"! —Tenía los brazos enroscados alrededor de su cuello.

Fingiéndose sordo, se dejó caer y dio giros en espiral junto a los gigantescos muros del mismo acantilado que antes habían llenado las venas de Jessamy de terror. Ahora no. No en el agarre irrompible de Galen. Una emocionante sensación le recorrió la sangre y se encontró riendo de nuevo. Él se comportaba como uno de los que estaban a su cargo, ignorándola con la esperanza de que se olvidara de la reprimenda que tenía intención de darle. Y en esto probablemente tenía razón, porque Galen sabía *volar*.

Después de bajar hasta casi rozar el rugido del río de abajo, rozó el agua. Las salpicaduras tocaron sus pies con sandalias, su rostro, y frotó la cara contra su cuello en un gesto de afecto espontáneo. Inclinando la cabeza, Galen le sonrió con cara de cachorro antes de volar hacia arriba hasta que estuvieron en lo alto, entre el algodón insustancial de las nubes, los edificios de brillos metálicos del Refugio quedaron ocultos tras una cadena de montañas que era una barrera natural impenetrable para los que no tenían alas, la tierra de abajo era como un tapiz silvestre que había visto por última vez mucho tiempo atrás, cuando había sido una niña... y su padre la había llevado a los cielos.

—*Gracias, Padre.*

—*Eres mi hija, Jessamy. Haría cualquier cosa por oírte reír, por ver esa hermosa sonrisa.*

Su padre la amaba. Y también su madre. Pero había habido siempre demasiada tristeza tras sus felices expresiones cuando regresaban a tierra, hasta que Jessamy no pudo soportarlo más. Así que se impuso. Su decisión fue aceptada con profunda tristeza, pero ya había pasado. Ahora, a veces sus padres eran capaces de olvidar su incapacidad y tratarla simplemente como su hija, apreciada y con logros que les hacían brillar de orgullo.

Una capa de luz brillante desparramó los deprimentes recuerdos como piedras preciosas.

Miró abajo y vio un lago que parecía un espejo reflejando el sol poniente en toda su fragmentada gloria, el agua era una caldera de fuego, el cielo una llama.

Unos labios le rozaron la oreja, un cálido aliento.

—¿Quieres aterrizar?

Meneó la cabeza, no quería volver a tocar nunca más la tierra. Bajando para surfear sobre una corriente de aire, Galen los llevó mucho más lejos, hasta que viajó sobre zonas que no había visto nunca con sus propios ojos, solo había oído de ellas por otros. Su alma se empapó de las vistas, las sensaciones (el aire fresco contra sus mejillas, el viento juguetón) apilándose hasta que la sed se calmó. La belleza y grandiosidad le robaba el aliento, pero Galen siguió volando, mostrándole maravilla tras maravilla, sus alas incansables.

No había luz en el cielo, las estrellas brillaban como gemas talladas sobre sus cabezas cuando suspiró, tan llena de gozo que otra gota la haría explotar.

—Sí, ahora podemos ir a casa.

Luces doradas brillaban en unas pocas ventanas mientras Galen movía sus alas para devolverles al nido, el Refugio estaba silencioso, el latido de su corazón estable.

Aterrizando, la colocó sobre sus pies. Jessamy se agarró a él cuando sus piernas temblaron, sintiendo que su gran cuerpo ya no era tan extraño e intimidante, aunque

hubiera sido una mentira de primer orden si dijera que no le afectaba. No había una sola parte de su cuerpo que no fuera consciente de cada una de sus respiraciones, de sus movimientos.

—Gracias —susurró, con las manos todavía extendidas sobre el pecho masculino que quería mimar y acariciar.

Galen meneó la cabeza, rechazando su gratitud.

—Quiero un pago.

Fue lo último que Jessamy esperaba escuchar.

—¿Qué? —Su piel era tan caliente que quería restregarse contra ella como una gata.

—Por el vuelo —dijo, tirando con sus manos de las suyas para acercársela más—. Quiero un pago.

Duro, estaba construido tan duro y fuerte.

—¿Y si me niego? —Hablar, respirar, se estaba convirtiendo en algo difícil.

Una lenta sonrisa suavizó las líneas de su rostro, brutalmente masculinas.

—No te niegues, Jessamy.

El murmullo mimoso la envolvió con lazos irrompibles, la vibración de sus palabras un retumbar contra sus palmas. Maravillada, fue a apartar las manos que se habían vuelto acariciantes sobre la tensa fuerza, pero él no la dejó.

—Un beso —dijo con voz baja y profunda que se sintió como la más decadente de la sedas contra su piel. Un poco ruda... pero ay, qué exquisita—. Sólo uno.

Cautivada como estaba por su voz, le costó un momento que sus palabras penetraran. Shock, dolor, enfado, todo subió a la superficie.

—No necesito tu lástima. —Tiró de sus manos.

Él ni se inmutó.

—Suéltame.

—Eso que has dicho es un insulto, Jessamy. —Su tono era uno que jamás había escuchado en él—. Pero como yo antes te hice daño, digamos que estamos empatados. —Con eso la dejó ir y entró en el nido, esperando sólo hasta que ella estuvo dentro para encender una lámpara y tirar de la pesada puerta de madera para cerrarla.

Allí de pie observándolo moverse por la sala con musculosa gracia, encendiendo otras lámparas hasta que el nido brilló cálidamente e iluminó la piel y el cabello de Galen, supo que, llevada por el instinto autoprotector que se había convertido en su segunda piel, se había comportado mal. Galen pensaba lo que decía y decía lo que

pensaba. No tenía derecho a juzgarlo por el comportamiento de otros hombres más débiles y de menos valor.

Apretando la mano en el asa de su bolsa, intentó pensar cómo hacer las paces, no podía encontrar las palabras, decidiéndose por ver si estaba demasiado enfadado como para hablar con ella.

—No tienes muchas cosas. —Un taburete a su izquierda, una mesa pequeña, una gruesa alfombra con cojines de aspecto cómodo en una esquina del pulido suelo de piedra.

—Necesito poco —dijo, sin frialdad en su tono—. Pero hay una cama por ahí. —Encendió más lámparas mientras asentía hacia la parte trasera del nido. Acercándose, Jessamy vio que el "dormitorio" era otro rincón de la única estancia, pero que tenía una pesada cortina que se podía correr para buscar privacidad. La cama era grande, como para acoger a alguien del tamaño de Galen.

—Te estoy quitando la cama —dijo, una extraña incomodidad en su sangre que no tenía nada que ver con robarle el descanso.

Galen se encogió de hombros.

—No tengo planeado dormir. —Dejándola junto a la cama, regresó a la zona de salón y se sacó la espada y el arnés. El movimiento del cuero contra su piel besada por el sol captó la atención de Jessamy, la mantuvo, el movimiento de los músculos bajo su...

Enrojeciendo cuando él levantó la mirada y la pilló mirándole fijamente, corrió la cortina para cerrarla, se quitó las sandalias y se sentó en la cama. No podía recordar reaccionar así con un hombre jamás, hasta que ya ni se reconocía, esta mujer cuya mente estaba sobrecargada con emociones básicas, cuya sangre corría tan caliente, cuyas manos todavía llevaban la marca de un firme pecho masculino.

Tal vez sintió tal necesidad cuando era una chica joven, pero no lo creía. En aquel entonces todavía caminaba con la cabeza gacha, enfadada y destrozada por una envidia que la hacía sentirse una criatura odiosa.

El pecho le dolió.

Ojalá pudiera volver a ser aquella chica solitaria y acomplejada y decirle que todo iría bien, que se crearía una vida y que le traería satisfacción. Su mano se cerró en un puño. No, tal vez no deseaba volver atrás, porque ¿qué chica querría oír sobre "satisfacción" cuando soñaba con un gozo abrasador y una pasión arrolladora?

Aquellas ansias no habían muerto, más bien se habían visto aplastadas bajo el peso de la verdad. Oh, con los años comprendió que podría encontrar un amante si lo deseaba, alguien que le enseñaría los secretos que jugueteaban en los ojos y los labios de otras mujeres, pero también comprendió que cualquier relación, *incluso* si

fuera una con verdadero deseo, sería temporal. Acabaría en el instante en que su amante comprendiera que estaba atada al Refugio.

A diferencia de él, Jessamy jamás volaría más allá de las montañas, nunca viviría en el mundo exterior porque los ángeles no podían verse como débiles. Los mortales se maravillaban de la raza angelical, lo que evitaba que intentaran alguna insurrección que pudiera acabar con la vida de miles. Un ángel tan imperfecto... haría temblar los fundamentos de tal maravilla, conduciendo al derramamiento de sangre cuando los mortales pensaran ver en ella una verdad sobre la raza angelical que no existía. Jessamy era única en su especie.

Mejor, decidió mucho tiempo atrás, mucho mejor que ella colmara su dolorosa hambre de ver el mundo a través de las páginas de los libros, que incitar a los mortales a un acto que mancharía el suelo del más oscuro de los rojos. Y con respecto a la intimidad... apretó de nuevo las manos en las sábanas, en la cama de un ángel diferente a todos los demás, uno que azuzaba en ella cosas que no podía permitir que fueran azuzadas, no si tenía que sobrevivir a los milenios por venir.

Porque su hermoso bárbaro, también se iría un día, dejándola atrás. Y aún así se levantó, apartó la cortina a un lado y con los pies descalzos se dirigió al salón... donde Galen, vestido con nada más que esos pantalones de algún tipo de tela dura de color marrón, sus alas bien cerradas detrás de su espalda, estaba tumbado paralelo al suelo con las palmas sobre la piedra, su cuerpo entero una línea recta. Mientras observaba, él se empujó hacia arriba, las venas sobresaliendo de sus músculos cuando se tensaron, y luego bajó, repetidamente.

—Ya eres fuerte —dijo Jessamy, los ojos deteniéndose en la contracción y flexión de un cuerpo desvergonzadamente poderoso que hacía que revolotearan mariposas en su estómago. —¿Por qué haces esto?

—Un guerrero que se considere a sí mismo el mejor —dijo, sin detenerse de sus acciones— es un tonto que pronto estará muerto.

Una respuesta brusca de un tipo de hombre brusco. No era como los eruditos con los que pasaba la mayoría de su tiempo, no era siquiera como los letales arcángeles. Rafael, con su poder afinado hasta ser afiladamente cruel, era tan diferente de aquel hombre como ella lo era de Michaela, la manipuladora e inteligente gobernante de un pequeño territorio cuya fuerza había aumentado tanto que Jessamy estaba segura de que la esplendorosa inmortal estaba a punto de entrar en la Cátedra.

—Deberías descansar —dijo cuando ella no contestó.

Jessamy frunció el ceño.

—Soy más antigua que tú, Galen. —No importaba que ella pareciera rompible, podía estar largos períodos de tiempo sin dormir—. Tal vez eres tú el que debería descansar después de ese esfuerzo.

Una minúscula variación en el suave ritmo de músculo y tendón, una pequeña pausa cuando él capturó su mirada con unos ojos del color de un tipo de gema rara y preciosa que parecía ver hasta su alma.

—¿Me estás invitando a la cama, Jessamy?

Capítulo 5

—No. —Le salió como un graznido y se sintió tan frustrada consigo misma por dejarle sorprenderla que dijo—: No soy una criatura carnal —el adormecido calor que todavía había en ella hacía que sus palabras fueran una mentira.

Empujándose y poniéndose de pie con un suave movimiento que ocultaba la mole de su cuerpo, Galen se apartó el pelo. Entonces dio un paso adelante. Otro. Y otro. Hasta que Jessamy pensó que la apresaría contra la pared... pero se detuvo a un aliento entre ellos, la oscura, caliente y potente esencia de él saturando sus sentidos.

—¿Estás segura? —Alargando la mano, le recorrió el arco de su ala derecha, la retorcida realidad de la izquierda oculta tras la cortina de su cabello.

—Incluso en la corte de Titus —dijo, luchando contra el acuciante placer que amenazaba con recorrerle la piel— eso sería un acto inaceptable. —Era una caricia permitida sólo a un amante.

Con las manos en sus costados una vez más, Galen levantó una ceja.

—Si no eres una criatura carnal —un desafío—, no significa nada.

—La sensibilidad de esa zona no sólo surge de los instintos primarios. —La asustaba lo mucho que él la hacía *necesitar*, que hiciera volar sin esfuerzo sus defensas construidas a lo largo del eón inacabable de su existencia. Galen no comprendía lo que le estaba pidiendo.

Dos *mil* quinientos años había estado sola y atrapada en el Refugio. Había tenido que encontrar un modo de sobrevivir, de convertirse en más que un fantasma que se mantenía en el margen de las vidas de los otros. Se había hecho a sí misma, convirtiéndose en alguien respetado por los adultos y amado por los niños a los que enseñaba. No era una vida gloriosa, pero era una vida mucho mejor que la dolorosa existencia de su juventud.

¿Pero arriesgar la pequeña felicidad que había encontrado, saltando a lo desconocido, confiando en que este guerrero, este extraño que no era un extraño, la agarrara? Era una cosa tremenda para pedirle... pero incluso mientras lo pensaba,

sabía que bien podía estar dispuesta a pagar el precio por la oportunidad de conocer el cuerpo y el alma de Galen. Porque ese hombre, no la miraba solamente. La *veía*.

—Y aún así —dijo él, respondiendo a su argumento cuando ella casi se había olvidado de lo que había dicho—, es una caricia que solamente se comparte entre amantes. —Con eso dio unas zancadas hasta tomar asiento sobre el taburete junto al cual había dejado su espada y, tomando el arma, empezó a limpiarla con una suave tela.

Quiso sacudirlo, ese enorme hombre roca que pensaba que tenía razón en todo.

—¿Crees que has ganado? —*¿Sabes lo que me estás haciendo?¿Comprendes las fracturas que estás creando?*

Movimientos suaves y lentos sobre el brillante metal.

—Creo que tenemos que descubrir qué sabes que es tan importante como para que alguien quiera tu vida.

El frío que casi había logrado superar volvió a invadir sus huesos de nuevo. Restregándose los brazos, desnudos por el diseño de su simple vestido, caminó hacia la pequeña zona de cocina y empezó a abrir los armarios. Tanto si Galen cocinaba como si no, uno de los ángeles a cargo de mantener abastecidas las habitaciones de los guerreros la habría provisto con lo esencial. Encontró harina, miel y mantequilla en una jarra fría. Un poco más de búsqueda y obtuvo frutos secos y huevos.

—¿Tienes madera para el horno?

En respuesta Galen se levantó y caminó hacia un rincón del nido al otro lado de donde ella estaba, llegó hasta una cesta y tomó dos pequeños leños que colocó en el horno. Un poco de yesca y el fuego estuvo encendido, la puerta cerrada. Diseñado para los nidos, el humo de la estufa iría hasta el acantilado, mientras que el calor se quedaría dentro. Los ángeles no sienten el frío como los mortales, pero la calidez siempre era bienvenida en las montañas.

Regresando con su espada, Galen continuó limpiando la ya prístina hoja, pero Jessamy podía sentirlo observándola, la sensación casi un toque físico.

—¿Qué estás haciendo? —Un ligerísimo toque de una emoción más suave.

¿Anhelo?

Fue a desechar la idea, pero dudó. Él había sido educado en una corte guerrera, ¿alguna vez le habrían dado un capricho de pequeño? ¿O habría sido considerado un aprendiz de guerrero desde la cuna, enseñándole sólo disciplina y guerra?

—Un pastel con frutos secos —dijo, apartando la idea, porque su madre seguramente lo mimaría con afecto: si había algo que sabía era que los ángeles adoraban a sus bebés. Jessamy no podía vivir con la culpabilidad de Rhoswen, pero

jamás había dudado del amor de su madre—. Estaría más bueno si dejara en remojo los frutos toda la noche —continuó, con el corazón más tranquilo— pero no quiero esperar. —Tomando la tetera de encima del horno, volcó un poco del agua ya caliente sobre los albaricoques secos, las bayas y las rodajas de naranja—. Y sé muchas cosas, Galen —dijo, obligándose a enfrentarse a la pesadilla porque no iba a desaparecer—. Soy la guardiana de nuestras historias. —Un millón de fragmentos de tiempo, más, existían dentro de su mente.

Levantándose para colocar su espada en un soporte en la pared, Galen empezó a estirarse lentamente en el centro de la habitación mientras hablaban. Jessamy comprendió que antes le había interrumpido, y estaba contenta, porque así podía observarlo ahora. No importaba lo que discutiera, que supiera que era la opción más segura, también era una mujer que ansiaba algo que bien podía romperla para siempre... y él era un hombre hermoso.

—Pero —dijo Galen, torciéndose en un movimiento que hizo que su abdomen se tensara con fuerza, los filamentos de oro blanco de sus alas brillaron a la luz de las lámparas—, sólo necesitamos prestar atención a lo que podría influenciar sobre algo importante en el tiempo presente.

Concéntrate, Jessamy.

—Siempre hay miles de pequeños politiqueos sucediendo entre los poderosos. —Nadie que no estuviera inmerso en aquel mundo podría captar las profundidades laberínticas de algunas cosas que sucedían. Lo que la hizo pensar—. Si eres el maestro de armas de Rafael, debes saber todo esto. —El éxito se lo llevaría lejos de ella, del Refugio, pero no sería ella la que se interpusiera en el camino de aquella magnífica criatura.

—Dmitri sugirió que acudiera a ti.

—Tenía razón —dijo, preguntándose si Galen tenía la personalidad para absorber lo que tenía que decir. No iba a cometer el error de pensar que era estúpido. No, había hablado con bastantes personas conocedoras del territorio de Titus en las horas posteriores al primer impacto de aquellos ojos que le recordaban a una gema inusual llamada heliodoro, curiosa de un modo que no había estado lista para aceptar.

Una sutil dirección y se había enterado de que Galen no sólo era considerado un maestro táctico, sino un hombre capaz de inspirar lealtad y de conducir ejércitos a suelo enemigo... y regresar victorioso. Titus estaba furioso por haberlo perdido, aunque Orios no: un auténtico cumplido del maestro de armas considerado como el mejor en la Cátedra.

De todos modos la mente de Galen, por lo que había aprendido de él, era un lugar de líneas rectas, de bueno y malo, con muy pocos tonos grises entre medio. Sangraría por los que diera su lealtad, y una vez dada, aquella lealtad sería duradera.

La mujer que tomara como propia jamás de los jamases temería una traición.

Relajando conscientemente la presión sobre la cuchara de madera que estaba usando para remover la mezcla, tomó aliento profundamente, pero fue él quien habló antes que ella.

—No necesitamos concentrarnos en las pequeñas intrigas. —Extendió sus alas y las volvió a plegar pulcramente—. Dejando de lado cualquier conexión personal que puedas tener con otros ángeles, tu posición en sí misma se considera sacrosanta, dado el impacto que tendría tu pérdida sobre los niños: lograría que enemigos se aliaran para vengar cualquier mal hacia ti. Para arriesgarse a tal represalia, debe haber mucho en juego.

Se detuvo en el proceso de verter la mezcla dentro de un pequeño recipiente que era lo único que había encontrado para hornear.

—Tienes razón. —Ella tenía tanto conocimiento en su interior que a veces se perdía en él—. La planeada agresión de Alexander contra Rafael es incuestionablemente la cosa más importante que está sucediendo en el presente.

—Pero no es un secreto —dijo Galen, sus movimientos demostraban una gracia salvaje que no habría creído posible en un hombre tan grande—. Así que si tu conocimiento está conectado con Alexander, debe tener relación con un aspecto secreto.

—Si es así, Alexander mismo no puede haber conocido el asalto planeado —dijo, segura más allá de ninguna duda—. Él consideraría un insulto a su orgullo arrinconarme en mi casa de una manera tan brutal. —Si Alexander la hubiera querido muerta o incapacitada, uno de sus asesinos lo habría hecho silenciosa y eficazmente: Jessamy no habría sentido ni un instante de miedo.

El asentimiento de Galen fue firme.

—Estoy de acuerdo. ¿Quién más?

—Pensaré en ello. —El golpe de calor del horno le calentó la piel cuando lo abrió para colocar el recipiente dentro, pero fue la silenciosa calidez dentro de ella lo que era más peligroso, porque *esto*, estar con Galen, hablar con él como si hubieran pasado muchas noches haciéndolo, era el tipo de intimidad emocional que ansiaba—. Alexander me sorprende con esta intransigencia hacia Rafael. —Ser un arcángel era ser de la Cátedra. Era tan simple e inmutable como eso—. Nunca antes ha sido irrazonable hasta este punto.

—Rafael es mucho más fuerte de lo que debería por su edad —dijo Galen, tomó el arnés de la espada que había dejado junto al taburete y lo colgó—. Titus ha dicho abiertamente que tiene el potencial para dirigir la Cátedra.

—Y Alexander considera que esa es su posición. —Mientras que el arcángel *era* un buen líder, también tenía la arrogancia de un ser antiguo poderoso y, consideraría cualquier susurro de ese tipo un desafío.

—Pero —dijo Jessamy, volcando agua caliente para hacer algo de té mientras acababa de limpiar—, no podemos descontar a Lijuan. —La más antigua de los arcángeles después de Alexander, Zhou Lijuan había cometido atrocidades que le habían provocado escalofríos cuando lo registró en las historias secretas que mantenía sobre cada uno de los miembros de la Cátedra—. Parece tener cierta parcialidad hacia Rafael, pero sus intrigas van por debajo.

—Sus tropas están actualmente desparramadas por su territorio, sin indicación alguna de que estén planeando agruparse para un asalto.

Dejando reposar el té, levantó la vista justo cuando Galen se apartaba su cabello de nuevo.

—Tienes que cortártelo.

—Tenía intención de hacerlo la otra noche. —Sacándose un cuchillo del cinturón, cortó un mechón.

—¡Galen!

Una mirada interrogante.

Indignada, le arrebató el cuchillo.

—Siéntate antes de que descuartices este cabello glorioso. —El color era tan vibrante que parecía brillar con vida.

Él obedeció con sospechosa mansedumbre, sin decir una palabra mientras ella le arreglaba el cabello con cuidado. Fue sólo cuando estaba ya medio acabado que Jessamy comprendió que estaba de pie en medio de sus muslos abiertos, su aliento calentándola a través de la fina tela de su vestido. Un calor lánguido le hizo encoger los dedos de los pies y cuando acabó dio un paso atrás.

—Ya está —dijo con voz ronca—. Puedes limpiarlo.

En vez de eso Galen se levantó, su rostro duro, líneas claras, su cuerpo rozándose contra el suyo... y su pulgar restregándole el labio inferior. La caricia removió cosas bajas y tensas de su cuerpo, hasta que le dolió, su aliento le salió en suaves jadeos.

*  *

Galen se había comportado bien más tiempo del que se había creído capaz en lo que concernía a Jessamy. Había volado con ella, tan confiada y disfrutando entre sus brazos, se la había imaginado dormida en su cama y se regodeaba con su presencia mientras llenaba su cocina con su calidez. Le había costado toda su fuerza de

voluntad no ponerle las manos sobre las caderas mientras estaba de pie entre sus muslos y hacer que se pusiera sobre su regazo.

Ahora...

Su piel era delicada bajo la rudeza de la suya, su aliento dulce y sus labios, cuando los reclamó, se separaron con un suave jadeo. Apretando la mano contra su espalda, se obligó a no meter la lengua en su boca, a no rebuscar. Parte de él esperaba que ella le apartara, y cuando no lo hizo, tuvo que controlar un rugido de salvaje satisfacción. En lugar de eso, presionó hacia abajo contra su barbilla e inclinó más su boca contra la de ella, su polla presionaba contra la tela de su pantalón hacia la suave curva de su abdomen.

Un parpadeo en su pecho, una esbelta mano abriéndose sobre su piel cuando Jessamy se puso de puntillas para seguir su boca. Gimiendo al sentir sus altos y firmes senos restregándose contra su pecho, le lamió los labios con su lengua, deseando saber si era bienvenido antes de atacar para devorar y saborear. Ella le clavó las uñas en la piel, un pequeño mordisco que hizo que todo su cuerpo latiera... antes de empujarlo, apartando la cabeza a la vez.

Paralizado, dejó caer la mano de su mejilla y dio un paso atrás, sin hacer esfuerzos por ocultar su prominente excitación.

—¿Debería disculparme?

Jessamy le miró incrédula con aquellos ojos castaños llenos de placer... y luego se rió, el vibrante color de su risa llenó su nido, se hundió en sus huesos. Pero la risa se detuvo entre un aliento y el siguiente, su expresión traicionó una cruda desolación antes de que parpadeara y volviera a revestirse de una cálida elegancia, tan amable, tan impecable.

—Soy yo quien debería disculparse —dijo, recolocándose el vestido aunque no necesitara ser recolocado.

Galen entrecerró los ojos.

—¿Es porque no soy un erudito?

—¡No! —Jessamy alargó una mano y la dejó caer a medio camino—. No, Galen. —La angustia oscurecía sus ojos, empalidecía su rostro.

Ahí. Una debilidad, una abertura en su armadura que podría usar para traspasarla. Excepto que a veces era mejor que tu oponente pensara que había ganado.

—Tal vez no sea un erudito —dijo, limpiando rápidamente la zona donde ella había cortado su cabello—, pero entiendo que necesito saber todo lo que puedas enseñarme. ¿Lo harás?

Jessamy no se había sentido tan desconcertada desde que era niña.

—Yo... por supuesto —dijo, su respuesta instintiva—. Tal vez por las noches después de que te hayas encargado de tus propios aprendices.

Un asentimiento.

—Así que, Alexander, tal vez Lijuan. ¿Alguien más que pudiera encontrar tus conocimientos problemáticos?

Jessamy observó en silencio como caminaba hacia los cojines en la zona de salón y se estiraba con las manos bajo la cabeza, mirando al techo que brillaba con los minerales incrustados en la roca. Y de ese modo, pensó, con enfado brotando en sus venas, él había superado un beso que a ella la había excitado más allá de la necesidad, más allá del deseo. Un lametón más y ella le habría permitido desnudarle la piel, acariciar con aquellas enormes manos lo que quisiera y donde quisiera, clavarla contra la pared de piedra si lo deseaba... excepto que aparentemente sólo uno de ellos se había visto afectado tan profundamente.

Queriendo sacudirlo y besarle todo ese musculoso pecho, con sus emociones yendo entre un extremo y el otro, fue a sentarse en el taburete, cuando él dijo:

—Aquí es más cómodo —con un tono ronroneante.

Era un desafío, sin duda alguna.

Con los hombros rectos y los ojos entrecerrados, cruzó la distancia entre ellos para tomar asiento contra la pared. Eso la puso en una esquina, pero había sitio suficiente para no sentirse atrapada. Mientras el dulce y especiado olor del pastel llenaba el nido, mantuvo los ojos concentrados en mirar hacia adelante en vez de al hombre junto a ella.

—También está Michaela —dijo. La belleza del ángel era legendaria, de un modo que cegaba a la gente tanto a sus caprichos como al puro poder que llevaba en los huesos.

—Si tiene una vulnerabilidad, puede que no quiera que se conozca debido a su cercanía a entrar en la Cátedra.

Jessamy no podía pensar en nada que hiciera que Michaela se preocupara, pero rebuscaría entre sus archivos cuando amaneciera.

—Hay un punto débil en tu teoría.

Un movimiento, la caricia de un olor caliente y masculino que le hizo contener el aliento.

—Ningún arcángel —dijo— o poderoso inmortal, habría enviado a un único vampiro si él o ella quisiera asegurar mi muerte. Habría sido mucho más efectivo

hacer que un grupo de ángeles me tomara mientras caminaba hacia mi casa y me dejara caer por el acantilado.

Todo el cuerpo de Galen dejó de moverse, como si su aliento se hubiera visto suspendido. Fue entonces cuando ella comprendió que lo estaba mirando de nuevo. No sólo mirándolo, sino admirándolo. Criatura hermosa y exasperante. Una que podía besar y olvidar con el parpadeo de un ojo, cuando su piel seguía ardiendo con los ecos sensoriales de su tacto, cuando su sabor, tan salvaje, tan *masculino*, seguía entre sus labios.

—¿Jessamy?

Curiosa por el sereno e intenso timbre, ella dijo:

—¿Sí?

—Te digo esto porque creo que es justo avisar. —Su voz se filtraba en partes de ella que no debían ser capaces de alcanzar, de lo bien ocultas que estaban, tan ferozmente protegidas—. Soy muy bueno con las tácticas. Sé cuándo retirarme, cuándo calmar a mi oponente con un falso sentido de seguridad... y cuándo lanzar un golpe final y victorioso.

Capítulo 6

Conteniendo la temblorosa respiración, se puso de pie, por lo visto para comprobar cómo estaba el pastel.

—No soy una campaña que haya que vencer, Galen.

Dejado de lado el enfado por su limitada existencia (y su respuesta visceral hacia Galen), flirtear con lo que él le estaba ofreciendo era pura locura. Cuando Galen extendiera sus propias alas y volara fuera del Refugio en su servicio a Rafael, tal vez durante una década, tal vez un siglo, le dolería. Lo había sabido cuando salió del dormitorio, estando dispuesta a arriesgarse. Pero su beso... oh, ese beso pecador y adictivo, había cambiado la balanza.

Si permitía que esto fuera más allá, no sólo le dolería cuando se fuera. La rompería.

—No malgastes tus esfuerzos en mí. —*Tengo que vivir una eternidad como soy, un ángel atado a la tierra. No me muestres ningún atisbo de lo que podría ser, para luego desaparecer.*

Galen no dijo nada en respuesta, pero se comió el pastel con abierto aprecio cuando ella lo declaró terminado y se sentó en silencio mientras ella leía en voz alta del libro que él había metido en su bolsa (¿cómo había sabido que no podría vivir sin libros, sin palabras, este guerrero bárbaro?). Más tarde empezó a enseñarle la intrincada estructura de poder de la Cátedra y, por lo tanto, del mundo.

Fue una noche extraña y encantadora, un sueño confuso.

*  *

Jessamy no quería que rompiera el día, pero lo hizo, con un estallido espectacular de color en los cielos. Llevándola volando a su casa, Galen entró con ella por la cocina. Había sido limpiada meticulosamente en su ausencia, hasta que casi creyó que se había imaginado la explosión de rojo más oscuro.

—¿Deseas quedarte aquí, Jessamy?

—Sí. —La noche se había ido, y con ella, un espejismo que podría destruirla. Este hogar era su paraíso, años de cuidado para crearlo, y no permitiría que fuera manchado o robado.

Galen asintió, girando la cabeza hacia el patio.

—Es defendible si cooperas con tu guardia.

—Por supuesto. —Las piedras pavimentadas estaban cálidas bajo sus pies cuando volvieron a salir a la mañana una vez más, el beso del viento causado por el ángel de alas negras al aterrizar a escasa distancia, frío—. Jason.

Galen habló unas cuantas palabras en voz baja con Jason antes de regresar su atención a Jessamy.

—Él estará contigo hoy. Yo regresaré para decirte si es seguro enseñar en la escuela. —Con eso, extendió sus alas y se elevó al cielo, una criatura de poder puro y crudo... una que cazaba a los que la habrían silenciado de la manera más cruel.

Un sonido de alas.

Apartando su atención del ahora cielo vacío, dijo:

—Tengo un nuevo libro para ti —a Jason, aquel ángel que era otro de los que ella no había enseñado. Sencillamente había aparecido un día en el Refugio como un chico completamente crecido.

Jessamy nunca le había preguntado a Jason qué vida había tenido antes de llegar al Refugio, pero sabía que lo había marcado, dañando su crecimiento emocional hasta el extremo de que tenía problemas para crear vínculos de relación. Era su penetrante soledad en él lo que hacía resonar la suya propia, pero el enigmático ángel mantenía su distancia incluso de las mujeres que se habrían acostado con él al más mínimo aliento, prefiriendo cortejar a las sombras.

—Gracias. —La luz hizo brillar el cabello que llevaba justo por encima de sus hombros, los mechones de ébano cortados en capas que hacían sombras sobre las limpias líneas de su rostro y el enroscado misterio del dramático tatuaje que le cubría el lazo izquierdo—. El vampiro que te atacó ha sido rastreado hasta la corte de Alexander. Su gente niega todo conocimiento de la acción del hombre.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó, porque Jason, a pesar de sus cicatrices, o tal vez por causa de ellas, tenía una manera de ver a través del corazón de las cosas, no cegado por el prejuicio o la emoción. En muchas cosas era el opuesto a Galen, tan sutil y astuto como Galen era contundente y directo.

Sé cuándo retirarme, cuándo calmar a mi oponente con un falso sentido de seguridad... y cuándo lanzar un golpe final y victorioso.

Le había dicho que no malgastara sus esfuerzos con ella, pero en lo más profundo de la parte más secreta de ella había una pequeña e imprudente voz que quería que él presionara, que persiguiera, que se abriera paso a través de las barreras defensivas que Jessamy había puesto en su camino. Peligroso, sería peligroso para su corazón darle cualquier entrada, pero ser tan *deseada*, puede que valiera la agonía posterior.

—Creo —dijo Jason, su voz deslizándose sobre su consciencia como humo oscuro— que la corte de Alexander dice la verdad sobre esto. Él tiene su propio grupo de asesinos. Incluso el peor de ellos es diez veces mejor que el vampiro que Galen ejecutó.

—¿Rafael sabe que debe ser cuidadoso? —Como la guardiana de sus historias, Jessamy debería haber sido neutral en la guerra que se avecinaba, pero tenía una debilidad en su corazón por el más joven de los arcángeles. De niño había tenido una risa tan deliciosa... al menos hasta la locura inexorable de su padre y la terrible decisión de su madre: acabar con la vida del compañero que amaba con cada aliento de su cuerpo.

Incluso cuando se hizo claro a una edad muy joven que su poder superaba de lejos el suyo, Rafael siempre, *siempre*, la había tratado con respeto. Aunque él también estaba cambiando. Tal vez era inevitable, la fría arrogancia que venía con tanto poder. Cada vez que regresaba al Refugio, veía menos al niño que había sido y más la letal criatura que era miembro de la Cátedra.

—Dmitri —dijo Jason en respuesta a su pregunta— se ha asegurado de que no haya espías capaces de acercarse lo suficiente para ser una preocupación.

—Y tú te has asegurado de que Rafael tenga sus propios espías en la corte de Alexander.

Jason mantuvo su silencio sobre ese punto, su rostro (marcado por las inquietantes curvas y líneas de un tatuaje que él no había explicado jamás y que podría ser tanto un tributo como un recordatorio creado en exquisito dolor) siguió sin cambiar de expresión, pero lo conocía desde hacía demasiado tiempo para ser engañada.

Mirándola a los ojos, él dijo:

—Galen no tiene esposa, ni amante, no ha hecho promesas a ninguna otra.

Hacía mucho que había dejado de sorprenderse por cómo Jason sabía lo que sabía, pero sus palabras le hicieron contener el aliento, su corazón se aceleró.

—¿Soy tan trasparente? —preguntó, sintiéndose vulnerable, expuesta.

—No. —Una pausa—. Pero Galen ha hecho su reclamo patente.

*  *

Rozando con el dedo la cremosa pluma tocada por el más ligero de los sonrojos que había robado, Galen consideró lo que Dmitri le había contado sobre las lealtades del vampiro muerto. Era improbable que Alexander estuviera involucrado, pero alguien de su corte le tenía ganas a Jessamy. El problema, por supuesto, era que el territorio de Alexander era vasto, su corte una colmena extendida. No sería fácil centrar el objetivo, pero Jessamy estaba a salvo, seguiría bajo protección el tiempo que fuera necesario.

Galen no confiaba fácilmente, pero había conocido a Jason antes de llegar al Refugio, había visto al ángel cubierto de sombras luchar con aquella extraña espada suya, una tormenta letal y violenta. Fue el único motivo por el que dejó a Jessamy a su cargo. Tenía toda la intención de ser él quien estuviera de turno por la noche.

Ningún otro hombre iba a sentarse en su cocina y observarla moverse con graciosa economía de movimientos mientras cocinaba... y se esforzaba por no mirarlo. Cada mirada robada había sido una caricia, un quiebro en el muro de su armadura. Quería arrastrar ese sonrojo hasta su rígida polla, decirle que podía tocarle tan a menudo como quisiera, y que sería su esclavo si también usaba su boca.

Por todas partes.

Jurando que un día deslizaría su mano sobre aquellas curvas sutiles, aquella sedosa piel, mientras ella se retorcía debajo de él, impotente en su placer, deslizó la pluma para guardarla a buen recaudo y abrió las alas. Era casi la hora de volar con el grupo de guerreros que Rafael había destinado al Refugio, el primer paso para evaluar su disposición para la batalla.

En aquel momento, una ángel alta y esbelta con la piel de lujurioso ébano y alas que seguían el patrón de una mariposa, con sus marcas naranjas y negras, aterrizó en el camino frente a él antes de poder levantarse.

—Señor. —Replegando las alas, inclinó la cabeza con una pequeña inclinación respetuosa, la melena plagada de rizos trenzados cerca de su cráneo.

—Ya no soy tu comandante, Zaria.

Unos pequeños dientes blancos aparecieron en una traviesa sonrisa, formándosele hoyuelos en ambas mejillas.

—Ya sea en territorio de Rafael o en el de Titus, eres mi comandante. Augustus está de acuerdo.

Había tenido la esperanza de que algunos a quien comandaba le siguieran, pero no se había esperado a estos experimentados guerreros, ambos con altas posiciones en el ejército de Titus.

—Sois bienvenidos —dijo, agarrándole el antebrazo con familiar saludo—, pero tendréis que probar vuestra lealtad a Rafael.

Una ceja levantada.

—¿Crees que soy una espía? —No se sentía insultada, simplemente era la curiosidad que la hacía una dotada exploradora.

—Creo que ser maestro de armas tiene muchos más matices de los que antes imaginé. —Asintió hacia ella para que lo siguiera de vuelta al baluarte: era demasiado peligrosa en su fuerza para no ser llevada inmediatamente a la atención de Dmitri—. ¿Cómo está Orios?

—Contento. Orgulloso como padre. —Otra chispeante sonrisa—. Titus es un oso herido dividido entre el mismo orgullo y la furia de haberse quedado sin tus habilidades, pero las mariposillas saben cómo calmarle.

Los niños eran escasos, muy raros entre los inmortales y Titus no tenía ninguno de su propia sangre, pero adoptaba a los niños de sus guerreros caídos en batalla, les daba a los pequeños vidas que los convertían en adultos mimados e indulgentes que a pesar de todo eran dulces por naturaleza.

—Tienen su utilidad. —Sólo después que Zaria entrara en la frialdad de las paredes de piedra del baluarte preguntó—: ¿Mis padres?

—Tu padre mantiene un ojo sobre las fuerzas de Alexander.

Galen se había esperado aquello; su padre era el segundo de Titus.

—Tu madre —Zaria tocó a propósito la piedra con su ala, como probando la textura—, ha empezado a entrenar a la nueva remesa de reclutas.

Tanae debía haber conocido la decisión de Zaria de desertar (era algo que se esperaba y que se observaba después de la marcha de un comandante) y aún así no había enviado ningún mensaje con la exploradora. De su padre, Galen nunca había esperado nada más allá de su educación como guerrero, pero se había pasado décadas intentando ganarse una palabra de alabanza de su madre... sabiendo todo el tiempo que la búsqueda era un esfuerzo fútil.

El quid de la cuestión era que Tanae era algo anormal entre la raza angelical. Una guerrera, talentosa y orgullosa, que nunca deseó tener hijos. Para ser justos, educó a Galen con escrupuloso cuidado, y aunque las mariposillas intentaron hacer de él una mascota consentida, un intento que él rechazó con ferocidad infantil, siempre fue Tanae a quien él intentó impresionar. Hasta que comprendió que su indiferencia no estaba planeada para motivarlo a llegar más alto. Era algo profundo.

La comprensión de aquello había roto el corazón del niño que fue.

—Necesitaré regresar a la corte de Titus para presentar mi salida formal—dijo Zaira, su tono le decía que no pensaba nada raro sobre sus preguntas—. Puedo llevar una carta conmigo para tus padres.

El chico herido que una vez fue hacía mucho que había desaparecido, sustituido por un hombre que jamás se ocultaba de nada, sin importar lo devastador que fuera.

—No, no hay necesidad. —Tan alejado de la corte que su madre llamaba hogar, podía finalmente darle a Tanae la única cosa que siempre había querido: la libertad de olvidar que se había visto obligada a la odiada debilidad por el niño que llevaba en su seno.

*  *

—Viene Keir —dijo Jason un instante antes de que el rostro del sanador apareciera en la puerta de la biblioteca donde Jessamy estaba sentada. Con ojos antiguos en un rostro joven, y el esbelto y gracioso cuerpo de un bailarín, Keir era el más dotado de los sanadores entre los ángeles, sus facciones tan delicadas que eran casi femeninas... pero nadie jamás lo confundiría con una mujer.

Entrando con pies tan silenciosos como los del felino que llevaba a sus pies, tomó asiento frente a ella, el dorado castaño de sus alas acarició como un beso la gruesa alfombra de tono cobrizo.

—Hola, Jason. —El gato saltó para colocarse sobre la mesa junto a él mientras hablaba, un pequeño Sphinx de color gris humo con ojos de un luminoso dorado.

—Keir. —El ángel de alas negras susurró mientras se alejaba y salía de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Me preocupo por nuestro hermoso Jason —dijo Keir, su mirada posada en la pesada tabla de madera tras la cual Jason hacía guardia—. Cuando se sobrevive a lo que sospecho que ha sobrevivido él, realmente no queda mucho a lo que temer.

La mano de Jessamy se cerró en un puño sobre el amarillo pálido de su vestido, su mente dando vueltas sobre el silencioso pánico que coloreaba sus interacciones con Galen.

—¿No es eso un don?

Keir sacudió la cabeza, su sedoso cabello negro rozándole los hombros.

—Debemos tener algo a lo que temer, Jessamy. —El felino ronroneó cuando le acarició el pelaje con esbeltos dedos—. Así como debemos tener algo por lo que sentir esperanza. Jason no tiene ninguna de las dos cosas.

—Y un hombre así —susurró Jessamy—, no tiene motivos para vivir. —La preocupación atravesó su alma por el ángel que tenía una voz tan atrayente que le hacía la competencia a la de Caliane, pero cuyo canto hacía que se le formaran lágrimas en el corazón—. Rafael —dijo, su voz temblando de alivio—. Jason le ha dado su lealtad a él, y Rafael no le dejará marchar.

—Sí. Hay algo que decir a favor de la arrogancia de ese joven. —Una ligera sonrisa, porque Keir también tenía un favorito—. Así que he oído que el gran bruto que Rafael ha aceptado como maestro de armas está cortejándote.

Jessamy levantó la cabeza de golpe.

—Que Jason lo sepa, lo entiendo, incluso aunque no pueda explicarlo. Pero tú has estado trabajando en la Galena durante días. —Una frágil recién nacida, el primer niño nacido en el Refugio durante cinco largos años, había concentrado el interés de Keir—. ¿Y el bebé? —Keir había prohibido visitas, si no el vestíbulo de la sala de curación habría estado enterrado entre alas.

—Sus gritos enfadados me convocaron en lo profundo de la noche; será diminuta, pero no le gusta ser ignorada. Prefiero pensar que nuestra pequeña duendecilla será una guerrera. —Con los ojos brillando con una luz que era única en Keir, se inclinó hacia la pulida madera de la mesa—. Y en cuanto a tu bruto, le dejaste que te llevara volar. ¿Pensaste que nadie lo notaría?

Jessamy tragó.

—No puede ser, Keir.

—¿Por qué?

Obligándose a aflojar el puño, miró a los cálidos ojos de remarcable castaño, levantando la costra sobre la más dura de sus heridas.

—Creo que realmente me desea —el recuerdo de su dureza apretándose contra su abdomen, su boca tan hambrienta sobre la suya, su mano apretándole la barbilla con masculina posesividad—, y no negaré la profundidad de mi propia atracción. —Qué palabra más pálida para expresar el salvajismo que Galen despertaba en ella.

—Y aún así algo te retrae.

—Aunque sepa que es pensar demasiado por adelantado —dijo, restregándose una mano sobre el corazón en un inútil intento de calmar el dolor interior—, no puedo evitar imaginarme su amargura cuando comprenda que estar conmigo significa tener sus alas atadas, su linaje acabado. —Porque Jessamy jamás arriesgaría a un niño a llevar la misma dolorosa existencia que ella soportaba—. No seré el peso que le impida llegar a los cielos.

La voz de Keir fue suave cuando replicó, sus palabras inmisericordes.

—Galen no parece ser un hombre al que le falte el coraje. Lo que estás diciendo sobre él me hace pensar menos de ti, vieja amiga.

El hielo le recorrió la espina dorsal, las palabras de Keir fueron un eco doloroso de lo que Galen había dicho en el saliente de su nido.

—Me estás llamando cobarde —dijo con un susurro ahogado—. Me estás diciendo que me escondo tras mi ala.

Capítulo 7

—Yo no he dicho eso, pero tú lo has oído. —Alargando la mano hacia el otro lado de la mesa, cerró su mano en torno a la de ella, su piel suave, tan poco parecida al toque mucho más áspero de otro hombre—. ¿Así es como te ves a ti misma?

Las emociones se le atascaron en la garganta, le partieron el pecho, hicieron que su voz fuera ronca.

—Estoy tomando la decisión correcta; tú mismo lo verás así. Si le permito entrar y luego me rechaza, no podría soportarlo. —No cuando lo hiciera su exasperante, desesperante y magnífico bárbaro, un hombre que la miraba como si fuera hermosa, despertando sueños en ella que había enterrado profundamente para poder sobrevivir y contentarse, y no ser una criatura resentida devorada por la envidia.

La expresión de Keir fue tierna.

—Todo el mundo aprende a sobrevivir a un corazón roto. —Soltándole la mano, se levantó y se inclinó sobre el respaldo de la silla donde ella estaba sentada, le rodeó el cuello con los brazos y frotó la mejilla contra su cabello—. Tu desventaja es que no tuviste que vivirlo pronto, cuando eras más joven, más resistente. Ahora, dulce Jessamy, creo que tienes miedo.

Tragando el nudo de su garganta, colocó la mano sobre el flexible músculo de su brazo.

—¿No debería tener miedo? Mi vida no ha sido como las vidas de los que pueden tocar el cielo a voluntad. —Sus años de aprender a vivir con la desolación, con el sentimiento de pérdida profunda que ningún ángel podía entender, la habían hecho quebradiza por dentro—. ¿No me he ganado mi paz?

Los labios de Keir rozaron su mejilla, el olor de él una lánguida caricia.

—Jamás quisiste paz, querida mía. La única pregunta es si eres lo suficientemente fuerte para tomar lo que deseas, sabiendo que a la alegría le puede seguir una terrible tristeza.

La puerta se abrió con el eco de sus últimas palabras, para revelar no a Jason, sino a Galen, los ojos verde mar ardiendo con furia.

—Eres libre de enseñar en la escuela —dijo—. Illium y Jason estarán presentes para asegurar tu seguridad y la de tus estudiantes. —Con esa seca afirmación, se fue.

La mano de Jessamy se tensó sobre el brazo de Keir.

—Cree que estamos juntos. —Sería fácil permitirle creerla una mentirosa, una mujer que había traicionado a su amante con un beso abrasador, con un centenar de miradas ocultas.

Se le retorció el estómago, el vientre.

—Déjame levantarme, Keir. —Cuando su amigo la soltó, se levantó sacudiendo las faldas de su vestido—. El miedo es como metal en mi boca. Lo conozco sólo desde hace una cantidad diminuta de tiempo, pero aun así estoy segura de que si acepto su cortejo, destrozará una parte de mí cuando se vaya.

Keir alargó la mano para retirarle un poco del cabello detrás de su oreja.

—Todos estamos un poco rotos. —Tranquilo. Potente—. Nadie vive su vida con un corazón completo. —Sus ojos, llenos de una sabiduría demasiado profunda para pertenecer a un hombre de sólo trescientos años más que ella, le dijo que veía su alma, sentía el sabor salado de su soledad.

Pero lo que los ojos de Keir no podían ver, pensó mientras salía a pie de la biblioteca, con Jason como una sombra silenciosa a su lado, era que su corazón no estaba entero. Se había roto hacía mucho, mucho tiempo: la primera vez que había mirado al cielo y comprendió que estaba para siempre más allá de su alcance. El coraje que necesitaba para alargar la mano otra vez era pura crudeza en su pecho, serrado en los bordes por los restos de miles de sueños destrozados.

*  *

Galen tumbó a ambos vampiros sobre el suelo usando una retahíla de patadas furiosas y duros golpes con el dorso de su hoja.

—Habéis cometido el mismo error dos veces —dijo, esperando hasta que sus ojos enfocaron después del punzante golpe de la espada—. Os he dado un aviso. —Los segundos avisos no existían en su mundo.

Poniéndose en pie con dificultad, los dos asintieron. Uno sangraba por la comisura de su boca. Pero ninguno se quejó cuando les exigió que repitieran el ejercicio de nuevo. Esa vez ambos estuvieron ocupados intentando no repetir el primer error, así que hicieron otro diferente. Comprendiendo que ambos machos estaban exhaustos, detuvo sus golpes e hizo un alto.

—Iros —dijo—. Trabajad solos y entre vosotros mañana. Pasado mañana volveremos a entrenar.

El vampiro más joven dudó.

—Queremos mejorar. —Su compañero asintió.

Impresionado porque ninguno aprovechó para salir corriendo después de la paliza que les había dado, se obligó a hablar más allá del enfado que era una tormenta violenta en su interior.

—Y lo haréis. Quiero que repitáis los pasos que os he enseñado una y otra vez hasta que los movimientos sean vuestra segunda naturaleza. —Galen había pasado incontables horas de ejercicios, sabía el valor que tenían—. Parte del combate es ser capaz de reaccionar sin pensar: tenéis que entrenar vuestros músculos para que lo recuerden.

Los vampiros se fueron después de hacer bastantes preguntas inteligentes, la determinación escrita claramente en sus rostros. Ignorando su audiencia como había hecho desde que ella había entrado con ese elegante vestido amarillo, tomó su espada más grande y empezó una complicada rutina que no dejaría ni un poquito de sus oponentes en lo que se tarda en parpadear. La gente a menudo calculaba mal su velocidad porque se veía grande y pesado. En realidad el único entre la gente de Rafael que podía ser más rápido que él, era Illium.

—Tendré una clase de niños pequeños decepcionados si me obligas a esperar más tiempo. —Su voz era tranquila pero cortaba el aire de la sala, era como uñas contra su piel.

—Di lo que tengas que decir y vete. —Se obligó a ralentizar sus movimientos para poder oírla más allá del sonido de su hoja contra el aire.

Silencio.

Si pensaba que se iba a detener por ella, estaba muy equivocada.

—Así que —un suave murmullo— este es el lado negativo de tu determinación y lealtad. Una completa y contumaz cabezonería. —Una cascada de risas—. Casi me alegro de descubrir que tienes un defecto.

Galen apretó la mandíbula porque tenía razón. Era cabezota, una tenacidad que había convertido en un punto a su favor, pero que a menudo lo había metido en problemas de niño. Y tenía tendencia a aferrarse a su enfado, pero en este caso estaba justificado. Jessamy le había permitido saborear sus labios, le había permitido creer que podría cortejarla, cuando pertenecía a otro hombre.

Deteniéndose con el filo de su hoja a un pelo de su cuello, gruñó:

—Hacer eso ha sido particularmente estúpido. —Ir a él desde atrás nunca era una buena idea.

Pero no había ni temor ni disculpa en unos ojos de un castaño profundo que él deseaba ver suaves y descansados en su cama.

—Sé que me oías.

Galen bajó su espada, puso distancia entre ellos, con el cálido y terrenal olor de ella amenazando con comprometer su honor de nuevo.

—¿Qué deseas decir, Lady Jessamy?

El corazón de Jessamy latió con fuerza por la desnuda furia en el rostro de Galen. Todo el pesado músculo y brillante piel, le hizo tener pensamientos que no eran ni un poco civilizados. Y el temor... sí, persistía, pero no de él. De esto, de lo que estaba a punto de hacer. Bien podía ser el peor error de su vida, pero sabía que no tenía otra opción. No cuando la destrozaba que Galen pensara que era desleal.

—Keir —dijo, y vio el verde heliodoro de sus ojos convertirse en líquido— es mi amigo. Mi mejor amigo. Lo ha sido durante miles de años. —Continuó hablando cuando él no hizo más que parpadear, cuando él no se suavizó ni un poco—. Una vez me invitó a su cama, hace mucho tiempo. Quería que yo experimentara esa intimidad. —Había sido un sentido gesto de un joven sanador que no podía encontrar el modo de curar a su amiga—. Pero dije que no... si comparto la cama de un hombre, será por pasión, no por menos.

Todavía sin respuesta de la enfadada y cabezota criatura que tanto la fascinaba. Comprendiendo que estaba demasiado metido en su enfado para escucharla (sí, su mal genio era otro defecto), se giró para marcharse. La última cosa que oyó fue el ruido de su espada cortando el aire una vez más, violenta y precisa.

*  *

Empapado en sudor y con los músculos del hombro doloridos de contener sus alas demasiado pegadas a la espalda, Galen finalmente se detuvo cuando Illium entró en la sala.

El ángel silbó.

—¿Quiero saberlo? —Señaló con la mirada las espadas incrustadas en las paredes.

—Estaba practicando mi lanzamiento. —Sacando las espadas una a una, empezó a acumularlas sobre la mesa—. Eres rápido. Necesito practicar intentando clavártelas.

—Sólo tienes que pedirlo —dijo el ángel sin dudarlo—. Nadie nunca ha tenido éxito. —Volando hasta alguna de las hojas más altas y desclavándolas, las dejó caer sobre la mesa—. Jessamy ha acabado sus lecciones, así que Jason la está escoltando a casa. Probablemente ya estén allí. Seguirá allí hasta ser relevado. Yo puedo...

—*No.*

Unos ojos dorados enmarcados por pestañas negras bordeadas de azul le miraron repentinamente a los suyos cuando Illium aterrizó de forma precisa justo delante de Galen.

—Me gustas, Galen, pero quiero a Jessamy. Hazle daño y te destriparé.

Galen miró al ángel e inclinó la cabeza.

—Campanilla, no podrías conmigo ni aunque tuviera los ojos tapados y me ataran las manos a la espalda.

—¿Campanilla? —Illium entrecerró los ojos—. Eso ha sido demasiado, Bárbaro. —Lanzándole dos de los cuchillos a Galen, tomó dos de los suyos.

Y entonces se movieron. Había tenido razón. Illium *era* más rápido que él. Mucho más rápido. El ángel de alas azules también podía hacer cosas en el aire que deberían ser imposibles, sólo que Galen tenía cortes en su espalda y moratones en su pecho para probar que no lo eran. Pero él era más que capaz de soportarlo... esperando sólo hasta que Illium hiciera un movimiento con exceso de confianza para clavar al ángel al suelo con su hoja a través de la punta de su ala, donde la herida estaría curada por la mañana.

Maldiciendo con una inesperada creatividad para alguien tan bonito, Illium miró airado a Galen.

—Me has tendido una trampa.

—Tenía que evaluar lo rápido que eres, lo que aportas a las fuerzas de Rafael. —Liberando al otro ángel, se levantó y se puso de pie—. No estás mal, Campanilla.

Illium le insultó en griego a la velocidad de la luz. Galen le respondió de igual manera en francés, ordenándole regresar para más sesiones para que mejorara una técnica que estaba malditamente cerca de ser perfecta excepto por una cosa.

—Eres demasiado gallito. Necesitas que te metan sentido común a golpes.

Illium le rugió pero estuvo de acuerdo en regresar.

—Así podré machacarte el trasero.

Separándose del ángel una vez llegaron al acantilado, voló hasta su nido para lavarse y cambiarse antes de volar de vuelta arriba mientras los rayos del sol poniente brillaban entre los cielos con innumerables tonos de dorado y naranja con un ligerísimo toque de rosado. Le recordaba a la pluma que había escondido con cuidado, la pluma que había sido incapaz de descartar incluso cuando pensó que la encantadora Jessamy era una mentirosa.

Todavía burbujeaba en él, la rabia que había brotado a la superficie cuando había visto al sanador con sus labios tocando su piel, su rostro levantado con confianza

absoluta. Galen no tenía derecho a esperar nada similar de ella después de conocerse hacía tan poco, pero la lógica no importaba, porque sí *lo esperaba*.

Aterrizando sobre las baldosas grises y azules que brillaban con motas de elementos ocultos a la oscura luz anaranjada, relevó a Jason con un gesto de cabeza, esperó a que el otro ángel alzara el vuelo (sus alas tintadas eran una silueta espectacular contra la cascada de color) para entrar dentro del hogar de Jessamy, cerrando con el pasador la puerta tras de sí.

—Jason, ¿te has… —Levantando la mirada de donde estaba sentada tras un arpa, la pesada seda de su cabello cayó en cascada sobre un hombro; su vestido ahora era de un simple verde salvia, con un escote más bajo que el que había llevado antes, el rostro de bienvenida de Jessamy desapareció, su expresión se volvió cauta y solemne—. Galen.

Saber que había sido él quien había puesto esa mirada en su rostro, le retorció algo en el interior.

—Tengo mal genio —dijo, porque tenía que decirlo—. Un mal genio terrible.

Sus dedos danzaron sobre las cuerdas del arpa con gracia exquisita, llenando el aire con música, pura y dulce.

—Te he visto practicar, entrenar. Peleas como si no tuvieras emociones, un hombre totalmente contenido. ¿Es por eso?

Quedándose de pie, cruzó las manos detrás de su espalda cuando la necesidad de enterrar al puño en su cabello y levantarle la cabeza para poder tomar su boca con una posesión instintiva, mientras moldeaba los delicados montículos ocultos por su ropa, amenazó por dominarlo

—Mi padre me dijo cuando era niño que si no aprendía a manejarlo, me consumiría.

—Tu padre era un hombre sabio. —Otra cadencia musical—. Siéntate. ¿O planeas cernirte sobre mí hasta que me rinda?

Nadie que hubiera visto su mal humor se hubiera atrevido jamás a tomarle el pelo antes. No estaba seguro de cómo se sentía sobre ello, pero se permitió bajar la guardia ahora que ella le había aceptado en su espacio y, sacando la espada del arnés, tomó asiento en el enorme sillón de delante, a la izquierda de ella.

—Me he convertido en una leyenda por mi profundo control. Nadie me ha visto enrabietado en más de un siglo.

La música dudó, se detuvo.

—Dices cada cosa, Galen... y no estoy segura de cómo responder. —Una dolorosa vulnerabilidad se trenzó alrededor del corazón de Jessamy. Él la marcaría, este

hombre. La marcaría tan profunda y verdaderamente que se convertiría en una cicatriz. Pero había hecho su elección, no permitiría que el miedo se la robara—. Es hora de tener otra lección sobre la Cátedra. —Continuó tocando, notando cómo sus hombros se relajaban cuando la lírica llenó el ambiente.

Comprobando su arnés con atención ausente, asintió.

—Me queda patente lo mucho que necesito aprender.

Era un alumno cooperador, su mente rápida y ágil. En la conversación salió que no sólo hablaba griego y francés con la fluidez de un nativo, sino también la miríada de idiomas de Persia y África. Fascinada y no queriendo distracciones mientras hablaban, dejó de tocar y se sentó sobre una silla junto a la mesa. Él se sentó en la que estaba junto a ella al instante, haciéndole perspicaces preguntas, una tras otra. La mayoría de la gente, pensó, había subestimado mucho su inteligencia porque era muy bueno con las armas y la guerra, por el modo en que hablaba y se vestía (o no se vestía).

Era imposible no acariciar la marcada extensión de la parte superior de su cuerpo con la mirada cuando se sentó tan cerca, su ala estirada sobre el respaldo de su silla, su pesada calidez una caricia silenciosa. La posesividad del acto no se le escapó, pero se encontró estirando su propia ala una fracción, para que se rozara tenuemente contra la suya.

—Soy sólo un hombre. —Fue un murmullo sordo, sus ojos centrados en su boca—. Si continúas jugando conmigo me olvidaré que vine a disculparme por mi comportamiento y actuaré de tal modo que te tendré enfadada conmigo de nuevo.

Ella sintió los labios hinchados, sus pechos tensos, pero encontró el empuje para decir:

—¿Y cuándo escucharé esa disculpa?

Cambiando su enfoque, le sostuvo la mirada con ojos que ella sabía que no olvidaría nunca, no, ni aunque viviera diez mil años.

—Lamento haber dudado de tu honor, Jessamy. —Una pausa—. No lamento desear separar la cabeza de Keir de su cuerpo.

—¡Galen! —la risa brotó de ella, brillante e inesperada, tan real que le provocó lágrimas—. Ay, pero qué bárbaro *eres*.

En las mejillas de Galen se formaron hoyuelos, levantó una mano para jugar con su cabello, retorciendo mechones alrededor de su grueso dedo. Cuando tironeó, el estómago de Jessamy dio un brinco, pero se inclinó hacia adelante. Esperaba sentir su boca sobre la suya, pero él colocó su rostro hacia un lado y con sus labios rozó la parte superior de su pómulo. Temblando, ella le rodeó la nuca con la mano, sintiendo tendones y músculos moviéndose bajo el calor de su piel, una seductora intimidad,

mientras él continuaba rozándole el borde de su rostro con besos, hasta que llegó a su cuello.

—*Oh*.

Capítulo 8

Galen restregó su nariz donde la había besado, la piel tan sensible que la caliente respiración le hacía encoger los dedos de los pies. Una fracción de segundo más tarde, el placer y el poder de él fueron sustituidos por una sacudida de aire cuando Galen se apartó de ella y recuperó su espada con un único y salvaje movimiento. Intentando tranquilizar sus respiraciones jadeantes, Jessamy miró su posición lista para la batalla, pero no vio nada. Un instante más tarde sonó un paso sobre el camino de entrada, seguido por un toque en la puerta.

—Espera —dijo Galen cuando ella se levantó—. Puede que sea una trampa.

Al instante se había ido, moviéndose con depredadora amenaza para dar la bienvenida a un visitante que podría tener intenciones de herirla. De pie, buscó una posible arma para lanzársela si lo necesitaba, y se había decidido por una pequeña estatuilla cuando oyó los sonidos de voces masculinas conversando. Reconociendo la segunda voz, volvió a poner la estatuilla en su sitio y entró en el recibidor.

—Rafael.

El arcángel con sus ojos de un imposible azul y el cabello de sedosa medianoche era pura belleza masculina. Junto a él Galen era todo duro, bordes afilados, un guerrero que no había perdido ni un poco de su crudo poder junto a la fortaleza de Rafael. Él observaba con ojos fríos mientras el arcángel se adelantaba para tomar las manos que ella le tendió

—¿Te ha cuidado bien mi gente, Jessamy?

—Siempre. —Alzándose, le rozó la mejilla con un beso, pero la preocupación le hizo preguntar—: ¿Qué haces aquí? —Alexander era totalmente capaz de usar la ausencia de Rafael para entrar en su nuevo y salvaje territorio.

—Alex, como Illium llama al famoso Alexander —una chispa de humor— actualmente está recluido con su concubina favorita, y por lo visto no tiene prisa por salir de su palacio. Me advertirán si él o su ejército parecen prepararse para moverse.

Algo en el informe sobre Alexander hizo que le llamara la atención, como una cuerda del arpa dañada, pero no entendía por qué. Dejando de lado la idea por ahora cuando estaba tan frustrantemente fuera de su alcance, soltó las manos de Rafael.

—Estoy contenta por tu visita. Ven, cuéntame acerca de tus tierras.

Mientras se sentaban y hablaban, Galen se quedó de pie vigilando la puerta. Ni por mirada ni por palabra traicionó al arcángel lo que él y Jessamy estaban convirtiéndose el uno para el otro... y una semilla de duda creció en su mente. Su reticencia podría nacer de un buen número de razones, incluyendo el hecho de que Rafael estaba ciertamente allí para evaluar al hombre que sería su maestro de armas, pero ella siguió dándole vueltas a una única, horrible y dolorosa conclusión.

Vergüenza.

Puede que la hubiera llevado volando pero eso se podría explicar como un regalo por pena. No había hecho *nada* en público que hiciera que la gente hablara, que los viera como una pareja. Y fue una perspectiva fea cuando lo consideró sin las vendas de la esperanza: su ala deformada, su figura delgada como un palo, unidos al poder primario y la cruda masculinidad de Galen.

No, pensó, no, más que enfadada consigo misma. Tenía que detener aquello. Galen no se merecía ser manchado por tales sospechas inducidas por el miedo. Él jamás le había mentido, ni siquiera sobre su mal genio. Quiso reír por el mareo que le entró de puro alivio, prometiéndose que compensaría al bárbaro.

*  *

Galen observó en silencio mientras Rafael deseaba buenas noches a Jessamy antes de asentir hacia Galen y alzarse a las estrellas que brillaban contra un cielo nocturno tan puro, que parecía ébano. Galen comprendió la orden silenciosa. Un maestro de armas tenía bastante poder e influencia en la corte de un arcángel, y Rafael le daría la posición a alguien en quien confiara a todos los niveles: mañana Galen sería sometido a juicio.

No sentía nerviosismo. Conocía su propia fuerza, sabía que no fallaría. Y sabía que a cambio él juzgaría a Rafael, porque aquel era el hombre por quien levantaría su espada durante los siglos venideros, tal vez hasta el fin de su vida inmortal. No era una elección que un guerrero tomara a la ligera.

La mirada de Jessamy siguió al arcángel hasta que sus alas desaparecieron más allá de las montañas y Galen casi pudo sentir el filo de su hambre. Le enfadaba que ella no le pidiera lo que necesitaba, pero atemperó su respuesta: le llevaría tiempo que ella comprendiera que la llevaría volando a cualquier sitio que quisiera ir, tanto si intercambiaban duras palabras como si eran tiernas.

Alargó la mano.

—Ven.

Ella dudó.

Reacio a dejar pasar nada en lo que se refería a aquella compleja y encantadora mujer que era un misterio que le atraía, cerró la distancia entre ellos.

—¿Todavía no me has perdonado por mi rabia?

—Te disculpaste. —La risa tiraba de unos labios que él quería chupar y morder, pero ella no fue a sus brazos.

—Entonces, ¿qué? No soy el más sensible de los hombres —una debilidad que había comprendido hacía mucho—, así que debes ser clara.

Los ojos de ella se agrandaron.

—¿Siempre eres tan directo?

—No. —Podía jugar a jueguecitos, al fin y al cabo había crecido en la corte de un arcángel—. Pero no me gustan los juegos, y preferiría no jugarlos contigo.

Estirando la mano Jessamy la extendió sobre su corazón, el toque fue directo a su miembro.

—Tienes arte para destruir mis fundamentos. —Acariciando con sus dedos el cuerpo de él con exquisita concentración, las pestañas oscureciéndole sus expresivos ojos, ella se acercó lo suficiente para que sus cuerpos se alinearan.

Su rígida polla empujaba, exigente, hacia la curva del abdomen de ella.

—*Galen*.

—Jessamy. —Cuando ella no rompió el íntimo contacto, acurrucándose todavía más, él llevó los dedos hasta su cabello, queriendo empujar, urgirla a poner su boca sobre su piel—. Me estás seduciendo para salirte con la tuya.

Una risa ronca.

—Es bastante agradable —otra caricia—. Creo que debería tener malos pensamientos más a menudo.

Comprendiendo que estaba perdido, Galen decidió una estrategia de retirada, por aquella noche.

—De acuerdo, guárdate tus secretos, Jessamy mía. —Cambiando su agarre sin avisar, la tomó entre sus brazos.

—¡Galen!

Tres poderosos aleteos y estuvieron en el aire, los brazos de Jessamy apretados alrededor de su cuello, su cuerpo incrustado en su pecho.

—No puedes engañarme para volar cada vez —dijo, pero se estaba riendo.

—Siempre te llevaré a volar. Sin importar lo que suceda.

Ella, en vez de responder, le acarició el cuello con la nariz. Su caricia era bienvenida, su modo de evitar responder a su declaración, no, pero aquella noche era demasiado hermosa para perderla con discusiones, así que la llevó a recorrer la brillante superficie del Refugio, hacia el este. Y mientras surcaba las corrientes de aire con su ligero peso entre los brazos, lo que sintió fue algo que no podía nombrar. Sencillamente estaba allí, un conocimiento sereno y profundo, una sensación de inexorable corrección.

Fue mucho más tarde cuando tomó tierra sobre un promontorio que tenía vistas a todo el Refugio, las luces en los hogares eran como miles de luciérnagas en la oscuridad, la mayoría de los residentes todavía estaban despiertos.

—Este es mi sitio favorito —dijo, tomando posición detrás de ella y rodeándole los hombros con los brazos. Sus alas eran suaves y cálidas entre ellos, las plumas seda contra su piel.

Continuó sosteniéndola con un brazo y usó el otro para acariciarle la línea torcida del ala que jamás se había formado correctamente; la sintió tensarse.

—Una vez perdí mi pierna —le dijo, sin romper el contacto—. Era joven, tardó un año en crecerme. Lo mismo podría volver a sucederme en una batalla. ¿Me repudiarías?

La tensión en ella no cedió.

—No es lo mismo, Galen. —Un tipo de dolor crudo sonaba en sus palabras—. La eternidad es mucho tiempo para vivir roto y malformado.

Él no la insultó desestimando el dolor que la había forjado.

—Muchos habrían escogido Dormir. —Décadas, siglos, incluso milenios podrían pasar mientras un ángel Dormía—. Pero escogiste vivir.

—No soy tan valiente —susurró—. No quería dar a los que me compadecían la satisfacción de verme rendirme a la vida. —Girándose entre sus brazos, le rodeó la cintura con los suyos, apretando la mejilla contra su pecho—. No quería ser vista como débil.

Colocó una mano en su nuca, bajo la cálida caída de su cabello, la otra en la parte baja de su espalda e inclinó la cabeza para hablarle con los labios rozándole la oreja.

—Muchos jóvenes guerreros han ido a la batalla con la misma motivación. No hay vergüenza en un temor que te empuja a seguir. —Abrió más su posición para poder apretarla contra sí y pensó que, quizás, ella le había mostrado una parte secreta de sí—. Yo fui —dijo, revelando lo mismo en él— uno de esos jóvenes guerreros.

Tanae siempre había sido inconmovible en su valor, y Galen jamás quiso avergonzarla.

—Mi madre me miró con disgusto cuando la sangre, las vísceras y el horror de mi primera batalla me hicieron vaciar el estómago, y no supe cómo decirle que jamás había probado el verdadero miedo hasta aquel momento. En vez de eso aprendí a ser más duro, mejor, más fuerte.

—Tu madre... suena a capataz duro. —Era una afirmación vacilante.

—Es una guerrera. —Galen no tenía otras palabras, porque las palabras que había dicho ya describían el alma de Tanae.

Fue la mano de Jessamy la que le acarició ahora, su toque tierno y cuidadoso sobre su ala, y se maravilló al comprender que ella estaba intentando consolarlo. Fue una sensación extraña. Nadie le había abrazado después de que les rugiera a las mariposillas, resuelto a convertirse en alguien duro.

Jessamy probablemente no llevaría bien que le rugiera, así que soportaría la amable caricia.

—¿Jessamy?

—¿Hmm?

Cerrando el puño en su cabello, tiró de su cabeza hacia atrás.

—Ahora voy a besarte.

Mientras las estrellas parpadeaban sobre su cabeza, heladas gemas iluminadas con fuego frío, él tomó su boca como había querido desde el principio. Exigió entrada y ella se abrió para él, la suavidad de ella era suya para saquearla. A misterio, a eso sabía Jessamy. Dulce y oscuro y con profundidades que a un hombre le llevaría toda una vida inmortal explorar. Agarrando su barbilla con la mano que tenía libre, la colocó justo como le gustaba y entonces la devoró.

Hubo un pequeño empuje, un toque de dientes.

Escuchando, Galen le dio un instante escaso para respirar antes de saquear de nuevo su boca, la sensualidad de Jessamy era un fuego que ardía deliciosamente lento y que le hizo clavarle las uñas en la nuca, la lengua acarició la de él con carnal curiosidad.

Él gimió y cambió el ángulo de su cuerpo, extendiendo sus alas para bloquear la vista del Refugio mientras acunaba suavemente la curva de su trasero y la levantaba para mecerla contra el duro borde de su necesidad.

—Galen —dijo sin aliento.

Él se movía demasiado rápido. Pero cuando restregó los labios sobre los suyos, lamiendo con su lengua para probarlo, se habría necesitado a un hombre más fuerte que Galen para resistirse a ella.

*  *

Galen no se sorprendió de ver a Rafael en la sala de práctica a la mañana siguiente, desnudo excepto por unos pantalones de pernera ancha sostenidos por un cinturón de tela gruesa atado a un lado. Le recordaba a Galen el traje que llevaban los hombres de Lijuan cuando en ocasiones habían ido a entrenar con Titus, los dos arcángeles mantenían una relación relativamente cordial en este siglo.

Él llevaba aquel día unos pantalones de una tela resistente, marrones, junto con sus gastadas botas favoritas, su espada en su posición habitual a lo largo de su espina dorsal. Ahora se quitó las botas y la espada.

—¿Vas a ejecutarme si te clavo al suelo?

Los labios de Rafael se curvaron ante tal pregunta práctica.

—No soy Uram, Galen. Supongo que soy más como Titus en esto: quiero hombres que no tengan demasiado miedo de decirme la verdad.

Galen se lo había imaginado. Por eso estaba allí.

—Mano a mano, sin armas.

—De acuerdo.

Un susurro azul parpadeó en la periferia de la visión de Galen cuando entró Illium, extendiendo sus alas para volar y posarse en una viga. Dmitri ya no estaba en el Refugio; Galen comprendió que se había ido para proteger el territorio de Rafael mientras el arcángel estaba allí. Jason también había desaparecido, habiendo dejado un mensaje para Galen sobre a qué guerreros se podía confiar la seguridad de Jessamy.

Importante como era ella para él, Galen no habría puesto fe ni siquiera en los astutos consejos de Jason, si no fuera porque él ya se había decidido por la mitad de los hombres y mujeres de la lista, así que les permitió vigilarla mientras él se encargaba de sus tareas.

—¿Sí?

Rafael asintió.

Se encontraron en mitad de la sala, dos hombres con estilos de lucha completamente diferentes. Galen era un estallido de fuerza que tenía la gracia suficiente para sorprender a sus oponentes, mientras que Rafael era pura elegancia letal. A diferencia de cuando luchaba con adversarios inexpertos, Galen usaba sus

alas y también lo hizo Rafael. Se necesitaba una fuerza increíble para lograr un corto despegue en vertical sin exponer partes vulnerables del cuerpo, pero Galen había aprendido a hacerlo a base de práctica constante e inmisericorde. Rafael, mientras tanto, parecía hacerlo instintivamente.

El respeto por el arcángel aumentó más cuando Rafael casi lo derribó, se retorció para bloquear un golpe y recalculó su ataque. El arcángel tenía la suficiente sangre fría para hacer estrategias, era lo suficientemente guerrero para obtener placer de la danza. Galen tuvo el repentino pensamiento de que si aquel era el verdadero Rafael bajo la capa de sofisticación civilizada, entonces no sólo trabajaría para el arcángel. Le serviría.

Lanzando al arcángel al suelo, fue a clavarlo, pero Rafael ya se había ido, habiendo rodado y levantado para ir a por la espalda de Galen... sólo que Galen se estaba retorciendo para enfrentarse al ataque, levantó los brazos para detenerle, codos y bíceps bloqueados.

—¡Empate! —gritó Illium.

La diversión daba color a la expresión de Rafael, aunque continuó manteniendo la tensa posición.

—Yo estaría de acuerdo.

Asintiendo, Galen dio un paso atrás a la vez que el arcángel.

—Bien jugado.

—Eres mejor de lo que la gente de Titus me dejó creer. —Un brillo en el infinito azul—. Creo que esperan que regreses a su corte.

—Ya he hecho mi elección. —Empezó a enfriarse, consciente de que Rafael hacía lo mismo junto a él—. Si no hay sitio para mí aquí, no es a la corte de Titus a donde iría.

—¿Entonces a dónde?

Galen consideró sus opciones.

—No hay muchos a los que escogería para levantar mi espada, todavía menos los suficientemente fuertes para no considerarme una amenaza. Elijah encabezaría la lista. —El arcángel era más viejo que Rafael, pero no se había perdido en la crueldad que el poder engendraba en tantos otros—. De todos modos, él ya tiene un maestro de armas en el que confía y al que respeta.

—Tienes potencial para gobernar sobre un amplio territorio de un arcángel —dijo Rafael, recolocando sus alas mientras se detenía—. ¿Por qué no pedir a la Cátedra un cambio de estatus?

Galen también se detuvo.

—Soy un maestro de armas. —Era lo que su sangre canturreaba.

Tomando un conjunto de cuchillos para lanzar, Rafael se los dio a Galen antes de tomar un conjunto para sí mismo. Cuando levantó la ceja, Galen sonrió y miró arriba.

—Veamos lo rápido que eres en realidad, Campanilla.

—¿Campanilla? —El arcángel se rió cuando Illium maldijo para tomar posición y luego el primero de los cuchillos voló de su mano.

Veinte cuchillos más tarde, diez cada uno, Illium sonreía desde su posición más alta.

—Oh, vaya, habéis fallado los dos. —Falsa decepción, embellecida con suspiros teatrales—. Pobrecitos míos.

—En caso de que te hayas olvidado, soy un arcángel —le recordó Rafael al irreverente ángel, con tono seco.

Illium sonrió, en absoluto arrepentido.

—¿Quieres volver a intentarlo? Me moveré más lento, al fin y al cabo los dos sois mucho más viejos. —Las últimas palabras fueron dichas en un susurro conspirador.

Galen miró a Rafael.

—¿Cómo ha hecho para sobrevivir tanto tiempo?

—Nadie le puede atrapar.

Mientras Illium se reía e intentaba que Rafael aceptara una apuesta, Galen tuvo la sensación de estar absolutamente en el lugar adecuado. *Aquel*, aquel era su lugar, con estos guerreros unidos por más que miedo o supervivencia, pero sobre todo, con la mujer que le había marcado con la erótica promesa de su beso.

Se preguntó cuándo se daría cuenta Jessamy de lo que había hecho.

Capítulo 9

—Saraia —le dijo Jessamy con severidad.

—Jessamy, lo siento. —Volviendo a elevar sus alas replegadas, Saraia miró hacia Jessamy buscando elogios.

Ella sonrió.

—Buena chica.

Satisfecha, Saraia continuó leyendo en voz alta el pasaje que le había sido asignado.

Jessamy sabía que sus alumnos pensaban que era despiadada por cómo les recordaba constantemente que elevaran sus alas, pero la realidad era que sus huesos todavía se estaban formando. Cuanto más esfuerzo pusieran en la tarea, más fuerte crecerían, hasta que la pesadez de sus alas se convertiría en casi ingravidez.

De todas maneras y a pesar de su corrección, su mente no estaba completamente con los niños. Parte de ella estaba en los brazos de Galen, su boca ardiendo con la huella de la de él. Cuando le ofreció llevarla a volar, se sintió culpable por el horrible pensamiento que se le había metido en la mente antes, pero Galen no objetó sus esfuerzos por ofrecerle una disculpa silenciosa.

Me estás seduciendo para salirte con la tuya.

Una sonrisa aturdidora como de adolescente amenazaba con escaparse por su rostro.

—¿Jessamy?

Levantando la vista, vio a Saraia mirándola con una sonrisa vacilante y el libro cerrado.

—Bien hecho —le dijo, arrancándose de los recuerdos para volver al presente y a esas almas preciosas que necesitaban aprender lo que tenía para enseñarles—. Tienes una forma de leer adorable.

—Ahora —dijo, una vez que Saraia hubo retornado a su banco firme pero confortable en el círculo de los más jóvenes, ya que los estudiantes más avanzados de

Jessamy habían terminado sus lecciones—, es el momento de nuestra discusión. ¿Habéis pensado un tema sobre el que hablar?

Una mano se levantó, agitándose frenéticamente.

—¿Sí, Azec?

Los ojos oscuros del niño brillaban cuando se encontraron con los de ella, la mirada traviesa era tan aparente que tuvo que contener una risa. Este le recordaba a Illium… al que había tenido que amenazar más de una vez con funestas consecuencias cuando no se concentraba en sus lecciones. Luego, siempre la besaba en la mejilla y se disculpaba con tal sinceridad… el pequeño revoltoso.

—Señorita Jessamy —dijo Azec, casi vibrando con excitación—, ¿te gusta el nuevo ángel, el grande?

—Galen —agregó la niña a su lado en un susurro fuerte—. Mi madre dijo que su nombre es Galen.

Jessamy parpadeó, tan sorprendida que sólo pudo decir:

—¿Por qué?

Azec se puso de pie, con sus alas desplegadas y sus manos alzadas victoriosamente.

—¡Porque estabas besándole!

Las risitas hicieron erupción por toda la habitación, mientras Azec se sentaba con una sonrisa brillante, satisfecho de haber triunfado sobre toda su clase. Pero su elevado estatus no duró mucho.

—¡Yo también lo vi! —gritó otra niña—. Arriba del acantilado. —Saltando de placer, le sonrió a Jessamy, su revoltijo de rizos del color del sol atados con una bonita cinta lila—. Puedo decir que eras tú por tus alas —dijo con la honestidad sin adornos de la juventud.

Jessamy recordó de golpe cómo Galen había bloqueado la vista con sus propias alas cuando las cosas se habían calentado… *había sabido* que sus siluetas podrían ser visibles desde ciertas áreas del Refugio, debía haber sido consciente que para la mañana siguiente todos sabrían del beso. Se dio cuenta de que ella había sido… expertamente superada en táctica. Con razón tanta gente la había mirado esta mañana con sonrisas secretas. No con sonrisitas de suficiencia, sino con unas llenas de deleite.

Como las de los rostros que tenía en frente.

Su alegría por ella destrozó algo en su interior, algún escudo duro y quebradizo.

—Sí, besé a Galen —admitió, porque uno no les puede mentir a los niños y esperar que mantengan su confianza.

Azec y Saraia hablaron a la vez, sus voces enredándose en una inocencia juguetona.

—¿Te gustó?

—Sí. —Hasta que no reconoció a la extraña apasionada y exigente en la que se había convertido.

*  *

Más tarde ese día y habiendo captado más de una mirada especulativa en su dirección mientras caminaba por la sección de los artesanos del Refugio, Galen contuvo una sonrisa de primitiva satisfacción. Nadie tenía ahora ninguna duda de su reclamo sobre Jessamy.

Illium golpeó la puerta del hogar a donde les había guiado, sus ojos de un dorado profundo entrecerrándose cuando su mirada cayó sobre Galen.

—Puede ser mejor para tu salud si la próxima vez que veas a Jessamy no tienes esa mirada de gato que se comió la crema.

Galen le mostró los dientes.

—Un hombre tiene derecho a declarar su cortejo. —Y dejar claro que cualquiera que se interpusiera sería destripado.

El ángel de alas azules sacudió la cabeza.

—Bárbaro, hay declaraciones y también está marcar el tanto con una porra.

En ese momento, escucharon desde dentro de la casa un débil:

—Está abierto.

Siguiendo el insinuante viento por el recibidor, salieron a un balcón sin baranda que colgaba sobre el desfiladero, pareciendo estar suspendido contra el azul morado del cielo. El ángel que se sentaba dándole la espalda a la casa, con su rostro y manos veteadas de rojo, azul y amarillo, tenía frente a él un caballete con un lienzo empapado de color que estaba creado por piezas de luz fracturadas.

Sus alas eran tan brillantes como diamantes, refractando y quebrando los rayos de sol penetrantes; su cabello del mismo tono pálido y paradójicamente deslumbrante; sus ojos, cuando se giró para mirar por encima del hombro, se astillaban desde el negro de su pupila en hebras de azul cristalino y verde. Una escultura de hielo, pero a pesar de eso, su piel tenía un dorado cálido que probablemente le hacía un objeto de deseo, a pesar de que todavía era joven.

Levantándose en el instante que vio que Illium no estaba solo, el ángel tomó una postura respetable a un lado del caballete, con la pintura azul en su mejilla como un tatuaje primitivo.

—Galen, este es Aodhan. Sirve a Rafael. —Illium hizo la presentación con una gracia cortés que no hubiera estado fuera de lugar en el palacio de Neha, la Reina de los venenos—. Aodhan —continuó el ángel—, conoce al nuevo maestro de armas de Rafael.

—Sire.

Galen pensó que la gente de Rafael no cabía en ningún patrón… salvo uno.

—Tu nido está bien situado —dijo, considerando la lealtad implacable y silenciosa que sintió en Dmitri e Illium. Un arcángel que inspirara tal fidelidad en hombres fuertes era ciertamente un poder al que Alexander debería temer.

Las alas de Aodhan susurraron cuando se movió para unirse a Galen cerca del borde del balcón.

—La luz —dijo con una sonrisa tímida en los ojos— es perfecta para pintar.

Quizás tímido, pero inteligente, pensó Galen y por la forma en que se movía, altamente capaz en algún tipo de combate.

—La hoja —murmuró—. ¿Estoque? —La espada delicada pero mortal podría adaptarse al paso grácil del ángel.

Pero Aodhan sacudió la cabeza.

—Demasiado ligero para mí. Prefiero una hoja más sólida.

Se apartó el cabello, dejando una raya roja en su frente y en los mechones. El color brillaba.

—¿Volviste al Refugio esta mañana? —Le daría tiempo para descansar al joven ángel, después de lo cual quería verle en la sala de entrenamiento… como maestro de armas, tenía que conocer las fortalezas y debilidades de toda la gente de confianza de Rafael.

—Sí. Este año he estado haciendo de mensajero para el señor.

—Eres muy joven para la tarea.

—Me fueron dadas dispensas especiales —comenzó Aodhan, justo cuando unas alas blancas y doradas batieron desde el cielo para aterrizar en el balcón, el viento de descenso de Rafael sopló el cabello del rostro de Galen

—Estáis todos aquí —dijo el arcángel, plegando apretadamente sus alas a la espalda—. Bien.

Atraídos por el tono de su voz, se reunieron alrededor de él.

—Es hora de que vuelva a mi territorio —dijo Rafael—. Parece que Alexander se está moviendo. Galen, vienes conmigo.

Se le heló la sangre. Siempre supo que sería necesario al lado de Rafael cuando la guerra se acercara. Pero…

—No podemos dejar a Jessamy desprotegida. —Su furia se reavivó mientras recordaba cómo su fuerte y profundamente reservada Jessamy, había llorado contra su pecho.

—Aodhan, Illium y Jason, cuando vuelva esta noche, se asegurarán de que nunca esté en ningún peligro. —Rafael miró a los otros dos ángeles, recibiendo inmediatos asentimientos—. Jessamy es una mujer inteligente… no se pondrá tontamente en el camino del peligro.

Galen lo sabía. También sabía que era suya para protegerla.

—¿Puedo hablar contigo a solas?

—Illium, Aodhan.

Los dos ángeles salieron volando por el balcón ante la orden silenciosa, sus alas crearon un brillante despliegue de luz fragmentada y azul salvaje contra la piedra irregular del acantilado mientras intentaban sobrevolarse mutuamente.

—Estás cortejando a Jessamy —dijo Rafael, su atención sobre Galen, el poder asombroso que corría por sus venas era casi una presencia visible—. Ella entiende el mundo como no muchos lo hacen, reconocerá por qué no puedes permanecer en el Refugio en este momento.

Determinado a pelear por esto, Galen negó con la cabeza.

—El vuelo a tu territorio es largo y requerirá que nos movamos lentamente. —A diferencia del juego de Illium y Aodhan, este se trataba de resistencia—. Un pasajero ligero no nos demorará mucho.

Los ojos de Rafael se oscurecieron por la sorpresa.

—Jessamy no deja el Refugio.

—No. —Con las manos en la espalda, se agarró una muñeca con la otra—. Jessamy *no puede* dejar el Refugio.

La inmovibilidad del arcángel no era nada mortal, algo que ni siquiera un ángel ordinario podía emular. Era completa y absolutamente propia de él.

—Me avergüenzas, Galen —dijo al fin, los filamentos dorados de sus alas captaron la luz del sol—. Hace tantos siglos que la conozco y ni una vez le pregunté si le gustaría visitar otras tierras.

—Jessamy —dijo Galen—, no es una mujer que comparta sus pensamientos más íntimos con el mundo. —Era un regalo que le hubiera permitido ver detrás del velo como de gasa pero impenetrable de su tranquila elegancia.

Rafael le miró con la cabeza inclinada.

—¿Y aún así los comparte contigo?

—No, pero lo hará. —Galen no iba a ceder, no iba a cambiar nunca de opinión y no iba a dejarla atrás—. Illium dice que tengo toda la sutileza de un oso con una porra, pero los osos con porras obtienen resultados.

Rafael rió, sin embargo sus palabras fueron prácticas:

—Eres el único al que Jessamy le permitió que la llevara volando desde que es adulta, pero si puedes obtener su cooperación, podemos turnarnos. Salimos al amanecer.

Mientras Galen salía volando del balcón unos instantes después con el viento rizándose en su cabello, pensó en lo que le había dicho a Rafael, consideró cada faceta. Jessamy era una mujer de pasiones y sueños secretos, con capas ocultas y misterios íntimos. Se preguntó si verdaderamente la conocería alguna vez. La idea de estar siempre fuera hizo que el dolor se expandiera desde su mandíbula apretada, pero a pesar de los comentarios que le hizo a Rafael, ella no era un enemigo al que pudiera conquistar con la fuerza bruta. La campaña para ganar a Jessamy debía ser sutil.

Aterrizando frente a la escuela, vio la puerta cerrada y se dio cuenta que las lecciones habían terminado. Se estaba preparando para volar a la biblioteca cuando una criatura pequeña con cabello del color del sol cayó del cielo en una zambullida llena de curvas. Atrapándola antes de que se estrellara contra la tierra, la sostuvo lejos de él con ambas manos en la cintura y frunció el ceño.

—Tu técnica de vuelo es defectuosa.

Le miraron unos grandes ojos castaños con pestañas del mismo tono claro de sus rizos.

—Eres grande, ángel de Jessamy.

Ángel de Jessamy.

Decidiendo que podía manejar la invasión de pequeñas criaturas, ya que dos más se las habían arreglado para aterrizar alrededor de él, puso a la niña en el suelo a un lado de sus amigos.

—¿Por qué estáis aquí? La escuela está cerrada.

Uno de los niños respondió.

—Tenemos permiso para jugar en el parque. —El niño deslizó su mano en la de Galen con una confianza que hizo que algo ardiera y se apretara en su garganta. Los niños eran una especie desconocida para él… había pasado toda su vida con guerreros, incluso cuando él mismo era un bebé.

—¿Jugarás con nosotros? —preguntó la niña, inclinando su cabeza hacia atrás en un esfuerzo para encontrar su mirada… y fue tan atrás que hizo que el peso de sus alas la derribara.

Alcanzándola, tiró de ella con una mano.

—No, creo que necesitáis una lección de vuelo.

Y así fue como terminó pasando un tiempo que no tenía ejercitando a tres pequeños excitados que le tendían sus manos cuando no era su turno de volar y que le llamaban el ángel de Jessamy.

—Me voy del Refugio —les dijo luego, porque desaparecer sin avisarles sería traicionar su confianza—. Y me llevo a Jessamy.

La tristeza embotó la luz en sus ojos brillantes. A la niña le tembló el labio inferior.

—¿La volverás a traer?

Hincándose de rodillas frente a ellos, le dio un asentimiento solemne, porque entendía lo que le estaba preguntando.

—Sí, pero ahora es tiempo de que Jessamy vuele.

Yendo en dirección a la biblioteca después de que los niños aprobaran que podía "tomar prestada" a Jessamy por un rato, sintió que el silencio de la sala de aprendizaje quería envolverlo. Estaba tan fuera de lugar aquí como en la cama de Jessamy, un gran bruto… pero poco le importaba. No cuando ella alzó la mirada desde el libro que estaba escribiendo, la tinta fluía con elegancia a través de la página y sonreía.

—Aquí estás, hombre taimado.

Envolviendo su puño en el cabello, reclamó un beso, el contacto un encuentro salvaje de bocas.

—Tengo algo que preguntarte —le dijo él, tomando otro sorbo del gusto de su boca mientras Jessamy abría los dedos contra la sensible superficie interior de sus alas.

—¿Mmm?

Le contó el viaje que iban a hacer, vio como su expresión aturdida de pasión fluctuaba entre una alegría deslumbrante, incredulidad y finalmente desesperación.

Capítulo 10

—Es imposible —susurró ella al fin—. La distancia… ni siquiera tú puedes cargarme tan lejos.

—Puedo llevarte a cualquier lado que quieras ir. —Por eso era tan fuerte y grande… había nacido para ella—. Pero si existe la necesidad, Rafael solicita que también le permitas llevarte. —Galen confiaba en el arcángel: nunca pondría a Jessamy en las manos de un hombre en el que no creyera que pelearía a muerte por proteger esa vida.

La garganta de Jessamy se movió mientras tragaba, sus dedos detenidos sobre el ala de él.

—Nadie quiere un ángel con una malformación fuera en el mundo. —La declaración fue cruda, el marrón intenso de sus ojos, apagado—. Los mortales no pueden vernos como débiles.

Él odió como se describía, pero había previsto su preocupación, discutido los detalles del territorio de Rafael con el arcángel.

—Hay un asentamiento mortal cerca de la torre de Rafael —dijo—, pero está a tal distancia que necesitarían la vista de una águila para verte. Ningún mortal trabaja en la Torre misma y alrededor de ella hay un espacio abierto muy importante, por lo que no quedarás atrapada en el interior.

La respuesta de Jessamy fue un susurro entrecortado.

—Yo… yo me he acostumbrado al Refugio, a los límites en mi existencia. —Los huesos elegantes de su rostro se marcaron a través de la piel cuando inclinó su cabeza al pensar, su cabello cayó suave y abundante sobre su hombro. Estirando la mano, él jugó con las hebras, enroscándolas alrededor de su dedo como las enrollaría en su puño cuando la tuviera debajo de él.

No, no era para nada civilizado en lo que concernía a Jessamy. Lo maravilloso de eso, es que estaba empezando a creer que a ella no le importaba.

*  *

Jessamy quería regodearse en el calor salvaje del guerrero que había invadido su santuario. El muslo grueso y musculoso de él estaba lo suficientemente cerca para tocarlo, el calor seductor de su ala bajo las palmas de ella, sus plumas incongruentemente sedosas. Ni siquiera la alegría aterrorizante que sentía ante el regalo que él le brindaba, suprimía la conciencia aguda que tenía de él, este hombre-arma que de alguna manera había pasado a ser suyo.

Puedo llevarte a cualquier lado que quieras ir.

Nunca nadie le había ofrecido tal libertad. Nadie había luchado por mostrarle el mundo. Y sabía que él debía haber luchado. Porque hasta Galen, nadie había visto más allá de su ala retorcida y el hambre en su interior. El único factor que no había considerado cuando decidió bailar con él, era que *se la iba a llevar* cuando se fuera. Con su corazón abierto de par en par, alzó la mirada para encontrárselo mirándola y sintió que su estómago se le apretaba. Pero no se cohibió. En vez de eso, movió la mano que tenía sobre su ala hasta el tenso músculo de su muslo.

El cuerpo de él se tensó.

Deslizando su mirada sobre la dureza primitiva de él, lo acarició una vez antes de subir… y moverse entre sus piernas. Agarrándole el rostro con las manos cuando él se inclinó hacia ella con esas manos tan grandes y cálidas en sus caderas, inició el beso por primera vez. No fue tan difícil como se había imaginado, no con un compañero tan entusiasta, por lo que se encontró atrapada entre sus musculosos muslos mientras él le robaba el aliento.

Era excitante, petrificante y bastante asombroso.

Cuando la mano de Galen se agarró de su vestido, sabía que debía detenerlo, la biblioteca no estaba desierta durante el día, pero no lo hizo. En vez de eso, envolvió los brazos alrededor de su cuello y presionó sus senos contra el calor de hierro de su pecho, frotándose para calmar una repentina necesidad salvaje. El gruñido de Galen fue profundo, sus manos se abrían y cerraban sobre sus faldas.

—¿Eso es un sí?

Usando su boca para saborear la línea gruesa de su cuello con la fascinación de una mujer que quiere explorar cada mínima parte de él, aspiró la esencia irrevocablemente de *macho* a sus pulmones.

—Sí… y gracias.

Galen dejó de moverse, cerró las manos sobre sus brazos para empujarla lejos de la hermosa escultura de su cuerpo.

—¿Galen?

Con la mandíbula apretada en una línea brutal, él dijo:

—¿Entiendes que puedes estar volando a una guerra?

Ella pagaría cualquier precio por tal libertad.

—Sí.

—Nos vamos mañana en la mañana.

—Los niños…

—Debes conocer gente que pueda suplirte para continuar con su educación mientras no estás.

—Por supuesto. Mi preocupación es por sus espíritus. —Sería insoportable alcanzar sus sueños sabiendo que dejaba unos niños con el corazón roto.

—Hablando de las pequeñas criaturas… algo me dice que entenderán.

Con eso, salió de la biblioteca. Sin adiós, sin beso. El hombre arrogante y bárbaro la confundía. Uno al que estaba comenzando simplemente a adorar.

—Con mal carácter, arrogancia y todo. —Su risa vino desde su interior, de la niña que una vez había sido.

Esa risa reapareció cuando habló con los niños. Las "pequeñas criaturas" en verdad entendieron. No solo eso, le advirtieron que tuviera cuidado con los extraños y que se asegurara de mandarles una carta con cada mensajero. Después de cientos de abrazos dulces y feroces, se fue caminando hacia la casa de sus padres… y aunque trató con ganas de mantenerla, la risa se desvaneció.

—¿Ese Galen es fuerte? —preguntó Rhoswen, con una preocupación desnuda en los ojos que había legado a su hija.

—Sí. Mi confianza en él es absoluta.

—Perdóname, Jessamy. —Rhoswen le puso la mano en la mejilla—. Una madre nunca deja de preocuparse por sus hijos. Desearía que pudiéramos haberte dado esto…

—Me disteis todo lo que estaba en vuestro poder. *Gracias.*

—Mi hermosa niña. —Rhoswen hizo una pausa, como si quisiera decir algo más, pero como siempre, se quedó callada.

Con el corazón lleno de dolor y amor, Jessamy fue al abrazo de su madre. Más tarde, su padre le besó la sien y la apretó tan fuerte como para dejar moretones.

—Os quiero —les susurró a los dos y luego se giró y se fue con un nudo en la garganta. Mirar atrás sería ver las lágrimas brillantes como diamantes en el rostro de Rhoswen.

*  *

A la mañana siguiente el sol era casi un espejismo cuando Galen se alzó en el aire con Jessamy en sus brazos. Las piernas de ella, largas y delgadas, yacían sobre su brazo, vestidas con unos calcetines del negro más puro, su túnica del color de las hojas en otoño terminaba justo por encima del tobillo. Era raro verla con otra ropa que no fueran esos vestidos largos y elegantes que flotaban alrededor de ella mientras caminaba y Galen podía decir que no estaba muy cómoda con sus atavíos, pero era práctico para un vuelo tan largo.

Rafael y él no llevaban nada más que las armas que se habían amarrado. Como todo arcángel, Rafael tenía "estaciones de descanso" repartidas por todo el mundo, provistas de todo, desde comida a ropa y armamento de repuesto. Una regla no escrita era que ninguna de esas localizaciones fuera jamás comprometida o utilizada como lugar de emboscada, así como que todo ángel era bienvenido a usar las estaciones. Sin embargo, Rafael se había cerciorado de la seguridad de los suyas poniendo guardias en los puestos remotos. Cada pareja servía una temporada antes de rotar al Refugio, asegurándose de que ningún equipo estuviera nunca mucho tiempo aislado.

Jessamy se movió una fracción, los músculos de sus alas se movieron contra su brazo. Esa mañana no la había besado y había visto como se le formaban surcos en la frente por la frustración. Ella no podía saber lo que le había costado contenerse, pero lo único que nunca aceptaría de Jessamy era su gratitud. Sería una muerte lenta.

—Testarudo —dijo Jessamy, su aliento un beso de aire en el cuello—, con un carácter terrible, arrogante, con tendencia a enfurruñarse. Tus defectos están aumentando.

Apretándola, bajó las alas, haciéndola gritar y apretar su agarre alrededor del cuello.

—Para de hacer eso. —Fue una censura risueña, la suavidad de su boca presionada contra la piel de Galen, una dulce agonía.

Delante de ellos, Rafael bajó rápidamente y se perdió de vista junto a un pequeño valle verde, adelantándose para escrutarlo. Las alas del arcángel brillaban bajo el sol naciente, su vuelo tan suave que no creaba ni un solo sonido en el aire. Luego se fue, dejando a Galen y Jessamy con el cielo para ellos, las nubes eran suaves montones blancos por las que voló deliberadamente.

Jessamy pasó los dedos por los filamentos insustanciales.

—Oh, Galen. Estoy tocando nubes. —La maravilla en ella hizo que todo valiera la pena, incluso el dolor que todavía podría venir… cuando Jessamy encontrara el corazón de sus alas y volara lejos de él.

Tendría que haberse adelantado en el pensamiento, debería haber comprendido las consecuencias de su primer gusto de libertad. Por supuesto que estaría agradecida con el hombre que la llevara por los cielos, pero aunque lo hubiera sabido desde el principio, aún así habría hecho todo lo que estuviera en su poder, pelear con un arcángel, por permitirle a Jessamy tocar las nubes. Su egoísmo era pequeño: quería que le necesitara, que le deseara por sí mismo. Nadie en su vida se había preocupado por él simplemente por ser Galen.

—¿Estás planeando ignorarme todo el viaje, tú bestia testaruda? —murmuró Jessamy cuando volvieron a salir al azul continuo del cielo, el paisaje debajo era una cubierta verde intercalada con los serpenteantes brillos del agua.

Dándose cuenta de que no iba a tener la fuerza de voluntad de resistirse a ella cuando se burlaba con tal afecto inesperado, le dijo:

—Es un vuelo largo. —Intentando una pequeña broma, cuando nunca había hecho tal cosa—. Si ahora gastamos toda nuestra conversación, el tramo final va a ser un silencio mortal.

La risa de ella se enredó a su alrededor, envolviéndolo en cadenas sedosas que bien podrían hacerle sangrar.

—Galen, nunca me quedaré sin palabras.

—Entonces cuéntame cosas —murmuró él, robando este tiempo con ella. No importaba lo que pasara cuando alcanzaran el territorio de Rafael, ella era de él durante este viaje y no estaba muy orgulloso de fingir que ella *se preocupaba* por él como necesitaba que lo hiciera—. Cuéntame cosas sobre Alexander. Lo he estudiado, pero nunca lo he visto.

—Alexander —dijo ella pensativamente—, es el más antiguo de los arcángeles. Solo Caliane es más antigua y desapareció cuando Rafael era un jovencito.

Jessamy nunca olvidaría el sonido evocador de la canción con que Caliane mecía a su adorado bebé. La arcángel tenía la más pura de las voces… tan hermosa que había cantado a la población adulta de dos ciudades prósperas hasta llevarlos al mar en un exitoso intento por evitar una guerra. Excepto que eso había significado la muerte de todas y cada una de esas personas y más tarde, de casi todos los niños.

Fue como si el shock y la pena hubieran vaciado a los pequeños, convirtiéndolos en cáscaras mudas que respiraban… hasta que un día se hicieron un ovillo y murieron. Jessamy nunca olvidaría la historia oscura que se había visto obligada a escribir ese año, los bocetos que había mandado junto con las páginas como un testamento silencioso del terrible precio pagado por los inocentes… bocetos de cientos, miles de bebés envueltos con tiernos cuidados para enterrarlos.

Muerte por corazones rotos, había dicho Keir cuando regresó al Refugio con los ojos atormentados. *Muerte por tanto dolor como los inmortales nunca sabrían.*

—Alexander —continuó ella con la garganta tensa por los ecos de los recuerdos tan dolorosos como cuando se habían originado—, es también un hombre apuesto. —Con su cabello dorado, ojos plateados, un perfil cincelado y un cuerpo curtido por la guerra, había una sensación de perfección física de él aun antes de captar la belleza cruda de sus alas… de un puro plateado metálico—. De hecho es tan atractivo, que creo que Michaela espera llevar a su hijo.

Galen rio.

—¿Ella aspira a dar a luz un hijo o hija que sean la imagen de los dos ángeles más bellos del mundo?

—Sí, pero no creo que tenga éxito… aparte de que él ya tiene un hijo, Alexander no es como sus otras conquistas. —Él era demasiado inteligente, veía la fría ambición dentro del corazón de Michaela más allá de las líneas exquisitas de su rostro—. Me dijo una vez que sería como emparejarse con la viuda negra que se come a su pareja.

Jessamy siempre había respetado a Alexander por su perspicacia, aunque no estaba de acuerdo con su posición hacia Rafael.

—¿Por qué —dijo ella— no intentaste lograr una posición en la corte de Alexander? —Titus y Alexander tenían un estilo distinto de mandar, pero ambos eran hombres de guerra.

—Su edad y poder amenazan con cegarlo a la realidad de los cambios del mundo —le contestó Galen—. Si Alexander logra sus metas, seguiremos encerrados en el tiempo para siempre, como libélulas en ámbar.

Jessamy estuvo de acuerdo. Alexander le había dicho algo parecido en su última visita.

Soy muy viejo para este mundo.

Sus palabras habían sido un contraste sorprendente con la perfección angelical de su aspecto. Pero eso no fue todo lo que dijo. Frunciendo el ceño pensativa, siguió el fragmento de una conversación hasta la raíz, un diálogo que había tenido lugar casi dos años atrás.

—Jessamy, estoy cansado. —Ojos plateados tan brillantes que nunca podrían pertenecer a un mortal—. Cansado de la guerra, del derramamiento de sangre, de la política.

—Puedes elegir la paz. —Ella no le tocó como podría haber hecho con Rafael… Alexander era mucho, mucho más antiguo que ella, aunque a veces él buscara su consejo—. No hay necesidad de levantar un ejército contra Rafael, como sé que estás considerando.

Él sonrió levemente sin humor.

—La paz es un espejismo… pero sí, tal vez tengas razón en tu consejo. Tal vez es el tiempo de Rafael.

Contuvo el aliento cuando se dio cuenta de la importancia de su recuerdo, lo compartió con Galen.

—Nadie sospecha o espera que Alexander deponga sus armas. —Incluso ella había tomado sus palabras como una charla contemplativa, olvidada tan pronto cuando ardió nuevamente la lujuria de la batalla.

Galen se puso en ángulo, con su opulento cabello pelirrojo azotándole el rostro, para que ella no estuviera en ningún peligro de ser sacudida por el viento.

—Y aún así, ahora sus ejércitos se acumulan.

Jessamy examinó cada faceta del recuerdo, cada cambio sutil de la expresión de Alexander, pero el hecho era, que era uno entre miles, cientos de miles y podía no significar nada.

—Es un arcángel —dijo ella—. Pueden ser impredecibles.

Galen comenzó a descender del cielo deslizándose lentamente.

—Llegamos a la primera estación: Rafael va a querer escuchar tu recuerdo.

El aterrizaje fue perfecto y las alas de Galen poderosas. No se resistió cuando ella se estiró para masajearle los hombros con sus dedos.

—¿Estás cansado? —No era propio de ella, pero no quería estar en otros brazos que no fueran los de Galen.

Él negó con la cabeza, mirando hacia donde Rafael estaba hablando con los guardias.

—Ven.

Ella esperó para hablar hasta que estuvieron solos con Rafael dentro de la gran cabaña abovedada. El azul de los ojos del arcángel la atravesó como una lanza y ella se preguntó si la fuerza sorprendente de esa mirada era un presagio de las cosas por venir. Caliane había tenido el poder de destrozar la mente de otros ángeles y Rafael, de muchas maneras, era el hijo de su madre.

—Jason —dijo el arcángel en aparente incongruencia—, ha estado frustrado durante temporadas. Fue capaz de meter a uno de sus hombres en los establos de Alexander; ha recogido pedazos de información de chismorreos de los sirvientes y los soldados cuando frecuentan las tabernas, pero no pudo infiltrar a nadie en la corte misma. Es más, no ha encontrado modo de ver a Alexander en público, para juzgar el estado de su mente.

Las alas de Galen susurraron cuando las acomodó.

—Eso no es inusual. La corte de Titus sería imposible de infiltrar y Alexander también es un guerrero.

Negando con la cabeza, Jessamy puso la mano en su ala.

—No. Alexander hace tiempo que estableció la política de caminar y volar entre sus tropas cada cinco días. Lo hace así llueva, salga el sol, granice o nieve. Siempre ha liderado desde el frente.

—La ironía, —continuó Rafael—, es que en eso tomé ejemplo de Alexander. Aún así Jason no lo ha visto aparecer para cumplir su deber en sus recuerdos recientes. —El arcángel se paseó por los confines de la cabaña—. Mientras en las tabernas se dice que está con su concubina favorita, asumo que en verdad está refugiado con sus generales, en un deliberado intento de asegurar que nada se deduzca de su estrategia de batalla.

—Eso permanece como una posibilidad. —Galen se frotó la mandíbula—. Pero Alexander también tiene un hijo. Rohan, su maestro de armas.

Los ojos de Rafael se encontraron los de Galen.

—Sí. Y él es muy capaz de montar una campaña de batalla.

La sangre de Jessamy se congeló cuando registró las implicaciones de la sugerencia de Galen. Si Alexander había muerto… pero no, ¿cómo podía ser *posible*? Solo otro arcángel podría haberle matado y tales asesinatos siempre eran eventos catastróficos que provocaban por todo el mundo… los arcángeles no morían con facilidad. Se llevaban con ellos a lugares y personas. Ningún veneno, ningún furtivo…

Oh no.

Capítulo 11

—Sólo un arcángel puede matar a otro arcángel —susurró Jessamy—. Pero si lo ha traicionado alguien en quién confiaba, podría estar bajo tierra. —Tal atrocidad solo había ocurrido una vez, tanto tiempo antes que ni siquiera Lijuan había nacido.

Cortado en pedazos después de ser emboscado mientras dormía por aquellos que consideraba amigos, el cuerpo del arcángel había sido dispersado y enterrado bien hondo en los alejados confines de la tierra. Pero los arcángeles podían regenerarse incluso de las cenizas. En esa ocasión, el trozo que se regeneró a un hombre completo fue enterrado en lo profundo de una cordillera en lo que ahora era el territorio de Uram.

Aquella cordillera ya no existía, y tampoco nadie que estuviera emparentado ni siquiera con una gota de sangre con aquellos que habían enterrado al arcángel, una carnicería tan absoluta que *nadie en su sano juicio* se atrevería jamás a un acto igual. Tragó saliva y continuó:

—No creo que Rohan fuera desleal a su padre —tenían un verdadero vínculo padre e hijo—, pero si Alexander ha desaparecido, Rohan muy bien puede estar al mando de la campaña de guerra, seguro de que su padre pronto se levantará.

—Jessamy tiene razón —susurró Rafael—. Pero si Alexander lleva desaparecido durante tanto tiempo, entonces es probable que esté muerto. —Un recordatorio de que un arcángel se regeneraba a una velocidad que ningún ángel normal podría comprender y que nada lo retendría: tierra, roca o agua—. Si cayó en el *anshara* por alguna razón —siguió Rafael, nombrando el más profundo de los sueños reparadores—, y fue traicionado por un arcángel enemigo, ni siquiera Alexander habría sido capaz de luchar contra una ráfaga de fuego de ángel directo al corazón.

La capacidad de crear fuego de ángel, Jessamy lo sabía, era un raro don y uno letal. Caliane lo había poseído, pero su hijo no... todavía no, su poder aumentaba a un ritmo demasiado rápido para predecir nada.

—Hasta donde yo sé, cuatro del Grupo pueden convocar el fuego de ángel.

—¿El vencedor no reclamaría el territorio de Alexander? —dijo Galen.

—Puede que no se trate del territorio. —Rafael soltó una bocanada de aire—. Hay algunos del Grupo que encontrarían placer y diversión en el juego, en la matanza y en observar la desintegración resultante.

Un presentimiento terrible afloró en la boca del estómago de Jessamy. Le caía bien Alexander, aunque era un Anciano, con la vanidad de un Anciano. Era inteligente, podía ser amable de un modo ausente en un ser de tal poder, había guiado bien a su gente. La enfermaba imaginarle muerto con tanta malicia solapada. Pero aquello no era lo peor, si el arcángel estaba muerto o desaparecido, y nadie había informado al Grupo, entonces su territorio estaba actualmente bajo el dominio de un ángel que no tenía derecho a gobernar.

No era simple política, era un hecho brutal. Los arcángeles gobernaban porque tenían el despiadado poder de controlar a los vampiros que eran sus sirvientes. Sin un arcángel al timón, las posibilidades de que los más violentos de los Convertidos se volvieran salvajes, conducidos por una furia irreflexiva de sed de sangre, eran catastróficas.

—Toda la población mortal de su región podría ser barrida en días. —El horror tenía un sabor a oscuro metal en la lengua.

—Eso explica también por qué un vampiro vendría a matarte. —Las palabras de Galen fueron tan contenidas que ella supo que estaba luchando contra su rabia—. Al menos algunos de los Convertidos han notado y se han dado cuenta de la probable verdadera razón tras la ausencia de Alexander.

La mente de Jessamy osciló una vez más hacia el recuerdo de aquella inesperada conversación con Alexander.

—Había una vampira con él cuando vino de visita, aunque permaneció en la puerta mientras hablábamos, podía oírnos. Una criatura alta de ojos azules y piel de ébano. —El sorprendente contraste de los ojos azul hielo contra la piel oscura fue la causa de que la mujer hubiera permanecido tan firmemente anclada en su memoria.

—Era un miembro superior de su corte. —Una que tal vez se hubiera convertido en una traidora—. Si ella está detrás de esto, tal vez lo vea como una rebelión contra la servidumbre exigida como pago por ser Convertido en un vampiro (de cientos de años de duración) pero una vez se gira esa llave...

Rafael completó su pensamiento.

—Aprenderá por qué los arcángeles son tan despiadados con algunos de sus hermanos.

Galen y Rafael empezaron a hablar de cómo podrían confirmar la posibilidad de que Alexander estuviera muerto. Pero Jessamy, paseándose arriba y abajo, seguía pensando que algo no estaba bien. Rafael estuvo de acuerdo con ella sobre que el escenario de que estuviera bajo tierra era improbable dado el tiempo que había

pasado, pero incluso si Alexander había sufrido una emboscada su muerte no habría sido silenciosa. Era un *Anciano*.

Pero nadie había informado de ninguna devastación y seguramente Jason se habría fijado en tal destrucción en las tierras del arcángel. Dormido o despierto, Alexander...

—Debe haber elegido Dormir —dijo ella, las palabras brotaron antes de ser consciente de haber completado el pensamiento.

Los hombres se detuvieron a media conversación y fruncieron el ceño antes de que Rafael sacudiera la cabeza.

—Tuvo que saber que si lo hacía sin avisar provocaría el caos no solo en su territorio sino en todo el mundo.

—No si confiaba en sus comandantes especialmente en Rohan. —Galen miró el suelo frunciendo el ceño, con la mente claramente en otro lugar—. Muy bien podría haber ido a Dormir a un lugar secreto, dejando instrucciones para informar a la Cátedra una vez que no hubiera posibilidad de que nadie rastreara su paradero.

Las náuseas se calmaron un poco en el estómago de Jessamy, porque podía ver a Alexander haciendo exactamente eso. Los ángeles que Dormían eran intocables. Era una de sus leyes fundamentales. Pero ningún arcángel escogería jamás Dormir en un lugar donde sus enemigos pudieran encontrarle mientras era vulnerable.

—Rohan —dijo Rafael, con las alas extendidas—, es fuerte, tal vez lo bastante fuerte para creer que puede gobernar a pesar de las instrucciones que le diera Alexander. —Su ira irradió de las alas, un incendio helado que no auguraba nada bueno—. Si ha sido lo bastante tonto para hacer esto, su arrogancia dirigirá a la gente de Alexander a la masacre.

Jessamy pensó en las veces de la historia cuando los ángeles no habían comprendido la profundidad de la sed de sangre que alimentaba a los Convertidos, pero habían aprendido. El coste había sido pagado con las vidas de miles de mortales.

—La Cátedra debe ser informada —palabras frías—. Regresaré al Refugio y le diré a Illiium que vuele hacia Titus y Charisemnon.

—¿Deseas que vuele hacia Neha y Lijuan? —preguntó Galen, nombrando a las otras dos arcángeles próximas al territorio de Alexander.

Rafael negó con la cabeza.

—No, Lijuan se lo tomaría como un insulto si no la informo personalmente. Quiero que sigas hacia mi territorio. Si estamos equivocados y Alexander *está* vivo, despierto y planeando estrategias, entonces debemos estar preparados para su ataque. —Su mirada cayó sobre Jessamy, la crueldad en aquellos ojos era

espeluznante aunque sabía que no iba dirigida contra ella—. Estarás más segura con Galen que en el Refugio.

—Le haré ir más lento —dijo ella, práctica porque el pesar era inútil en una situación tan grave. Y Galen... Galen le había prometido llevarla volando a donde quisiera ir, así tendría la oportunidad de tocar otra vez las nubes—. Puedo permanecer aquí. Ningún vampiro llegaría a este lugar.

—Existe una pequeña posibilidad de que el vampiro que te atacó trabaje para Rohan... y el hijo de Alexander tiene ángeles bajo sus órdenes. —El ala de Galen rozó contra la suya, un peso sólido e íntimo—. No podemos ponerte en peligro.

—Tiene razón —dijo Rafael—. Eres demasiado importante para el Refugio—. Con eso, hizo un gesto a Galen—. Ve tan rápido como puedas. Dmitri tiene la situación bajo control, pero no me gusta el cuadro que hemos pintado... si Rohan se entera del hecho de que la Cátedra conoce la desaparición de Alexander, podría dejarse llevar por el pánico y moverse más rápido. —Una pausa que dijo un millar de cosas—. Te doy mi confianza, Galen.

—Sire. —Una simple palabra que dejó más clara que el agua las lealtades de Galen.

*  *

Galen había querido hacerle a Jessamy un regalo, pero aquel vuelo fue un avance rápido por los cielos. Cuando la noche los cubrió con su aterciopelada oscuridad y las estrellas centelleaban sobre sus cabezas, él supo que ella se moría por aterrizar y así poder alzar la vista con asombro.

—Después de que esto se termine —susurró él en su pelo—, haremos otra vez el trayecto.

Su respuesta fue un beso sobre su mandíbula, la trenza le rozó el brazo.

—Te adoro, Galen.

Las palabras amenazaron con deshacer cada uno de sus votos de tener más de ella que una gratitud que lo destruiría gota a gota lentamente.

—Eso es permisible —le dijo, en vez de abrir la herida que ella sin darse cuenta había infligido.

La risa de Jessamy le envolvió mientras seguían volando. Sobre las cordilleras rezongando bajo el peso de la nieve constante y el retumbar de los ríos por el ruido del paso del agua. Sobre los pueblos diminutos colgados de las rocas y las moradas diseminadas sobre las extensiones de praderas. A través de la belleza salvaje del estruendo del mar, deteniéndose en la rara y diminuta isla en el azul sin fin, y una vez sobre las playas de arena blanca de una prístina laguna. Sobre los antiguos

bosques y nuevos caminos, hasta que se dirigieron hacia la forma que atravesaba las nubes de una torre alzándose de la tierra agreste que la rodeaba.

Llegaron justo cuando rompía otro amanecer y pareció como si la estructura formada de roca, madera y cristal, estuviera en llamas, un pilar brillante y visible desde todas las direcciones. Era un logro imponente y una imponente exposición. Rafael evidentemente entendía que para algunos, el poder tenía que tener una forma física.

Aterrizando sobre el tejado amplio y plano, puso sobre sus pies a Jessamy y plegó las alas antes de encontrarse con la oscura mirada de Dmitri donde el vampiro permanecía esperándoles.

—¿Alguna novedad? —preguntó, bien consciente de que Rafael tenía que tener un sistema de transmisión que pudiera mover la información a velocidades que ningún mortal creería.

—La Cátedra se está reuniendo en el territorio de Alexander.

—¿Tan rápido? —Los ojos de Jessamy se abrieron de par en par mientras estiraba las piernas, pero no sus alas. Aquella era la causa por la que Galen había montado el pretexto de aterrizar antes de que saliera el sol, quería que ella tuviera privacidad para ejercitar aquellos músculos. Que no se hubiera ocultado de él mientras lo hacía, era otra raíz clavándose en su corazón.

—Parece —dijo Dmitri—, que nadie en el Grupo ha visto a Alexander durante dos estaciones como mínimo, prueba suficiente para ellos para tomarse en serio la preocupación de Rafael.

Dmitri abrió la puerta para Jessamy, esperó hasta que estuvieron dentro de la torre antes de seguir.

—Se ha efectuado una petición para que el arcángel se presente.

—Su hijo tiene las tropas listas. —Galen tenía una idea excelente de su número y fuerza, dada la información que Rafael había compartido con él tras la primera vez que el arcángel llegó al Refugio—. Podría presentar batalla en vez de obedecer.

—Neha y Uram están cerca y han instalado sus ejércitos.

Galen sabía que aquello era un acto significativo. Los arcángeles no interferían en los asuntos de los demás de la Cátedra, ni siquiera en las guerras entre arcángeles. Sin embargo, si Alexander estaba muerto o Dormido, no se podía permitir que su territorio se desmoronara en una ira sangrienta y violenta, y a pesar de sus defectos, la Cátedra podía y hacía un trabajo eficaz como unidad cuando era necesario.

—¿Cuánto tiempo antes de que podamos esperar una respuesta?

Dmitri echó un vistazo a Jessamy.

—Si Alexander está vivo y despierto —dijo ella, las arrugas formándose entre sus cejas—, no dudará en utilizar la fuerza de la violencia para repeler a los demás de su territorio. Cuanto más tiempo pase, más seguro será que ya no está al mando.

Dmitri señaló hacia una puerta, la oscura elegancia de sus movimientos era llamativa. Jessamy pudo apreciarlo, lo apreciaba a él, pero no se sentía atraída hacia esta criatura sensual y masculina. Su cuerpo estaba en sintonía con el de otro, la calidez, el olor terroso de Galen grabado en su piel, el profundo timbre de su voz, una que ella quería oír cuando desplegaran las alas en la cama. De algún modo, con Galen, olvidaba que estaba lisiada, olvidaba la fealdad de sus alas y simplemente existía.

—Jessamy, tienes tiempo para cambiarte y descansar un poco. Tu habitación debería tener todo lo que necesites. —La voz de Dmitri irrumpió sus pensamientos—. Me gustaría que te unieras después con nosotros, pero hablaremos de la guerra. —Una pregunta tácita.

Jessamy era una historiadora, una que permanecía en el margen y observaba. No interfería. Pero había veces en la vida en que se tenía que tomar partido, elegir un bando.

—Vendré —dijo ella, encontrándose con los ojos de un verde amarillento.

Si iban a estar juntos, entonces su lealtad tenía que ser para Galen.

*  *

El día transcurrió en una locura de planes y coordinación de acciones, y no fue hasta después de la puesta del sol que Jessamy encontró a Galen subido al tejado con las alas sujetas con la disciplina de un guerrero mientras contemplaba el vuelo de los ángeles que abandonaban la torre en perfecta formación. Eran la primera oleada de defensa, centinelas y mensajeros con la suficiente experiencia para patrullar las fronteras. Dmitri ya había tenido un equipo reducido haciendo la tarea, pero había retrasado a la mayor parte para que Galen pudiera juzgar personalmente la preparación de los hombres y mujeres de Rafael.

Bajo la sombra nocturna de alas batiéndose en un suave y rápido ritmo marchaba un ejército de vampiros, una guardia de tierra que se movía a un ritmo vigoroso para ocupar las posiciones defensivas a una distancia que Dmitri y Galen habían decidido proporcionaría una protección óptima sin comprometer las defensas de la Torre.

A pesar de los cientos de pares de alas que cortaban el cielo y la concentración de vampiros en tierra, la noche era inquietantemente silenciosa. Era una oscuridad susurrada, pensó ella, un augurio que colgaba sobre sus cabezas. Pronto, o Alexander respondería contra la invasión de sus tierras por la Cátedra, o no... y ellos lo sabrían.

Jessamy esperaba que él estuviera Dormido, por el mundo que no estaba preparado para perder para siempre la profunda sabiduría de un Anciano.

—Tú eres la única que me llama sabio. —Los ojos plateados de Alexander, tan inhumanos que estaba más allá incluso de su raza longeva—. Todos los demás creen que soy un ser de violencia y guerra.

—Eres ambas cosas, Alexander. Siempre lo has sido. —Ella había leído las historias, sabía lo que muchos habían olvidado. En otros tiempos, Alexander había negociado la paz, salvado al mundo de un horror inimaginable—. Pienso que si volviera la prueba —no insignificantes riñas o batallas engendradas por el orgullo y el poder, sino una verdadera cuestión del bien o el mal— tú estarías en el bando correcto.

Una débil sonrisa.

—Eres tan joven, Jessamy. Tonta dirían algunos.

—¿No te llamaron lo mismo cuando te interpusiste entre dos Ancianos en guerra?

Su risa sonó profunda y verdadera, plata fundida.

—Vamos, jovencita. Pasea conmigo y cuéntame historias de cuando yo era un joven irascible.

Sonriendo ante el recuerdo ahora agridulce, se apoyó en Galen, este hombre que le rompería el corazón en incontables fragmentos si alguna vez elegía Dormir.

—Así no es —dijo ella cuando los ángeles desaparecieron de la vista, los vampiros devorados hacía mucho rato por los bosques de un verde oscuro que limitaban la Torre— cómo te imaginabas que empezaría tu vida al servicio de Rafael.

Él le rodeó la cintura con un brazo, atrapando las alas de la mujer a su espalda.

—Soy lo que soy, Jessamy —palabras serenas—. La guerra y las armas siempre formarán parte de mi vida.

—Lo sé, no me siento atraída hacía un hombre imaginario, Galen. —Tal vez esto, pensó ella, contra toda esperanza, era la causa de la distancia sutil que él había puesto entre ellos, distancia que dolía. De ser así podría acabar con ella—. Fue a ti a quién ví desde el principio, a *ti* al que quiero.

Desplegando las alas sobre la espalda de ella en un movimiento protector que se había convertido en íntimamente familiar, Galen le agarró un puñado de cabello. La posesión en el gesto era inconfundible, pero no la besó, no la había besado en todo el viaje. Y aún así la pasión soñolienta en sus ojos, la patente dureza de su cuerpo cuando ella se acercaba, decía que la deseaba como siempre.

—Háblame, cabezota.

Las pestañas bajaron sobre esos ojos tan bonitos, ella se preguntó cómo no había caído en ellos cuando se conocieron.

—Te deseo con cada aliento. —Sin adornos. Pura honestidad. Galen—. Pero la gratitud no es lo que necesito de ti. —Acunándole la mejilla con una ternura inesperada, le dijo—: Si es todo lo que sientes, me partirás en dos, pero eso no me detendrá de ser el mejor amigo que jamás tendrás. A cualquier sitio, Jessamy. Siempre te llevaré volando a cualquier sitio al que quieras ir.

Las palabras, su promesa, retumbaban en su interior pero guardó silencio, sin estar segura de qué decir. ¿Cómo podía no estar agradecida por todo lo que él había hecho? No solo por el regalo del vuelo, sino por obligarla a despertar, a vivir de verdad otra vez.

—No hay deuda entre nosotros, ni cargas que te debas sentir obligada por el honor. —Las palabras de Galen eran duras, su toque tenía una delicadeza áspera—. Eres libre.

Capítulo 12

La noche pasó con una desagradable lentitud. Incapaz de dormir, y arrastrando el ala derecha por el suelo como unode sus niños, Jessamy entró en la biblioteca de la Torre en la hora gris antes de que el pincel del amanecer veteara el cielo. Había una lámpara encendida y el hombre de pie junto a la repisa de la chimenea con un vaso en la mano era más alto que ella, igual de delgado y no tenía alas a la espalda.

—Lady Jessamy —dijo en un tono lánguido que fue un ronroneo sobre su piel.

Peligroso, pensó ella, manteniendo las distancias.

—Usted tiene ventaja.

—Ainsley a su servicio.

—¿Ainsley? —Ese nombre no encajaba de ningún modo con el vampiro cuya voz era una invitación al pecado.

Los labios masculinos se arquearon, la luz de la lámpara le daba al rojo rubí del líquido en su vaso una viveza rutilante. *Sangre*.

—Ese es el porqué normalmente mato a la gente que utiliza mi nombre de pila —dijo en un susurro—. La mayoría me llaman Trace[1].

Un nombre extraño. Los ojos de la mujer estudiaron de nuevo su constitución ágil, haciendo la conexión.

—¿Eso es lo que haces?

Un lento asentimiento.

—Ahí fuera hay un país salvaje. Muchas cosas se pierden. Yo las encuentro. —Dando un sorbo a la sangre, siguió sosteniéndole la mirada con ojos que tal vez fueran de un color verde muy oscuro o un ébano puro—. Eres una mujer alta.

Sí, lo era. Incluso entre los ángeles. Aunque al lado de Galen, se sentía verdaderamente menuda. Y cuando él la tomaba en sus brazos...

---

[1] Rastrear

—¿Qué estás haciendo en la biblioteca a estas horas de la mañana? —le preguntó, resistiéndose a la necesidad de frotarse el puño sobre el corazón para calmar el dolor.

Trace sacó la mano a su costado para dejar ver un libro.

—Poemas. —Una mirada casi avergonzada salió de aquellos ojos que sin duda habían persuadido a más de una mujer a una decadencia adictiva.

Jessamy se repensó su conclusión inicial, que era peligroso era indiscutible, pero también era un hombre que no haría daño a una mujer. Le gustaban demasiado.

—¿Poemas?

Una lenta sonrisa arrugó las mejillas del vampiro.

—¿Te gustaría escuchar?

Ningún hombre le había pedido jamás leerle poesía. Pero claro, toda su vida estaba cambiando, así que dijo:

—Muy bien —y cruzó la alfombra hacia él.

Tomaron asientos opuestos uno del otro y bajando el vaso, Trace le leyó inolvidables poemas de amor, pérdida y pasión con una rica voz evocadora destinada a la seducción. Fue solo después del tercer poema que se dio cuenta que ella era el objetivo. Sorprendida, miró aquel rostro de belleza de ángulos marcados, aquella mata de cabello negro, aquella forma delgada que estaba segura que podía moverse rápido como un latigazo cuando era necesario, y se preguntó sus motivos.

—Hay otras mujeres en la Torre —dijo cuando él se detuvo para recuperar el aliento.

Una mirada a través de las pestañas mostró que los ojos eran del verde más intenso que ella jamás hubiera visto.

—Lo sé perfectamente, pero quise pasar los dedos sobre tu piel desde la primera vez que te vi en el Refugio. —Otra pausa, su examen más abierto y francamente sensual—. La única razón por la que no te cortejé entonces fue porque más de una persona me dijo que preferías la soledad y que te afligiría que se te acercaran.

—Ya veo. —Sus palabras le provocaron un temblor interno, reorganizando drásticamente su mundo. Era una cosa a tener en cuenta que tal vez ella había sido la causa de su propio aislamiento, otra para reconocer—. Te das cuenta que mis alas no son lo que deberían —dijo ella y era una pregunta en una afirmación.

Con un encogimiento de hombros fluido y elegante.

—Notarás que yo tampoco puedo volar. —Acabándose el líquido del vaso, líquido que hablaba de vida y muerte a la vez, dijo—: Dime, ¿le perteneces?

No había necesidad de preguntar a quién se refería.

—¿Y si lo hago? —dijo ella en vez de contestar, porque lo que tenía con Galen era precioso y privado.

—Puedo ser muchas cosas —susurró—, pero no robo mujeres... al menos no aquellas que no quieren ser robadas.

—Es hora de que me vaya. —La noche y esta mañana habían arrojado a la confusión todo lo que ella sabía, no era el momento de estar cruzando palabras con un vampiro que era claramente un experto en el arte del coqueteo.

—Hasta nuestro próximo encuentro, milady. —La oscura promesa la siguió mientras abandonaba la biblioteca, subía al tejado y salía al aire fresco de la mañana. Si Trace decía la verdad, y no tenía razón para mentir, entonces probablemente otros hombres se acercarían a ella ahora que sabían que estaba abierta a la idea de un cortejo y una relación.

—Si eso es todo lo que sientes, me partirá en dos, pero no me detendrá de ser el mejor amigo que jamás hayas tenido... Eres libre.

El corazón se le encogió ante el pensamiento de no volver a probar jamás el beso de Galen, pero no importaba si aceptar su decreto la hacía sangrar por dentro, él tenía razón en esto. Si ella cedía a la insaciable y profunda necesidad de su interior, necesidad que llevaba el nombre de Galen e iba a él ahora, el espectro de la gratitud siempre sería una mentira entre ellos. Dolería, corroería y los destruiría. No, pensó, clavándose las uñas en la piel, no lo haría, no se lo haría a Galen ni a sí misma.

Los primeros rayos de sol alcanzaron el horizonte en ese mismo instante, sus dedos dorados trajeron el mundo a la vida.

*  *

El mensaje llegó dos días después.

—Alexander Duerme —dijo Dmitri, reuniéndose con ella y Galen en un balcón alto de la Torre—, en un lugar conocido solo por él.

—¿El vampiro que atacó a Jessamy? —preguntó Galen con expresión sombría.

—Un acólito de Emira, el vampiro que tú —hizo un gesto hacia Jessamy— describiste como el ser que estaba con Alexander el día que hablasteis. Emira fue una de sus guardias de élite.

—Me sorprende —dijo ella, metiéndose distraída un rizo detrás de la oreja—. La gente de Alexander es leal.

—Emira también lo era, pero su lealtad era hacia Alexander y consideró su deuda acabada el día que supo que estaba a salvo en su lugar de Dormir. —Los ojos de Dmitri se encontraron con los de Jessamy, la oscuridad en ellos impenetrable—. Y

aún así, creo que ella habría tenido paz si hubiera creído que Rohan cumpliría su promesa a Alexander de informar a la Cátedra de la decisión de su padre. Cuando se dio cuenta que no había tenido la intención de hacerlo afianzó su decisión de no servirle.

El cabello de Galen llameó bajo la luz del sol que se derramaba sobre ellos.

—Entonces es cierto, ¿Rohan intentó apoderarse del territorio?

Dmitri asintió.

—No se dio cuenta de que los vampiros bajo sus órdenes estaban planeando la insurrección. La única cosa que preocupaba a Emira era que alguien empezara a sospechar sobre la continua ausencia de Alexander.

—Una preocupación innecesaria —Jessamy sacudió la cabeza—. Sin el intento de asesinato, quien sabe si podría haber recuperado el recuerdo de mi charla con él.

—Sin embargo ocurrió —dijo Dmitri—, el resultado final es el mismo. Sin Alexander, la región no será estable mucho más tiempo. Actualmente la Cátedra está trabajando en un régimen provisional hasta que otro ángel herede todo el poder.

—Michaela —dijo Jessamy en voz bajita—. Está en la cúspide. —Nadie sabía hasta donde había llegado, pero todos sabían cuando un ángel se estaba acercando. Un arcángel nacería en aquel momento de cambio y eran tan distintos de los ángeles como los mortales lo eran de los vampiros.

Ningún varón dijo nada, su atención estaba en el cielo despejado, donde los ángeles bajaban en picado y volaban entrenándose para una guerra que no sucedería, al menos no en este momento. Sus ojos, sin embargo, se recrearon en el cuerpo musculoso del bárbaro que la había besado, cortejado y prometido llevarla volando a cualquier lugar al que ella quisiera ir... y se preguntó que era él para ella.

*  *

Al día siguiente, Galen vio a Jessamy riendo con el que llamaban Trace, y tuvo que alejarse antes de ceder a la primitiva necesidad de derribar al vampiro flacucho a golpes. Uno o dos puñetazos bien dirigidos a esa bonita mandíbula, a esas costillas huesudas y el hombre se haría añicos como la cerámica.

—Me sorprende que Trace todavía respire —dijo Dmitri mientras cruzaban la hierba pisoteada que conducía a otra parte de la Torre—. No me pareces la clase de hombre que comparte.

Galen no contestó hasta que casi hubieron alcanzado al escuadrón de ángeles que le esperaba.

—Hace sonreír a Jessamy. —Fue la única respuesta que pudo dar, la única respuesta que importaba.

La respuesta de Dmitri fue sosegada, sus palabras un susurro de edad y dolor.

—El amor tiene un modo de aplastar a un hombre hasta que no queda nada. Ten cuidado.

Las palabras de Dmitri reverberaban en su mente, pronosticando un futuro que no quería imaginar, Galen extendió sus alas en un reclamo silencioso de atención, y llevó al escuadrón al cielo para un ejercicio de combate en el aire mientras Dmitri trabajaba con los vampiros. Más tarde, fusionaron los dos grupos, asegurándose de que podían funcionar como una elegante unidad en la batalla.

La gente de Rafael era lo bastante buena como para que no hubiera sido una masacre si hubiesen ido a la guerra, pero tampoco habrían salido sin una enorme pérdida de vidas. Ahora que tenían tiempo, Galen quería asentar una base estable, asegurando que la próxima batalla no arrasaría las fuerzas de Rafael, dejándole vulnerable a un segundo ataque.

—El trabajo nos llevará hasta el invierno —le dijo a Jessamy al final del día, el cielo de un anaranjado oscuro por la puesta de sol—. Entonces será muy peligroso volar. —Los ángeles no notaban el frío como los mortales pero volar a través de la pesada nieve implacable que caía en ciertas partes de la ruta al Refugio podía dañar las alas de un ángel haciéndole estrellarse contra el suelo. Dependiendo de la edad del ángel y la naturaleza de los daños tal caída podía ser fatal, la inmortalidad no era un don constante y tardaba tiempo en grabarse en piedra.

A pesar de que sería un vuelo incómodo, interrumpido como estaría por la nieve y el agua nieve.

—Si deseas marcharte al Refugio, puedo llevarte de vuelta y volver aquí antes de que nieve. —Él sabía que era mucho pedirle, permanecer en el territorio de Rafael durante un giro completo de estaciones, pero la quería con él incluso aunque ya no fuera suya. El pensamiento era un enorme puño de granito en su pecho, una cosa pesada y brutal.

—No diré que es un poco abrumador estar en el mundo —dijo Jessamy lentamente—, pero encuentro que tengo más fuerza de la que pensaba. Me gustaría quedarme.

—¿Estás segura? —le preguntó, porque no la quería infeliz, a Jessamy no.

—Sí. —Inclinando la cabeza hacia atrás, observó la brillante paleta del cielo, a rayas tan vibrantes como la piel de un tigre—. Incluso el cielo aquí es salvaje. —Una sonrisa secreta que tironeó del mismo corazón de Galen.

Pero no la siguió cuando se alejó, no destrozó miembro a miembro al vampiro que se le acercó. En su lugar, voló lejos y se distanció, hasta que el cielo fue de un azul interminable, olvidando casi que dejó a Jessamy con otro hombre.

*  *

Jessamy se sentía incluso más fuerte mientras pasaba de la primavera al verano, una flor abriéndose al sol. Mientras estaba en el tejado, observando los ejercicios en el aire, su ojo siguió la sólida forma y las alas estriadas de gris del hombre que jamás abandonaba sus pensamientos, estuviera acostada, despierta o bailando en la acalorada oscuridad de sus sueños.

Galen volaba en el centro de la unidad, sin duda dando órdenes con aquella voz calmada que funcionaba con más eficacia que cualquier grito. Vio el rostro de un ángel brillando visiblemente ante algo que le dijo Galen, y supo que estaba ofreciendo una de sus raras palabras de elogio. Tales palabras no eran nunca florituras. A veces todo lo que sus guerreros recibían era un seco asentimiento pero aquellas pequeñas acciones y palabras infrecuentes significaban el mundo para ellos, porque todos y cada uno sabían que se habían ganado el elogio. Galen no halagaba en falso.

Sin embargo, él le había dicho que era hermosa.

Dos días antes, ella se había acurrucado en su abrazo y él la había llevado en una amplia exploración por el territorio de Rafael, esta tierra agreste de montañas y bosques, agua y cielo. Había visto a una manada de lobos acechando a un rebaño de ciervos pastando; se rió maravillada cuando un par de águilas se unieron a Galen y a ella durante un largo y perezoso trecho; pasearon por un prado de margaritas, llamativas y alegres.

Fue la primera vez que le había pedido volar desde que llegaron a esta ciudad floreciente y se había sentido como volver a casa, el olor de él lo bastante familiar para que le doliera. No había querido soltarle cuando volvieron a la Torre y él la abrazó una fracción demasiado larga también. Pero aunque su necesidad había sido cruda, sin ocultar, él se retiró y se alejó.

Los labios femeninos cosquilleaban con un hambre que había empezado a clavarle las garras en los mismísimos huesos.

—Dulce Jessamy.

El sedoso ronroneo de Trace susurró en su mente, recordándole la noche anterior. A pesar del hecho de que Galen la había liberado, sentía la traición profundamente, y aún así sabía que debía aceptar el beso del vampiro. Sin lengua, solo un simple juego de bocas. Trace era un experto en sensualidad y había sido una experiencia

placentera, pero su corazón no había atronado en su garganta; su sangre no había ardido. Todo lo que había sido capaz de pensar fue: *Él no se siente correcto*.

En aquel instante, comprendió que cualquier varón excepto Galen se sentiría incorrecto.

Trace no era tonto. Retirándose le puso los dedos bajo la barbilla y le levantó el rostro.

—Entonces sí —dijo con aquella voz destinada para los pecados a medianoche—, le perteneces. —Una sonrisa perversa—. Menos mal. No me apetece que me rompan los huesos en diminutos pedazos.

Atrapando una pluma que caía planeando desde arriba, vio que era blanca veteada de dorado. *Rafael*. El arcángel había vuelto tarde anoche, se pasó horas bajo la luz de las velas con Galen y Dmitri en su estudio. Estaba claro que Galen se había convertido en parte esencial de la Torre de Rafael. Era una posibilidad que él no quisiera volver al Refugio.

Si no lo hacía...

Jessamy no sentía nada excepto la dicha y la libertad que le había permitido ver el mundo, volar por los cielos, pero el Refugio era su hogar. Sus libros estaban allí, las historias que era la encargada de salvaguardar. Y oh, como echaba de menos a los niños. No había niños en la Torre.

Una ráfaga de viento, plumas blancas y doradas en el límite de su visión mientras Rafael plegaba sus alas.

—¿Qué escribirás en tus historias sobre mi territorio?

—Que es un lugar salvaje y muy prometedor, como tú. —Era un arcángel pero una vez había estado también a su cargo, y a veces, se le olvidaba y le hablaba de esta manera.

Los labios de Rafael se curvaron, pero había un endurecimiento creciente en sus ojos, tan azules, tan extraordinarios, que dolía. Le estaba cambiando. La política. El poder.

—¿Y el territorio de Alexander?

—Estable por ahora.

—¿Y tú? —Los ojos femeninos se entretuvieron en un perfil que se estaba convirtiendo en incluso más hermoso de un modo salvaje, hasta que un día pronto, sabía que nadie recordaría al chico que había sido.

—Tengo un territorio que consolidar. —Se acercó y la tomó de las manos—. Siempre serás bienvenida en este territorio, Jessamy, las habitaciones que ocupas son tuyas.

Él veía demasiado, pensó ella, pero claro, por eso era un arcángel.

—El Refugio es dónde pertenezco.

—¿Estás segura? —Movió la cabeza hacia el escuadrón de ángeles que ahora bajaban en picado y cortaban el fino aire de las nubes.

Siguiendo su mirada, ella no observó al escuadrón sino a su comandante. El alma le dolía por la inexorable necesidad, pero sabía que todavía no era el momento.

—El corazón —susurró ella—, puede ser una cosa frágil. —Y este amor que crecía entre ella y Galen, incluso en silencio, lo era incluso más.

Capítulo 13

Galen observó como Trace abandonaba la Torre, llevando la ropa de explorador, un borrón de verde y marrón. El vampiro era bueno, Galen no podía extraer ningún rastro de él una vez se mezclaba con el bosque. Pero Trace no era el único que se había fijado en Jessamy ahora que ella había bajado de su aislada percha en el Refugio.

Galen observaba, no interfería... y golpeaba a Dmitri con ganas cada tanto.

Limpiándose la sangre de un labio partido después de su última ronda, el vampiro sacudió la cabeza.

—Debo ser masoquista para seguir volviendo a por más.

—No, solo estás resuelto a mejorar. —La verdad era que el vampiro era un auténtico competidor. Galen salía con cortes y magulladuras más veces de las que no, y Dmitri incluso había logrado herir sus alas una o dos veces. Estaban aprendiendo el uno del otro, convirtiéndose en los luchadores más letales.

Echándose agua sobre la cabeza, utilizando una jarra colocada al lado de un cubo con el líquido frío y prístino, Galen se apartó el cabello mojado y dijo:

—Necesito alejarme durante un día o tal vez dos. —Ahora confiaba en Dmitri, conocía al vampiro, y junto con Rafael vigilarían a Jessamy, se asegurarían que ningún hombre se atreviera a hacerle daño.

—Otro ángel quiere llevarla a volar —la expresión de Dmitri era vigilante— pero tiene miedo de que lo mates.

La jarra se hizo añicos bajo la fuerza de su mano. Ignorando la sangre desplegó sus alas preparándose para el vuelo.

—Nunca la metería en una jaula.

Alzándose al cielo no se detuvo por nada, volando con fuerza y rapidez hacia el límite del siguiente crepúsculo. Varios escuadrones le pasaron pero ninguno intentó interceptarlo, como si fuera posible notar el mal humor que no hacía sino tragárselo por completo. Volaba como si estuviera luchando por su vida, recorría las corrientes

de aire hasta que el cielo fue un vacío inhóspito mirara donde mirara, la tierra oscura y arbolada debajo de él.

Solo.

Después de crecer como lo había hecho, se creía inmune a tal dolor, invulnerable a los cortes invisibles que podían removerle las entrañas. Pero el chico ansioso de amor que había sido, todavía existía en el interior del hombre y ambas partes sangraban sin cesar al sentir a Jessamy abandonándole en miles de minúsculos pasos. Bajando en picado hacia el suelo, a la orilla de un riachuelo, se permitió parar, respirar y pensar. Excepto que sus pensamientos seguían dando vueltas a la misma cosa: Jessamy en brazos de otro.

La rabia le arrancó un rugido salvaje que siguió y siguió, la había estado conteniendo durante demasiado tiempo. El fresco del otoño no se asentó en sus huesos mientras daba voz a su furia y no hizo nada para calmar la fiebre de su sangre. Y cuando se elevó en el aire de nuevo, sabía que iba a volver. Si veía a Jessamy volando con otro hombre, no lo asesinaría, no se comportaría como un loco, aunque aquello lo matara.

Simplemente observaría y se aseguraría de que el otro ángel no le hiciera daño.

Pero cuando volvió, la Torre estaba tranquila, la mayoría de las ventanas carentes de luz. Nadie, salvo los centinelas, volaban por el cielo tan lejos como podía abarcar la vista y cuando hizo un aterrizaje silencioso en el balcón de la habitación de Jessamy, encontró la puerta abierta. Luchó contra sí mismo y perdió, entró... para verla caminando hacia él, como si hubiera estado a punto de salir al balcón.

—¡Galen! —levantando la mano hacia su corazón, ella se detuvo, el verde borroso de su camisón de manga larga le rozaba los tobillos en un suave beso.

Y Galen se dio cuenta de que se había estado mintiendo.

—*Yo* te llevaré a volar. —Le salió un gruñido—. Te di mi palabra de que te llevaría a cualquier lugar donde quisieras ir. ¿Por qué no me lo pediste? —¿En vez de aceptar la oferta de alguien que no era tan fuerte, que no podía llevarla tan lejos y mantenerla a salvo?

Una pausa y él pensó que ella estaba conteniendo el aliento. ¿Miedo? Guerreros hechos y derechos habían temblado ante su mal carácter y él lo desataba sobre la única persona que le importaba más que nada. Trabó los músculos y se giró para salir por la puerta, pero ella lo detuvo con un simple:

—No te atrevas a marcharte de esa manera otra vez, Galen. —No era miedo sino *furia*.

Él levantó una ceja.

—Te fuiste sin decírmelo

Cruzando la alfombra persa de color rojo y dorado, le empujó el pecho con las manos, la acción no tuvo impacto sobre su estabilidad o equilibrio, pero sin embargo le envió una descarga por el cuerpo.

—Tuve que averiguarlo por Dmitri.

El propio enfado de Galen ardió.

—No era consciente de que mi presencia fuera necesaria. Ni siquiera de que la notaras.

Jessamy no había tratado mucho con hombres a un nivel íntimo. Las últimas dos estaciones habían sido una revelación. La habían flirteado, cortejado e incluso besado. Pero nada de aquello por este exasperante muro de hombre que pensaba que tenía el derecho de chillarle.

—Si alguien debe estar quejándose de que no se fijen en ella —dijo—, debería ser yo.

—Déjame a solas con Trace sólo un instante —dijo Galen, las palabras acaloradas no podían ser de ningún modo acalladas ni contenidas—, lo clavaré en el suelo con mi espada y le arrancaré sus delgaduchos miembros.

—Qué romántico. —Se resistió al impulso de darle una patada—. Estoy tan enfadada contigo. —¡Por enseñarle la pasión sólo para dejarla hambrienta, por mostrarle el cielo solo para utilizar aquellos cielos para evitarla, por ser tan cabezota y tan *masculino*!— No deberías estar aquí. Vete.

Un susurro de alas y aquel cuerpo grande de pronto estuvo más cerca.

—¿Estás enfadada conmigo?

El calor masculino se filtró hasta sus huesos, amenazándola con derretir el enfado hasta convertirlo en un deseo líquido, pero reunió fuerzas para permanecer firme.

—Mucho.

—Bien.

Se quedó con la boca abierta... y él se apoderó de ella, se aprovechó, lamiéndola con la lengua de modo íntimo mientras ignoraba los preliminares para exigir un beso de bocas abiertas, salvaje y húmedo. Con las piernas a punto de doblarse se agarró a los gruesos brazos masculinos en un esfuerzo por permanecer derecha. Galen hizo un sonido grave y profundo en su pecho ante el contacto, y le deslizó un brazo alrededor de la cintura, pegándola a él mientras la saqueaba. No fue una caricia tierna, ni un dulce toque amoroso. Fue un ataque primitivo a sus sentidos, una brusca necesidad que sólo sería satisfecha con su completa rendición.

Agarrándose a un lado de su cuello con una mano, ella apoyó la otra sobre el atronador latido de su corazón, el ritmo rápido de un tambor que se igualaba al suyo.

Y debajo... La dureza masculina sobresalía exigente contra su abdomen, apenas constreñida por el pantalón y su camisón. Jadeando de nuevo, ella encontró su boca poseída incluso más a conciencia. Más por la desesperación impregnada de pasión que por la técnica, Jessamy le metió la lengua en la boca.

Una repentina y absoluta inmovilidad.

Y entonces fue aplastada y levantada hasta que su boca estuvo a nivel de la de él y la devoró como si fuera una exquisitez que hubiera esperado toda la vida para probar. Una mujer tendría que tener un corazón de piedra para permanecer sin conmoverse y Jessamy no estaba próxima a la piedra cuando se trataba de Galen. Le succionó la lengua y le lamió los labios, utilizó los dientes en mordiscos juguetones que hicieron que el pecho masculino retumbara contra sus senos, los pezones tiesos, duros picos.

Con un brazo trabado en torno a su cintura, Galen bajó la otra mano para asentarla con propiedad en la curva de la cadera femenina, antes de cambiar de posición y acariciar sus curvas inferiores, el contacto firme, casi posesivo. Jadeando, ella rompió el beso para mirarlo a los ojos que se habían vuelto de un esmeralda profundo y ahumado. Tenía los labios magullados por los besos devastadores de ella, la piel enrojecida por la pasión. Y su mano...

—*Galen*.

Él le rozó la garganta con la nariz, siguió moldeándola y acariciándola con una meticulosidad de escándalo.

—Vamos a volar.

—Sí. —Quería estar a solas con su bárbaro.

El aire era frío y vigorizante contra su piel, la noche silenciosa, pero no cometió el error de pensar que eran los únicos seres allí fuera, no hasta que Galen los llevó volando mucho más allá de la Torre hacia las montañas lejanas, donde el mundo silencioso los rodeaba. Aterrizaron en un pequeño claro cubierto de hierba rodeado por árboles majestuosos y enormes, él la deslizó por su cuerpo con erótica parsimonia, su camisón se agitaba alrededor enredándose en sus piernas mientras su cuerpo exigía que se frotara con más fuerza contra él.

Fue a apartarse los mechones de pelo que le rozaban la cara pero él ya estaba haciéndolo, su piel áspera sobre la de ella. Girando el rostro ella posó los labios contra su mano.

—Si desapareces así otra vez, te golpearé con tu propia pierna.

—Eres una mujer aterradora, Jessamy.

Empujándole suavemente por la broma, ella se puso de puntillas y habló contra aquella peligrosa y apasionada boca.

—A ti, Galen. Te deseo a ti y *solo* a ti.

No importaba si ella había tenido un centenar de amantes distintos, sabía que él para ella lo era... *todo*. Si le hubiera conocido al amanecer de su existencia o al final, no habría cambiado aquel simple e inmutable hecho.

Bajando ambas manos hacia las caderas femeninas, los alineó desde el pecho a los dedos de los pies.

—Debería esperar, lo sé.

A Jessamy la respiración se le quedó atrapada en la garganta y el corazón se le encogió.

—Pero no puedo. —Una confesión visceral.

Un simple latido después y estaba arqueada en su beso una vez más, los brazos duros como una roca estrechándola, los pechos aplastados contra su torso desnudo. Él abrió los muslos hasta que ella estuvo acurrucada entre ellos.

Poseída.

Seducida.

Querida.

Si alguna parte de Jessamy no le hubiera pertenecido a Galen aún, se adueñó de ella cuando le acunó el rostro en las manos y susurró:

—Dime que pare, Jessamy. —Fue la súplica de un hombre que había perdido el control.

La destrozó que el maestro de armas conocido por su calma bajo la presión más brutal sintiera tal ansia por ella.

—No quiero que pares. —Entrelazando los dedos en el fuego líquido del cabello masculino, tiró de su cabeza hacia abajo.

Cuando él dijo que deberían volver a la Torre, ya que ella no debería tener que acostarse en la hierba, Jessamy bajó la mano acariciando las líneas marcadas de su pecho y sobre la orgullosa dureza que empujaba contra su abdomen. Sólo con Galen podía ser así de atrevida, así de desvergonzada. Él hizo un bajo y retumbante sonido que hizo que sus muslos se tensaran, y entonces no hubo más conversación dilatoria. La ropa de ella salió disparada, se encontró estirada sobre la hierba como un sacrificio pagano mientras él la miraba y se desabrochaba el cierre de sus pantalones, un hombre grande que debería asustarla.

Jessamy abrió las piernas.

—*Galen.* —Tal vez había estado muy protegida pero era una mujer adulta, una mujer que había encontrado a su apasionado amante.

Su mano fue suave sobre el muslo femenino cuando descendió sobre ella, el contacto de sus dedos contundentes incluso más suave mientras la tocaba, hasta que estuvo lloriqueando y tan necesitada que dolía.

Con el pecho subiendo y bajando Galen preguntó:

—¿Jessamy?

Envolviéndole las piernas en torno a su cintura, ella respondió frotando la pulsación resbaladiza entre sus muslos contra él. Galen soltó un gemido tembloroso y luego empujó dentro de ella. Había oído los relatos que contaban otras mujeres, pero nada podía describir esta hermosa y salvaje sensación de ser poseída y poseer al mismo tiempo. Gritando ante el dolor ardiente mientras sus tejidos forcejeaban por alojarle, pasó los brazos en torno al hombre que la amaba y respiró el intenso almizcle de su olor, sus alas se movían inquietas sobre las frías briznas de hierba.

Una mano callosa le quitó la pierna de la cintura con una caricia, la extendió y la dobló por la rodilla. La acción la abrió aún más, la dureza de Galen se alojó más profundamente en su interior. Le arrancó un jadeo pero cuando él dudó, ella le besó y acarició hasta que volvió a moverse. Lento y superficial, permitiéndole acostumbrarse a su peso y poder.

—Jess. —Con los músculos bien tirantes y los labios contra su oído—. ¿Es demasiado?

Sí. Demasiado de un modo glorioso y maravilloso.

—No pares. —Arqueándose debajo de él con un suntuoso rodar de caderas dio la bienvenida a sus caricias. Él siguió deslizándose dentro y fuera lentamente, pero iba más hondo con cada golpe, su boca reclamaba la suya al mismo tiempo, con un beso que imitaba al éxtasis de su unión.

El impacto de su cuerpo descontrolándose sin advertencia la hizo romper el beso, y echar la cabeza hacia atrás, la oscura belleza de las alas de Galen extendidas en una silueta poderosa encima de ellos. La llevó a través del contundente placer, con una mano grande apretándole y moldeándole los menudos pero deliciosamente sensibles montículos de sus pechos, mientras dejaba húmedos besos por la línea de su garganta y la otra cerrada en un puño en su cabello para arquearle el cuello hacia él.

Exhausta, su cuerpo se sentía utilizado con vehemencia y eróticamente, entrelazó los dedos en la sedosa llama rojiza cuando la opulenta oleada final de placer la tensó... y se adhirió a él cuando Galen se estremeció y se perdió dentro de ella con fuertes pulsaciones de líquido caliente, llamándola por su nombre al acabar, susurrándolo una y otra vez mientras su cuerpo seguía empujando en el de ella hasta que tembló y se quedó inmóvil enterrando la cara en la curva del cuello femenino.

Mi hombre. Mío.

*  *

El otoño se convirtió en invierno lentamente y luego en el mismo centro de nieve y hielo. Mientras los días se acortaban y oscurecían, Jessamy se pasaba las noches enredada en los brazos de Galen cuando él no tenía que vigilar o dirigir un ejercicio nocturno, y leía hasta las horas del amanecer cuando lo hacía. Era un momento de descubrimiento, juego y dicha, a no ser por el silencioso y progresivo reconocimiento de que su enorme bárbaro estaba siendo muy muy cuidadoso con ella para no quebrarla.

Al principio no lo había entendido, demasiado cegada por el esplendor de lo que se hacían el uno al otro para darse cuenta que amar no era solo un baile lento. Pero ahora que el filo desnudo de sus ansias había sido suavizado, ahora que ella se pasaba más de una noche explorando el hermoso cuerpo de Galen mientras él "sufría" por el placer de su dama, ella podía notar los tendones tirantes, los músculos rígidos mientras se contenía de expresar la fuerza violenta de su pasión.

Le dolía que él nunca se soltara para tomarla con la intensidad del placer que le prodigaba a ella, pero no sentía ira. ¿Cómo podía enfadarse con un hombre que la miraba como lo hacía Galen? Tal vez nunca le dijera palabras poéticas de amor, pero sabía lo que sentía por ella en cada fibra de su ser, sentía su devoción en cada caricia, en cada nueva maravilla que buscaba para enseñársela... en cada secreto que compartía.

—Mi madre me ha escrito —le dijo la otra noche mientras estaban acostados en la cama.

Consciente de la dolorosa relación que tenía con Tanae, le puso la mano sobre el corazón y simplemente escuchó.

—Me pide que vuelva, que Titus dice que está de acuerdo en darme el mando de la mitad de sus tropas. Orios permanecerá como maestro de armas pero yo sería su teniente.

Alzándose sobre un codo le frunció el ceño.

—¿Por qué te ofrecería Tanae una posición inferior a la que tienes con Rafael? —Tal vez el ejército de Rafael no era todavía tan imponente como el de Titus, pero era el que Galen entrenaba y dirigía. Incluso Dmitri, el segundo de Rafael, se inclinaba ante la destreza de Galen en lo que se refería a las tropas.

La sonrisa de Galen tenía una desolación que ella no había visto nunca antes en su guerrero.

—Porque sabe que siempre me he esforzado por complacerla. De niño pensaba que si era lo suficientemente bueno, lo bastante fuerte, me ganaría su amor.

La ira que ardía lentamente hacia Tanae, que se había forjado a través de las estaciones con cada verdad que Galen delataba sobre su estéril infancia, se inflamó.

—No tienes necesidad de complacer a nadie, Galen. Eres magnífico, y si ella no puede verlo es que es tonta.

Una luz naciente en el mar verde, hasta que fue traslucido.

—¿Magnifico?

Atrapada por la vulnerabilidad que no mostraba ante nadie más, ella le susurró su respuesta con un beso.

—Absolutamente.

Ahora, encaminándose hacia su ventajosa perspectiva favorita en el tejado, ella pensó en lo mucho que aquella corta conversación le había dicho sobre su bárbaro. Podía ser descarado y contundente en la superficie, pero había una herida terrible en el corazón de Galen, una que le guiaba a tomarse tal exquisito cuidado con ella, como si no quisiera hacer nunca algo que la alejara de él ahora que era suya.

Una única lágrima le bajó por la mejilla.

Capítulo 14

Galen terminó los ejercicios temprano mientras la oscuridad del invierno se cerraba alrededor de ellos, el aire claro anunciaba nieve, a pesar de la capa que ya cubría el suelo. Frunciendo el ceño a los rumores que pasaban de guerrero a guerrero sobre el deseo del maestro de armas de regresar a casa, no obstante saludó al grupo sonriente sin darles una reprimenda. Tal vez se estaba ablandando, pero estaba feliz de un modo que nunca antes había estado. Le hacía tolerante.

Volando hacia el balcón del apartamento que ahora compartía con Jessamy, se encontró con las habitaciones vacías. Decepcionado, decidió salir a bañarse. Acababa de coger ropa de recambio cuando Jessamy entró en la habitación. Su corazón se detuvo como siempre hacía. Fluyendo a sus brazos, le besó con la alegría salvaje de una mujer que amaba su toque. Tal afecto constante podría hacer que un hombre perdiera la cabeza, llegara a creer que él era la magnífica criatura que veía en sus ojos.

—¿Te vas a bañar? –Ella le acarició, sus manos le rozaron el pecho con ese delicado sentido de posesividad por encima de la camisa que había empezado a usar cuando llegó la nieve. De otro modo Jessamy se preocupaba.

—Estaré pronto de vuelta. —El agua del río estaba helada incluso para un ángel, no le tentaba para quedarse.

Lenta y de manera malvada, los labios de Jessamy se curvaron en una sonrisa que sólo Galen veía.

—Te frotaré la espalda.

Debería haberle dicho que se quedara en la Torre, donde estaría caliente y cómoda, pero la necesitaba demasiado. Dándole la ropa para que se la sostuviera, la cogió en brazos y la llevó volando no al río cercano, sino a un pequeño estanque al pie de las montañas lejanas, donde el agua corría clara y dulce todavía. Fue un vuelo mucho más largo, pero poco importaba ya que tenía a Jessamy con él.

—¿Hay alguien que nos pueda molestar? —preguntó ella cuando llegaron, extendiendo sus alas para estirarlas, una mujer alta y hermosa con un vestido hasta los tobillos del color y la luminosidad de la espuma del mar, los botones que

cerraban las rendijas de las alas sobre sus hombros estaban hechos de cristales de corte cuadrado del tono más vibrante del color azul.

—No. Estamos solos. –Incapaz de resistirse, acarició los arcos sensibles de las alas hasta que ella estuvo temblando de placer—. Este área está muy lejos de las patrullas angelicales y deshabitada. Las montañas son tan salvajes como lo eran al comienzo de los tiempos.

Su sonrisa contenía tanta anticipación sensual que hizo que su pene saltara.

—¿No tienes que tomar un baño?

Riéndose mientras se sentaba sobre una roca cercana, como una gran reina a punto de disfrutar de una actuación privada, rozó la nieve con las alas. Galen empezó a desnudarse. Él nunca había sido consciente de la desnudez, pero ver el placer de Jessamy con su cuerpo le había transformado en un exhibicionista... pero sólo con ella. Desnudo y con un flagrante deseo, contuvo el aliento y se zambulló debajo de la fría superficie del profundo estanque alimentado por las lluvias de las montañas.

El frío helador fue un shock, pero nada que su cuerpo no pudiera manejar. Saliendo, parpadeó para quitarse el agua de los ojos y ver el vestido y la ropa interior de Jessamy caer a sus pies, dejándola como una diosa de largas piernas, su cuerpo en perfecta proporción para su delgada estructura. Sus curvas eran delgadas, pero muy aparentes, sus senos, tensos bocados que adoraba saborear y excitar. Su historiadora era muy sensible allí.

Sentada al borde de la laguna después de dejar caer su camisa desechada sobre la nieve, dejó colgar las piernas en el agua y tembló.

—Ven aquí.

—Como mi dama desee. —Su risa, suave e íntima, le envolvió mientras flotaba para acomodarse entre sus rodillas, abriéndole los muslos hasta que se ruborizó. Vio como subía la oleada de calor hasta que el rubor le cubrió los pechos, los pezones unas apretadas puntas que él tenía que saborear.

—*Oh*. —Ella cerró la mano sobre su cabello.

Complacido, utilizó el pulgar y el índice para pellizcarle el pezón, mientras arrastraba el otro a lo profundo de su boca. Ella era tan pequeña, tan perfecta, que podía tomarla plenamente en la boca, chupar, lamer y marcar. La soltó con desgana, lentamente, disfrutaba de la vista de sus pechos brillantes por sus cuidados, tan rosas y hermosos. Cuando ella le tiró del pelo, él sonrió y le lamió el otro pecho.

Para cuando se detuvo, el dulce almizcle femenino estaba en cada respiración.

—Jess. —Salió en carne viva.

—Sí. —Ella separó más los muslos y él trazó un camino de besos por su ombligo hasta la dulzura oculta por los finos rizos castaños. Ya se había dado un festín con ella antes, adoraba los pequeños sonidos que emitía cuando se excitaba con su lengua, pero esta noche, encontró que su control se deshilachaba por la salvaje sensualidad de su invitación. Sus movimientos fueron más rudos, su control sobre sus caderas más fuerte.

En lugar de apartarse, se arqueó hacia él.

Él era un hombre. Un hombre que la deseaba. Tuvo el efecto de romper el control. Lamió, succionó, hasta mordió con los dientes, la empujó a un clímax rápido y fuerte. Ella se estremeció, el sabor de su placer erótico sobre la lengua. Consciente de lo sensible que era después de un clímax, se retiró para succionar un beso cálido y húmedo en el interior de su muslo.

—El agua no está tan fría —la engatusó, queriendo que fuera con él para poder empujar su polla, dura como una roca a pesar del frío, en su vagina prieta y líquida.

Sus ojos brillaron.

—Mentiroso. —Mientras le masajeaba los hombros con las manos, se inclinó hacia delante con las alas extendidas para reclamar su boca, su sexualidad sin vergüenza y embriagadora—. Quiero otra cosa.

Intrigado, se empujó hacia arriba con los brazos a ambos lados de ella, acariciando y besando la línea elegante de su cuello.

—Cualquier cosa.

Con los dedos entrelazados en su cabello mientras él se deslizaba hacia abajo, levantó los ojos hacia el cielo nocturno, iluminado sólo por la delicada cinta de la media luna y el fuego helado de innumerables estrellas.

—Quiero bailar, Galen.

Él cerró las manos sobre sus muslos.

—*Jess*.

Jessamy lo besó otra vez, suave, lujuriosa y seductora.

—Nunca pensé, nunca me atreví a soñar que tendría eso, pero me lo prometiste, Galen. —Le mordió el labio inferior, le calmó con el calor suave de la lengua, la caliente succión —. Dijiste que me llevarías volando a donde quisiera ir.

Esos pequeños besos le estaban conduciendo más cerca de la locura, subió las manos para cerrarlas sobre sus pechos, obligándose a no ser demasiado rudo con ella. Si hacía daño a Jessamy, se cortaría sus propias manos, cauterizaría las heridas con metal caliente para que no curaran en una temporada. Luego lo haría de nuevo.

—Con más fuerza. —Un ronco susurro contra su boca—. Por favor.

Apretó los dientes para evitar caer en el agua en ese mismo momento. Jessamy continuó besándole y acariciándole mientras él luchaba contra la necesidad, y luego sus manos se movieron, apretando y tironeando con más fuerza de la que había usado antes, su piel cremosa enrojecía por la demanda brusca de su toque.

Temblando de un modo que Galen sabía que no tenía nada que ver con el frío, ella le pasó la mano sobre el arco de sus alas, los largos dedos rozaron el sensible borde desde el que surgían de su espalda. Se sentía como si le estuviera tocando el pene con el puño. Se apartó, se empujó hacia el centro del estanque y se sumergió. Ella seguía sentada donde la había dejado cuando apareció, su pecho subía y bajaba, su cabello caía sobre sus hombros para ocultar sus pechos, pero no las puntas de sus pezones.

Una ninfa de los bosques vuelta a la vida. Para atormentarlo.

—El frío no ayuda –murmuró él, empujándose hacia adelante para agarrarla de las caderas y chupar la tensa punta rosa de un seno sin previo aviso. Su grito fue la música más dulce. Empujando a un lado su cabello, moldeó el otro pecho con la mano, utilizando la presión que ella le había enseñado que le gustaba, su polla gruesa y lista entre las piernas.

Entonces ella susurró:

—Baila conmigo, Galen.

Liberando el pezón con un ligero pop, la miró a los ojos.

—No seré capaz de controlarme. —La danza es la más primitiva de las uniones.

—¿Te estoy pidiendo control? —Con ese recordatorio, se puso en pie y le tendió una mano—. Ahora ven.

Él no podía negarle nada. Saliendo del agua, no la acunó en sus brazos como hacía siempre. En cambio, la abrazó con un brazo alrededor de su cintura por debajo de sus alas y el otro alrededor de su espalda. Su polla palpitaba entre ellos. Frotándose suavemente, Jessamy le rodeó el cuello con sus brazos.

Mirándola, a su sonrisa pecadora, dijo:

—Pliega las alas.

Ella plegó el ala derecha, la izquierda ya era pequeña y estaba plana contra la espalda, la luz de sus ojos disminuyó sin previo aviso.

—¿Mi peso es peligro…?

—Pesas menos que una pluma. —Tan frágil, era muy, muy frágil. Su hambre, por el contrario, era grande, estaba aterrorizado de aplastarla. Y no podía soportar imaginar a Jessamy apartarse de él, con miedo y decepción. Especialmente cuando casi podía creer que la emoción que veía en sus ojos era ese extraño regalo que nadie le había dado nunca antes.

Jurando mantenerla a salvo incluso de sí mismo, se elevó al cielo de la noche, con el cuerpo de Jessamy alineado junto al suyo. Voló alto, más alto de lo que jamás la había llevado, hasta que pudieron haber tocado las estrellas, el aire era frío y débil. No hubo juegos en el aire hoy, sólo una brutal línea recta, no tenía paciencia para hacer algo aparte de hacerlo con fuerza y rapidez, pero por Jessamy, lo intentaría.

—No luches contra ello, Galen —dijo ella cuando se detuvieron, tan alto que se le formó hielo en las pestañas—. Ríndete.

—No quiero hacerte daño. —Ella era la cosa más preciosa de su vida.

—Yo también soy un ángel. Una inmortal. Trátame como a una.

La súplica evocadora bajo la demanda le rompió. Pondría el mundo a sus pies si se lo pidiera.

—Prométeme que me detendrás si soy demasiado rudo.

Esos enormes ojos oscuros le miraron, salvajes por un deseo y una necesidad que rivalizaban con los suyos.

—Te lo prometo.

Aceptando su palabra, la de esta mujer que entendía el dolor a un nivel que la mayoría nunca comprendería, la apretó con más fuerza que el acero y devastó su boca mientras los mantenía en posición con leves movimientos de las alas. Cuando ella se deslizó hacia arriba lo suficiente para poder acunarle entre los muslos, se orientó hasta que se enfrentaron a la tierra, le mordió la curva del hombro... y plegó las alas.

Se desplomaron.

El grito de Jessamy contenía placer salvaje, no terror. Mostrando los dientes en una sonrisa feroz, él abrió las alas otra vez justo antes de que se estrellaran contra las montañas, se hundió a la izquierda y los llevó con un vuelo de infarto a través de una gran caverna, evitando apenas los bordes afilados de las rocas que les habrían cortado y golpeado, antes de salir disparado por un agujero irregular causado por algún acontecimiento muy antiguo y subir en espiral hacia el cielo nocturno una vez más.

—¡Eso fue *maravilloso*! –la sonrisa de Jessamy era tan salvaje como la suya.

Riendo con primitiva felicidad, Galen le robó un beso antes de romperlo para concentrarse en batir sus alas con más fuerza a medida que los empujaba a lo alto, a lo más alto del cielo. Cuando su compañera se frotó con femenina impaciencia contra él, estaba tan profundamente inmerso en la danza que le enganchó la pierna alrededor de su cintura y se deslizó en su interior con un empujón duro y casi brutal. Demasiado tarde, la niebla se disipó.

—Jessamy, te he…

Ella apretó los músculos internos, cortando sus palabras.

—Vamos a caer de nuevo.

Perfecta, ella era perfecta. Con el placer más primitivo en cada gota de su sangre, Galen no hizo una caída vertical esta vez. Controlando su descenso con la fuerza bruta de los músculos de sus alas, cayeron durante un latido del corazón antes de pararse bruscamente, su cuerpo se meció profundamente dentro de ella con la sacudida.

Una vez más.

Y otra.

Y otra.

Hasta que Jessamy atacó a su boca con hambre voraz. Cualquier control que pudiera haber retenido se perdió, el hilo se rompió con un sonido casi audible. Manteniéndola apretada contra él con un brazo, cerró la mano libre en su cabello y la llevó en una espiral casi imposiblemente rápida que parecía destinada a terminar con sus cuerpos rotos sobre las montañas implacables.

Remontando en el último instante posible, voló de vuelta a los cielos sin darle tiempo a Jessamy para recuperar el aliento. Sin advertencia, sin dulzura, volvió a caer, el cuerpo de ella apretado, caliente y sedoso a su alrededor. Al sentir que sus músculos comenzaban a sufrir espasmos con el placer meciendo su cuerpo, le pasó los labios por el pulso del cuello mientras se elevaban, chupando con fuerza al caer.

Jessamy sentía que los músculos se habían convertido en líquidos, los muslos en peligro de resbalar del cuerpo de Galen cuando los llevó a lo alto de la noche estrellada de nuevo, cada golpe de sus poderosas alas empujaba la dura longitud en su interior con una sensación tan profunda que se sentía marcada. Los diminutos músculos internos continuaron apretando y aflojándose con las réplicas del placer más violento que jamás había experimentado.

Justo cuando pensaba que no podía más, levantó la vista y vio la pasión desnuda en él y sintió que su cuerpo se aceleraba con sorprendente rapidez.

—Hombre fuerte y hermoso —dijo ella, dándole las palabras, porque su Galen necesitaba palabras—. Para que lo sepas, eres mío. Siempre y para siempre. Así que ni siquiera pienses en cambiar de opinión.

Temblando, él bajó la cabeza, apoyó la mejilla contra la suya y murmuró las palabras en un idioma hermoso y antiguo. Las lágrimas ardían en los ojos de Jessamy, la pasión se desgarró con salvaje ternura.

Soy tuyo.

Así de simple. Tan poderoso. Galen le puso el corazón a sus pies.

Cerró la boca sobre la suya antes de que ella pudiera encontrar su propia voz, y se desplomaron en una especie de locura pasional. Perdida en el magnífico poder de él, apenas sintió el chorro de agua en la espalda cuando les lanzó por encima del estanque, alzándose la longitud del ala antes de llevarlos a un aterrizaje suave al borde de la nieve.

La ropa de Galen era suave bajo su espalda, el suelo duro. Y Galen... era un infierno.

Gritó cuando él le dio su rendición, dura, caliente y sin restricciones.

Capítulo 15

La emoción de su baile continuaba resonando por sus venas días después, mientras completaba las notas sobre el territorio de Rafael que introduciría en las historias cuando regresara al Refugio.

Por la ventana de la biblioteca, podía ver al arcángel ejercitándose con una unidad mixta de ángeles y vampiros, la nieve era una manta blanca sin costuras en todas direcciones. La risa de los niños vagaba desde la ciudad de los mortales, llevadas por un viento caprichoso, y sintió un tirón conmovedor en su alma, la conciencia de las fuerzas y deberes que la empujaban hacia su casa en las montañas... mientras su bárbaro regresaba al territorio de Rafael, su tarea aún incompleta.

Pero ella no pensaría en eso ahora. Este era su tiempo para amar a Galen.

Ese día de invierno, y los que siguieron fueron más allá de hermosos, el cielo cristalino durante el día, salpicado de piedras preciosas de noche. Jessamy pasó la estación en los brazos de un guerrero que le decía que ella era su todo, incluso mientras su corazón herido luchaba por aceptar que su amor por él no era la vacilante llama de una vela, sino una luz tan constante como el sol.

Llegó la primavera, como un rubor, delicado y en ciernes. El corazón de Jessamy suspiró al ver que el mundo despertaba de nuevo, a pesar de que era un momento difícil, porque tenía que decir adiós a los amigos que había hecho en la Torre. Difícil, pero no doloroso, porque ya no estaba atrapada en el Refugio. Y se había convertido en un hogar, en lugar de una jaula.

Trace le besó la mano fuera de la vista de todos, la mañana de su partida.

—Si alguna vez te cansas de él, sabes que solo tienes que fijar esos hermosos ojos en mí. —Palabras insolentes, calor verdadero.

—Gracias por ser mi amigo. —Él había sido una parte de su viaje y ella nunca lo olvidaría—. Vendrás a verme la próxima vez que visites el Refugio.

—Solo si le quitas al bárbaro sus armas y le atas muy bien.

El recuerdo le hizo sonreír, no mucho tiempo después se puso de puntillas y rozó sus labios contra la mejilla de Rafael.

—Visitaré tus tierras de nuevo. Ahora tienen un reclamo sobre mi corazón.

—No esperes tanto tiempo esta vez. —Implacables ojos azul oscuro con un borde de tristeza, ella sabía que estaba triste al ver que se iba, este arcángel despiadado había sido una vez un niño al que ella había abrazado cuando se golpeó la rodilla—. La ciudad crecerá, pero los cielos y las tierras alrededor de la Torre serán tuyos para explorar mientras yo gobierne. —Le permitió dar un paso atrás de vuelta a los brazos del hombre que la iba a llevar volando a casa—. Cuida de ella, Galen.

Galen no respondió, su expresión dejaba en claro que la instrucción no merecía respuesta. Rafael se echó a reír, el sonido raro, un eco de ese pequeño niño de ojos azules que fue el amado hijo de dos arcángeles. Junto a él, Dmitri permaneció en silencio y atento, pero una sonrisa curvaba sus labios. Por una vez, alcanzó los ojos del vampiro.

—Buen viaje.

Despegaron desde el techo de la Torre después de las palabras de Dmitri, escoltados hasta la frontera por dos escuadrones de ángeles en perfecta formación. Ella era la razón aparente de esta demostración, pero sabía que era el respeto por Galen lo que guiaba al escuadrón. El orgullo llenó su corazón por el hombre que era suyo, un hombre que se había forjado su propio lugar, independientemente de aquellos que buscaban reprimirle y aplastarle.

Su madre le había escrito otra vez, instándole a que regresara a las tierra de Titus, asumiera un cargo menor y «mejorara sus habilidades». El sutil ataque a la confianza en sí mismo de Galen había enfurecido a Jessamy, pero él simplemente había sacudido la cabeza.

—Tiene miedo, Jess —había contestado con una profunda comprensión en sus ojos que sorprendería a aquellos que solo veían la superficie dura y contundente.

Acallando su propia ira, Jessamy le acarició la mejilla.

—¿Quieres verla?

Tanae era su madre, como una niña que amaba a sus padres, independientemente de la tranquilidad tantas veces dolorosa entre ellos, podía comprender la necesidad emocional.

—Sí. —Había dejado la carta a un lado con tranquila fortaleza—. Pero ya no la perseguiré buscando su aprobación. Puede luchar contra su orgullo y venir a mí.

Mientras volaban, Jessamy esperaba que Tanae se tragara su orgullo, porque aunque Galen ya no necesitara su aprobación, todavía la amaba.

—Jess. —Un cálido aliento, una voz familiar—. Mira.

Ella miró hacia abajo, vio a una cadena de montañas cubiertas de nieve cobrar vida bajo los rayos del sol, la nieve parecía formar olas de oro fundido.

—Oh...

Fue la primera de las maravillas que compartieron el uno con el otro, el viaje de vuelta a casa era muy diferente del que habían hecho al territorio de Rafael. Juguetones como niños, bailaron sobre islas aisladas y bosques primigenios con doseles en expansión. Galen rió con ella como nunca había reído con nadie más, la excitó con palabras pecaminosas, y escuchó en estado de shock cómo ella le susurró las verdades escandalosas que había aprendido a través del tiempo.

—Y pensar que te creía protegida e inocente.

—Mi pobrecito. ¿Pueden tus frágiles sensibilidades aceptar el resto del cuento?

Un gran suspiro, ojos risueños.

—Perseveraré si debo hacerlo.

Fue solo cuando casi habían llegado al Refugio que su alegría desapareció ante el conocimiento silencioso y solemne.

—¿Cuándo te marchas para regresar al territorio de Rafael? —Si bien había sabido la verdad desde el invierno, cuando él lo murmuró en la oscuridad empapada de placer, el corazón se le contrajo de dolor.

Galen los llevó a un acantilado con vistas al río que cortaba el Refugio, un momento íntimo final.

—Mañana por la mañana. —Su pelo ardía bajo el sol de la montaña mientras sostenía su cara en la calidez áspera de sus manos, abarcándola con sus ojos—. Las tropas de Rafael son fuertes, pero aún no han alcanzado la etapa en la que podrían repeler a las fuerzas de otro arcángel con una sola acción decisiva.

Aunque Alexander Dormía y podría hacerlo durante milenios, Jessamy entendía que el mundo de la Cátedra nunca era un lugar pacífico.

—Sé que tú los prepararás.

Galen le apretó la cadera.

—No te lo iba a pedir... —dijo, con devoción en cada palabra—, pero voy a hacerlo. Espérame, Jess. Volveré contigo. —La emoción desnuda convirtió el verde mar en esmeraldas ocultas.

Apretando los dedos contra sus labios, sacudió la cabeza.

—Nunca tienes que pedírmelo, Galen. Siempre, ese es el tiempo que te esperaría.

Ella le amó con apasionada furia esa noche, diciéndole palabras de amor una y otra vez para que supiera que ella le *esperaría*. Pero la mañana llegó demasiado

pronto, y lo hizo con un último beso tan tierno que le rompió el corazón al ver a su bárbaro volar de regreso a las tierras del hombre que ahora era su señor.

*  *

Galen fue implacable en el entrenamiento de las tropas de Rafael. Había dejado su corazón en el Refugio, sangraba mientras la echaba de menos. Había sido egoísta por su parte pedirle a Jessamy que le esperara cuando por fin había encontrado sus alas, era una mujer a la que muchos querrían cortejar.

T*e amo, Galen. Tanto que duele.*

Él llevaba esas palabras en su corazón, las pulió hasta que se convirtieron en joyas talladas. Se dijo que ninguna mujer decía palabras tan dulces y apasionadas a un hombre si no lo adoraba. No la había encadenado con su petición, ella le había elegido. Y aún así todavía le preocupaba que no lo mirara igual cuando regresara, que su amor se hubiera erosionado por los límites que su promesa exigía a su libertad.

La primera carta fue llevada por un mensajero que regresaba, la escritura impecable de Jessamy le escribía sobre su vida, a los niños a los que enseñaba y sobre la gente que conocía. Las historias que guardaba les conectaban aunque estuvieran a medio mundo de distancia.

Mi querido Galen...

Había pasado el dedo sobre las palabras tantas veces que la tinta estaba emborronada, los ojos le ardieron hasta que tuvo que guardar la carta para leerla al final de la noche, cuando nadie lo molestaría y podría leerla tan lentamente como deseara.

Envió su respuesta, mucho más corta ya que no tenía la facilidad de palabra de Jessamy, con Rafael, cuando el arcángel regresó al Refugio con un pequeño escuadrón de ángeles que tendrían su base allí. Jason se estaba ocupando de sus intereses en la fortaleza angelical, con la ayuda de Illium y Aodhan, pero los dos ángeles eran aún jóvenes.

Rafael le trajo una carta de Jessamy.

*  *

Jessamy tocó la carta por enésima vez, trazando las líneas duras y angulosas de la pluma de Galen. Casi podía sentir su energía, su fuerza bruta, en las palabras escuetas que otra mujer podría haber tomado como desinterés. Sonriendo porque entendía que un guerrero no tenía tiempo ni ganas de aprender poesía y suaves

habilidades de cortejo, besó la carta y la puso en la parte superior del libro que llevaba, mientras se dirigía a casa.

—Hija.

Jessamy se giró ante el sonido de esa voz familiar, deslizando la carta de Galen entre las páginas del libro mientras lo hacía, pero su madre ya la había visto.

—De tu bárbaro. —Lo dijo con una sonrisa, afectuosa y no crítica.

Jessamy se echó a reír.

—Sí.

No le había contado a su madre que Galen no era tan bárbaro como parecía, no solo por el hecho de que la gente que constantemente subestimaba su inteligencia le daba ventaja, sino porque él no necesitaba esa defensa. Adoraba cada parte de él, la dulzura áspera y secreta. Como la que le había llevado a enviarle una margarita prensada entre las hojas de la carta.

Hoy volé hasta el campo y recordé que hablabas de flores, había escrito, casi haciéndole llorar, la gran bestia.

—Le amas. —Las palabras de su madre fueron seguidas por una sonrisa más profunda, pero de alguna manera más indecisa—. Puedo verlo en tus ojos.

Incapaz de soportar esa vacilación, Jessamy entró en los brazos que su madre había extendido. Su olor le era íntimamente familiar, cálido y amoroso, un recordatorio sensorial de las noches de la infancia que Jessamy había pasado en silencio y rígida en el regazo de Rhoswen, después de comprender de verdad que sus alas no iban a formarse *jamás* como las de sus amigos, que ella nunca sería capaz de unirse a ellos en sus juegos en el cielo.

—Sí —susurró, abrazando a su madre con fuerza, porque Rhoswen la había mecido noche tras noche, con un feroz amor protector en su voz cuando intentaba dar consuelo a una niña a la que le dolía demasiado para aceptarlo—. Y él también me ama —dijo, consciente de que su madre necesitaba escucharlo—. Soy feliz.

Rhoswen se apartó con un brillo húmedo en el exuberante castaño de sus ojos.

—No, no lo eres.

—Madre.

—Shhh. —Riendo a través de las lágrimas, su madre le apretó las manos—. Te duele echar de menos a tu guerrero.

Jessamy se rió y también se puso un poco llorosa, porque no se había dado cuenta hasta ese instante de lo mucho que había echado de menos hablar sobre Galen con su madre. No había sido una decisión consciente el no hacerlo, simplemente era una extensión del doloroso silencio que había crecido entre ellas en los últimos años.

—¿Quieres venir a casa conmigo? —preguntó, cogiendo la mano de Rhoswen—. Me gustaría hablar.

—A mí también. —Los dedos delgados y largos le acariciaron la mejilla—. Estoy tan feliz de ver que la tristeza ha abandonado tu corazón.

Fue entonces cuando Jessamy se dio cuenta de que la distancia entre ellas había sido causada por ella tanto como por su madre. Pensaba que había ocultado su tristeza mientras crecía y se convertía en una figura respetada en el Refugio, pero ¿qué madre que amara a su hijo no sería capaz de saborear la sal de las lágrimas ocultas de ese niño?

Entrelazando su brazo con el de Rhoswen, sus alas juntas en una cálida intimidad entre madre e hija, tomó una decisión, no importaba qué pasara en el futuro, Rhoswen nunca más volvería a percibir tal dolor en su hija. Galen la había ayudado a encontrar sus alas, pero la alegría de espíritu que burbujeaba en su interior era suya para alimentarla y lucharía por aferrarse a ella.

—¿Qué es lo que escribe, el gran bruto que te besó delante de todo el Refugio? —preguntó Rhoswen con una sonrisa burlona—. Déjame ver.

—Solo si me dejas ver las notas de amor que sé qué Padre todavía te escribe.

Las mejillas de su madre se volvieron tan rosa como el color que marcaba la punta de sus alas primarias, el mismo matiz de los bordes interiores de las alas de Jessamy.

—¡Niña terrible!

Jessamy rió y mantuvo el libro y la carta de Galen cerca de su corazón. Esas cartas siguieron volando por todo el mundo mientras las estaciones cambiaban. Escribió páginas y páginas llenas de historias sobre la vida en el Refugio, en particular sobre los tres pequeños ángeles que esperaban a Galen junto con Jessamy.

Me aseguran que su técnica de vuelo ha mejorado considerablemente, han sido muy diligentes con los ejercicios de entrenamiento que les pusiste, se han convertido en instructores de sus compañeros de clase.

Illium, Jason, Aodhan, todos llevaron sus misivas y volaron de vuelta con las de Galen.

—¿Sabes que he venido a verte a ti antes que a mi madre? —le dijo un Illium cansado, uno de los últimos días de verano al entregarle una carta—. Galen amenazó con arrancarme las plumas una a una si no lo hacía.

Este ángel de alas azules siempre hacía que su corazón se elevara, le besó cariñosamente en la mejilla.

—Vuela donde Colibrí —dijo, hablando de la talentosa artista que era su madre—. Sé que ha estado vigilando los cielos por ti.

Era un espectáculo contra el naranja y oro del crepúsculo, pero ella ya estaba alejándose, los dedos temblorosos mientras rompía el sello. Como siempre, era breve, sin adornos. Ninguna palabra de amor. Solo Galen.

Dile a mis alumnos que tengo la intención de ponerlos a prueba rigurosamente a mi regreso. Nunca es demasiado temprano para comenzar a entrenar a un escuadrón.

—Oh, hombre maravilloso —susurró, porque esas palabras significarían todo para los pequeños que le adoraban como un héroe.

No había margarita esta vez. Solo una petición tácita.

La pluma que robé cuando me fui está perdiendo su aroma.

Ella le envió una pluma del borde interior de sus alas, donde el rubor era tan profundo que parecía magenta, y le escribió sobre las flores del verano en las montañas, y del juego político que veía que se llevaba a cabo mientras Michaela se balanceaba al borde de la frontera entre ángel y arcángel, también escribió sobre su preocupación por Illium.

El ángel joven se había enamorado de una mortal antes de abandonar el Refugio, y con cada día desde su regreso, ese amor se hacía cada vez más profundo. La mayoría se encogía de hombros, como si fuera un capricho por su parte, un error de la belleza salvaje de su espíritu de irresponsabilidad, pero ella conocía el poder del corazón leal de Illium.

No me puedo imaginar a Illium sin su sonrisa, escribió ella, mientras el ángel de alas azules jugaba con sus estudiantes fuera, y ella se quedaba sentaba en su escritorio del aula. *Su muerte le perseguirá por toda la eternidad.*

La respuesta de Galen fue simple. *Es fuerte. Sobrevivirá.* Luego añadió algo que le rompió el corazón. *Yo no soy tan fuerte.*

Las lágrimas rodaron por su rostro ante esas palabras, su guerrero. Le escribió sobre su adoración, ya que nunca más iba a levantar las barreras de autoprotección en lo que se refería a Galen. Él siempre, *siempre* sabría de su amor.

—Galen mío.

El otoño había caído para cuando llegó respuesta con Dmitri, que había venido en barco antes de que le trajeran un escuadrón de ángeles, así Illium podría pasar un tiempo en la Torre. Jessamy se encontró con la mirada del vampiro.

—No es una coincidencia que haya sido llamado tan pronto, ¿verdad?

La curva sensual de la boca de Dmitri era una línea delgada cuando negó con la cabeza.

—Rafael está preocupado por su relación con la chica mortal. Puede cruzar líneas que no se pueden cruzar, hablar de secretos que ningún mortal debe saber.

Conociendo el castigo que caería sobre el ángel si divulgaba secretos angelicales, Jessamy lo vio alejarse con el corazón dolorido.

—No hay elección segura en el amor, ¿verdad, Dmitri?

—No. —Una sola palabra que contenía un millar de cosas no dichas.

Una vez más, ella se preguntó qué habría sucedido en el pasado del vampiro, pero esas no eran sus preguntas para hacer.

—¿Las tropas de Rafael?

—Profesan odio hacia Galen diariamente, pero le seguirían a la muerte si se lo ordenara. —La curiosidad se superpuso en su expresión—. Estaba equivocado sobre el resultado de su cortejo, y todavía no puedo determinar por qué.

Riéndose, ella tocó la misiva de Galen, escondida en un bolsillo secreto de su vestido.

Fue en su siguiente carta que ella escribió sobre la única cosa que no se había planteado hasta el momento, no por miedo, sino porque él le había hecho olvidar que era imperfecta. *Nunca tendré un hijo, Galen. Keir no puede prometerme que no le pasaré mi discapacidad.* Y mientras que ella había encontrado su felicidad, había sido un camino lleno de sueños rotos y de soledad inquietante. La destruiría ver tanto dolor en los ojos de su hijo.

La respuesta de Galen llegó de manos de un hermoso guerrero con las alas de una mariposa.

Llevaría volando a nuestro hijo a donde quiera que necesitara ir.

Las palabras se emborronaron. Se limpió la humedad de sus mejillas y siguió leyendo.

Las mariposillas podrán tener aire en sus cabezas, pero Titus ha hecho un gran trabajo criándolos. Los vínculos pueden formarse no solo por la sangre. ¿Y Jess? No tengo necesidad de construir imperios y dinastías. Solo quiero construir un hogar contigo.

Su bárbaro sabía poesía después de todo, pensó, mirando la mancha de tinta bajo una lluvia de lágrimas que no contenían ningún dolor, solo un amor tan verdadero, que la había cambiado para siempre.

Capítulo 16

Illium le contó a Galen las cosas que Jessamy no escribía en sus cartas, sobre los otros hombres, ángeles y vampiros que habían hecho repetidos intentos de cortejarla. La única razón por la que Galen no golpeó al ángel de alas azules por ser el mensajero fue porque Illium transmitió la noticia con el ceño fruncido, y agregó:

—Jessamy es demasiado cortés para decirles que dejen de acosarla, pero todos los hombres saben que si presionan con demasiada fuerza y le hacen sentir incómoda, tendrán que tratar con Dmitri.

Galen tuvo la súbita comprensión de que hasta que Illium dejó el Refugio, él era quien había sido el campeón de Jessamy.

—Gracias.

Una sonrisa mostrando los dientes.

—¿Sabes cuántas personas me llaman Campanilla ahora?

Galen se echó a reír, se dio cuenta de que este guapo ángel que parecía un adorno y luchaba como una hoja brillante y elegante, se había convertido en un amigo cuando no había estado mirando.

—Vamos, entonces. Dejaré que intentes tirarme al suelo en recompensa.

Mientras continuaba trabajando con la gente de Rafael a través de la fría mordedura del otoño y la tierra se cubría de un centenar de tonos de rojo, marrón y ocre, pensó en su preciosa provisión de cartas y en las delicadas plumas rosas y cremas. Las hermosas palabras que Jessamy le escribía. Sin embargo, era demasiado honesto para mentirse a sí mismo, un hecho que nada podía cambiar: él había sido el primer hombre en llevar a la mujer en que se había convertido a los cielos. Cuando regresara, otros habrían… y su historiadora tendría una opción.

Podría aplastarlo imaginarla volando en los brazos de otro hombre, pero quería que tuviera esa elección, quería que nunca se arrepintiera de estar con él. A pesar de los bordes ásperos, cada parte de él llevaba el nombre de Jessamy. Necesitaba que ella fuera suya de la misma manera.

*  *

Mirando como el otoño se deslizaba en un invierno quebradizo y crudo, Jessamy abrió sus historias y escribió sobre todo lo que había pasado la temporada anterior. La paz había aguantado, con los arcángeles demasiado ocupados en mantenerse vigilantes con el espectáculo de la ascensión de Michaela a la Cátedra como para jugar a la política. Jessamy tuvo que admitir que la nueva arcángel había llegado al poder con un esplendor imponente.

En el extremo norte, escribió, *los cielos bailan con el color del invierno, pero cuando Michaela ascendió en toda su fuerza, los cielos bailaron por todo el mundo, ya fuera en los trópicos o en el Refugio, ya fuera de noche o al mediodía. Rico añil, vívido rubí, verde iridiscente, colores que convirtieron el mundo en un sueño.*

Hubo otros acontecimientos, por supuesto, más pequeños en comparación pero que no carecían de importancia. Los anotó con la distancia de una historiadora, mientras su alma lloraba lágrimas silenciosas ante algunas de las cosas que tenía que escribir. Pero la suya era una raza que vivía mucho tiempo, la pérdida y la tristeza era una parte tan importante de su historia como la alegría.

Su propia necesidad dolorida continuaba creciendo. Miraba a los cielos cada día buscando las distintivas alas estriadas de Galen, incluso sabiendo que se había llevado a los hombres y mujeres de Rafael para una marcha invernal, para que estuvieran preparados para las condiciones más duras.

—Jessamy.

Ella se detuvo con la pluma sobre la página, para encontrarse a sí misma mirando a la cara delgada de un ángel que era mayor que ella por quinientos años. No era un hombre guapo, pero tenía el tipo de presencia irresistible que se perfeccionaba con el tiempo y la experiencia.

—¿Sí?

Él le tendió una mano.

—Me gustaría llevarte al cielo.

*  *

Galen quería obligar a la primavera a saltar sobre la tierra, pero no serviría de nada. Tenía que permanecer en el territorio otra temporada, para asegurarse de que todo lo que había enseñado perdurara.

—Volveré cuando sea necesario —dijo a Rafael, caminando por los acantilados que proporcionaban una vista clara de la Torre que se alzaba en la isla del otro lado del potente río estruendoso—. Pero me gustaría tener como base el Refugio.

—No tengo nada que objetar a eso —dijo Rafael—. Necesito al menos a una de mis personas de confianza de alto nivel en el Refugio en todo momento.

La confianza no sólo se había profundizado, sino arraigado entre ellos. Aun así, Galen se preguntaba si no estaría bajo una vigilancia sutil en el Refugio ahora que tenía tanto poder. Era lo que él habría hecho y así se lo dijo a Rafael. El arcángel levantó una ceja.

—Tú me haces más fuerte, Galen. Eso te convierte en un blanco. Ten cuidado.

—Nadie me cogerá desprevenido. —No era arrogancia, conocía sus puntos fuertes así como conocía sus puntos débiles. Gracias a Jessamy, Dmitri, Jason y Rafael, ya no era un novato en lo que se refería a detectar y estrangular rápidamente sutiles intrigas políticas que podrían robar incluso una vida inmortal.

El cabello de Rafael voló hacia atrás en la brisa.

—Illium regresa contigo. Se desvanece de tristeza al estar lejos de su mortal.

—¿No sería mejor mantenerlo aquí?

—¿Es esa la elección que tú harías?

Galen pensó en su desgarradora necesidad de ver a Jessamy, consideró como sería saber que podría desaparecer de la existencia en un mero susurro de tiempo.

—No. Sería cruel. —Si Illium tenía sólo un susurro, ese susurro debería ser suyo.

Rafael no dijo nada, pero Galen sabía que el arcángel estaba de acuerdo. Había crueldad en Rafael, un inmenso poder, pero también una capacidad para la lealtad que hablaba al guerrero en Galen. No habría ningún cuchillo en la espalda de este arcángel.

—Tanae —dijo el arcángel algún tiempo después—, ha pedido permiso para entrar en mi territorio.

—Ya veo. —Miró a unos ojos de un azul que Galen no había visto en ningún otro, mortal o inmortal, y supo que la solicitud había sido concedida.

Su madre, cuando llegó a la Torre, era la misma mujer, la misma guerrera que siempre había sido, pero ahora él la veía con otros ojos.

Ella se encontró frente a un hombre que no tenía necesidad de su apoyo en ningún sentido, escribió a la mujer que le había enseñado que era digno de ser amado tal y como era, *y después de discutir y quedarse sin saber que decir, regresó al territorio de Titus. Pero tal vez es un comienzo. Quizá podremos encontrar un nuevo camino.*

Cerrando la carta, no escribió la única cosa que gritaba en su interior.

Espérame, Jess.

*  *

Jessamy vio las siluetas de dos ángeles a lo lejos, iluminados por el sol del verano. Se hizo sombra sobre los ojos tratando de deducir su identidad, pero el calor del sol convertía sus alas en un fuego uniforme, excepto... que lo supo. *Lo supo*. Corrió hacia el borde del acantilado sin preocuparse por el traicionero terreno, esperó con los puños cerrados a los lados de su vestido.

Un rayo de luz solar golpeó el rojo puro de su cabello que se sentía como seda entre sus manos.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, apenas fue consciente de Illium separándose para dirigirse hacia la aldea humana que estaba a cierta distancia. Sus ojos sólo eran para el amante que por fin había vuelto a ella. Volando hacia el borde del acantilado, Galen la atrapó cuando ella saltó sin vacilar y se lanzó en espiral por la garganta hacia el borde del río que formaba espuma sobre las rocas y corría dulce y claro en las aguas poco profundas.

—Estás en casa. Estás en casa. —Le besó en la boca, las mejillas, la mandíbula, en cualquier parte que pudiera alcanzar—. Te he echado tanto de menos.

Eso deshizo a Galen, la profundidad de la alegría en esos ojos castaños inundados de lágrimas que le devolvían la mirada.

Aplastando a Jessamy contra él, tomó su boca, sus palabras, la tomó a *ella*.

—No me importa —susurró, ronco, áspero y exigente—, quien te ha cortejado durante mi ausencia. Voy a ser el único que te corteje ahora. —Había pensado darle una opción, pero descubrió que no tenía ninguna—. Te amaré hasta mi último aliento, te daré todo lo que quieras.

—Poesía de nuevo. No es justo. —Una risa temblorosa, manos delgadas acariciando su pecho como ella solía hacer—. No he volado desde que te fuiste. —Palabras tiernas dichas con una sonrisa íntima—. ¿Me cortejarás en los cielos?

Afligido, él respondió:

—Yo nunca te dejaría en tierra. —A pesar de sus celos.

—Lo sé. Oh, lo sé. —Frotando su pecho con la mejilla húmeda, ella añadió—: No podía soportar estar en otros brazos que no fueran los tuyos.

—*Jess*.

No fue hasta mucho, mucho más tarde, con la noche suave y caliente a su alrededor que Jessamy se levantó de las sábanas revueltas de la cama y se dirigió a la cómoda de la esquina.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Galen, tumbado boca arriba mirando a la mujer que era suya con ojos posesivos. Su sombra a la luz de la luna era tan delgada como un junco, su piel relucía como perlas brillantes, sus plumas exuberantes, exquisitas y pidiendo que las acariciaran.

Sin tener vergüenza de su desnudez, ella le ofreció una sonrisa dulce y tímida cuando regresó a la cama.

—Tengo algo para ti.

Cuando fue a levantarse, ella negó con la cabeza.

—Espera. Me gusta mirarte.

—Bien. —Le enseñó los dientes—. Yo te mantendría desnuda si pudiera.

—¡Primitivo! —riendo, deslizó algo bajo su bíceps, lo rodeó y lo cerró con un clic—¿Demasiado apretado?

Bajando la mirada hacia la banda de metal fino que rodeaba la parte superior del brazo, él negó con la cabeza.

—Ya estoy atado a ti, mi exigente lady Jessamy. —Por vínculos que nada romperían—. ¿Ahora utilizas esposas? —Le estaba tomando el pelo porque había descubierto que disfrutaba al bromear con su historiadora.

—Shhh. —Ella acarició el metal—. Hay ámbar en el amuleto.

Aplastándola debajo de él, cubrió su cuerpo con el suyo.

—¿Entonces, me estás reclamando?

El ámbar era para comprometerse, una advertencia a los otros para que mantuvieran sus manos fuera.

Los grandes ojos castaños se clavaron en los suyos.

—Sí.

Él nunca había sido más feliz en su vida.

—¿El amuleto tiene algún otro significado?

Ella se ruborizó.

—Es una tontería... una cosa mortal. El deseo de mantenerte a salvo.

Apartándole el pelo de la cara, la acarició y supo que nunca más vagaría desamparado en busca de un hogar.

—¿Llevarás mi ámbar, Jess?

Una sonrisa que le dijo que era amado, que era de ella.

—Siempre.

Fin